LIBRO 3

LOS REMINGTON DE LA REGENCIA



LA PISTA DEL BASTARDO BRILLANTE

ELLIE ST. CLAIR

LA PISTA DEL BASTARDO BRILLANTE

LOS REMINGTON EN LA REGENCIA

LIBRO TRES



ELLIE ST. CLAIR



ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo
Un anticipo de En busca del rebelde recluido

Otras Obras de Ellie St. Clair
Acerca de la autora

© Copyright 2022 Ellie St. Clair

© de la traducción 2025

Título original: *The Clue of the Brilliant Bastard*

Reservados todos los derechos.

Este libro, tanto completo como sus partes, no puede reproducirse de ninguna forma, ni almacenarse mediante ningún sistema, ni transmitirse por ningún medio, sea electrónico, mecánico, de grabación, en fotocopias, o de cualquier otra manera, sin permiso previo del editor.

Facebook: Ellie St. Clair

Cubierta AJF Designs

¿Quieres conocer mis últimas novedades? ¡Apúntate aquí a mi newsletter en español!

* * *

Los Remington en la Regencia
El misterio del duque de Debonair
El secreto del apuesto detective
La pista del bastardo brillante
En busca del rebelde recluido

www.elliestclair.com

CAPÍTULO 1



María no podía dejar de temblar.

Apretó sus manos juntas, entrelazando firmemente sus dedos, sintiendo cómo el odioso anillo se le clavaba en la piel. Anhelaba arrancárselo, lanzarlo a través de la iglesia junto con los votos que acababan de salir de sus propios labios.

Pero era demasiado tarde. Estaba hecho.

Estaba casada.

No podía levantar la mirada hacia el hombre a su lado. Apenas lo conocía y se preguntaba si debería haber intentado conocerlo mejor antes de haberse casado, aunque ya era un poco tarde para eso. Él la había cortejado como era de esperar, sí, pero no había sido más que un baile cuando asistían al mismo evento, té con su madre presente y un paseo por Hyde Park. Todo era una farsa, si alguien le preguntara a María.

Pero, por supuesto, nadie lo hacía.

Sonrió mecánicamente a todas las personas que se habían reunido en St. George para presenciar el cuidadosamente planeado enlace. Uno con el que sus padres estaban muy complacidos, especialmente cuando habían perdido la esperanza de que su hija encontrara un marido respetable después de haber sido rechazada por un duque en favor de una mujer que la mayoría consideraba bastante extraña y nada casadera.

María en realidad apreciaba a Lady Emma —ahora la Duquesa de Warwick— pero, por supuesto, eso tampoco era relevante para nadie.

Así que hizo lo que siempre hacía. Sonreía y asentía.

Todos los presentes parecían aprobar bastante la unión. Todos excepto su amiga Juliana, quien la miraba ahora con la misma preocupación que había expresado antes de la boda, preocupación que María había intentado ignorar.

No habría podido decir cómo caminó por el pasillo, salió de la iglesia y subió al carruaje con la ayuda de la mano enguantada de su marido, pero de repente se dio cuenta de que estaba sentada en los cojines, a solas con su esposo. Un desconocido.

Él se inclinó hacia ella, acercándose peligrosamente a su rostro. Intentó no estremecerse visiblemente ante el calor de su aliento en la mejilla, ni ante el olor que lo acompañaba, que le pareció semejante a vino barato mezclado con salmón podrido que había estado demasiado tiempo en la nevera.

—Por fin solos.

María tragó con dificultad, manteniendo la mirada fija en la parte superior del asiento frente a

ella, deseando estar sentada allí y no junto al hombre que ahora era su marido.

Su marido. ¿Cómo era posible que a pesar de que esto se había esperado de ella durante toda su vida, aún pareciera un concepto tan extraño?

Antes de darse cuenta de lo que estaba sucediendo, la gran mano de él estaba sobre su muslo, apretando, subiendo por su pierna, y María contuvo la respiración mientras deseaba que se alejara, pero por supuesto, eso no hizo nada para detenerlo, mientras su mano subía más y más hasta que...

—¡Pare! —chilló, apartándose de un salto al otro lado del asiento.

Se tapó la boca con una mano cuando captó la mirada fulminante de su marido. Sus ojos eran duros, sus labios se curvaron en un gruñido, y el rostro que la mayoría en la sociedad consideraba apuesto se transformó en una expresión villana que la hizo encogerse en la esquina como un animal asustado.

—L-lo siento —tartamudeó antes de que él pudiera decir algo—. Me asusté, y t-todo esto es muy repentino, y yo...

No sabía qué más decir. Porque sabía lo que se suponía que debía hacer. Su madre le había explicado cuidadosa e incómodamente cuáles serían las expectativas de su marido. El estómago de María se había revuelto ante la idea de tener que ceder el control de su cuerpo a un hombre que ni siquiera conocía, pero su madre había sido muy clara en que no tenía otra opción.

Pero ahora que estaba a punto de convertirse en realidad, su aceptación del hecho ya no parecía tan racional como había sido mientras estaba sentada en su propia habitación contemplando lo que estaba por venir.

—Eres mi esposa —masculló su marido, avanzando hacia ella una vez más—. Puedo hacer lo que me plazca, y no hay nada que tú tengas que decir al respecto. ¿Me entiendes?

María, siempre dispuesta a aceptar rápidamente lo que le decían, descubrió que por una vez, no tenía dentro de sí misma la capacidad de aceptar lo que él decía.

—E-entiendo. Sin embargo, quizás, podría tener algo de tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para acostumbrarme a estar casada. Para conocerle mejor. Para...

Para su sorpresa, él soltó una carcajada. Solo que no era una risa de alegría. Era una risa larga y cruel, una que le decía que no tendría piedad con ella, que no aceptaría nada de lo que ella tuviera que decir.

Se inclinó cerca de ella una vez más.

—No estoy seguro de qué crees que es todo esto —dijo—, pero tendré lo que quiera, cuando lo quiera. Ahora, ya que no me has permitido probar, tendré mucho más... deseo acumulado esta noche. Puedes tener tu *tiempo*. Pero se acaba cuando se pone el sol.

Entonces sonrió, una lenta y malvada extensión de sus labios que envió escalofríos por toda la columna vertebral de María.

Quizás estaba imaginando cosas. Su marido era un hombre de rango, uno que la sociedad aceptaba y parecía admirar. Ciertamente parecía el típico caballero inglés con su cabello claro, perfectamente peinado en rizos, patillas esculpidas con una longitud exacta y ropa elegante y cara.

¿Era así como se sentía cada novia anticipando lo que vendría en su noche de bodas? Pero entonces recordó haberle preguntado a su amiga Juliana qué debía esperar. La sonrisa de Juliana había sido nada menos que presumida y descarada, mientras le decía a María que unirse a un hombre al que se amaba era más de lo que jamás podría haber soñado.

Pero Juliana había elegido a su marido. Lo había arriesgado todo por él, ya que no era más

que un detective y ella la hermana de un duque. María sabía que ella nunca podría ser lo suficientemente fuerte para hacer lo mismo.

Un pensamiento persistente tiraba de ella, uno sobre cierto médico, hijo de un duque, sí, pero hijo bastardo. Uno a quien solo había conocido un par de veces, pero que había hecho que su corazón latiera más rápido que nunca.

Pero él no era para ella. No, su padre la había prometido a Lord Bradley Dennison, y lo que María había pensado que deseaba ya no era una opción.

Porque ahora era Lady Dennison, y era demasiado tarde para ella.

Todo lo que podía hacer ahora era obedecer.

* * *

—¿HUDSON?

Hudson Lewis acababa de terminar de ordenar sus instrumentos después de la visita con su paciente anterior. Como médico, se esperaba que simplemente diagnosticara, pero él prefería adoptar un enfoque más práctico que la mayoría de sus colegas. Para operaciones mayores, remitía a sus pacientes a un cirujano, uno en quien confiaba, pero si era una dolencia pequeña que podía tratar él mismo, lo hacía.

—¿Sí? —respondió a su madre, quien a menudo lo acompañaba en sus visitas, ayudándole según fuera necesario. Ella lo había seguido a casa, ya que solía quedarse hasta que era más probable que él hubiera terminado por el día.

Ella abrió la puerta del pequeño estudio que él usaba como oficina, asomando su cabeza canosa.

—¿Tienes un momento?

—Por supuesto.

Ella se deslizó por la puerta como si estuviera intentando esconderse subrepticiamente de alguien, cerrándola rápidamente detrás de ella antes de apoyarse contra ella.

—Tienes una visita —dijo, con una voz tan baja que casi era un susurro.

—Esa es la naturaleza de mi negocio —no pudo evitar decir con ironía, y ella le lanzó una mirada fulminante—. Y parte de tu función aquí es evaluar quién ha venido a buscarme. ¿Es urgente el caso?

—No es un paciente. Una *visita*.

Hudson la miró con cariñosa irritación.

—¿Te importaría decirme quién es?

—Es uno de *ellos*.

—Supongo por la vehemencia en tu voz que es un miembro de la familia del Duque de Warwick.

—En cierto modo.

Suspiró, a punto de decirle a su madre que o bien le dijera directamente lo que deseaba decir o que se fuera y dejara pasar a su siguiente paciente.

—Es Matthew Archibald.

La voz, sin embargo, no era la de su madre. Venía del otro lado de la puerta y sonaba bastante como el propio Archibald.

—Madre, las paredes de esta casa son delgadas —dijo, cruzando los brazos sobre el pecho. Las puertas tampoco eran particularmente gruesas.

Sin embargo, su madre tenía razón, en cierto modo. Matthew Archibald puede que no fuera

miembro de la familia Remington, pero estaba casado con una de ellos: la hermana del duque.

Su propia media hermana.

Hudson todavía tenía dificultades para creer que estaba emparentado con un duque y su familia, que era hijo de un hombre que había sido uno de los más poderosos del país.

Sin embargo, siempre había sabido que era un bastardo. Eso ciertamente no había cambiado.

—Pasa, Archibald —llamó. El detective no era mala persona y, a pesar de su papel en la investigación de la muerte del duque anterior, lo había arriesgado todo para limpiar el nombre de Hudson cuando este había sido sospechoso de su asesinato.

—Lewis —dijo Archibald, extendiendo la mano para estrechar la suya, que Hudson tomó mientras su madre miraba con desaprobación. Entendía su vacilación en confiar en cualquiera relacionado con la familia Remington (la habían echado años atrás cuando ella, una criada, quedó embarazada del bastardo del duque), pero debía entender que Archibald no cargaba con ninguno de los pecados del duque.

Archibald simplemente había sido contratado para investigar su muerte y, en el proceso, se había enamorado de una de las hijas del hombre.

—¿Es una visita social? —preguntó Lewis, arqueando una ceja. Por mucho que disfrutara de la compañía de Archibald, tenía pacientes que atender.

—Se podría decir eso —dijo Archibald, lanzando una mirada a la madre de Hudson, pero ella permaneció clavada en el sitio, aparentemente sin intención de irse hasta saber qué venía a decir Archibald—. Vengo con una invitación y también un mensaje.

Le extendió una nota a Hudson, quien la tomó de su mano. La examinó rápidamente antes de mirar a Hudson con las cejas levantadas.

—¿La Duquesa de Warwick me invita a un baile?

—Así es —dijo Archibald, ignorando a la madre de Hudson, quien soltó un bufido que no solo no fue disimulado, sino claramente a propósito para que él lo escuchara.

—No, gracias —dijo Hudson, devolviendo la invitación, pero Archibald levantó las manos en el aire.

—Por eso estoy aquí. Con la nota más un mensaje. Emma entiende por qué podrías no querer venir, pero toda la familia quería que supieras que apreciarían mucho tu presencia en el evento. Sé que hubo una circunstancia desafortunada...

—¡Acusaron a mi hijo de asesinato! —interrumpió la madre de Hudson, y Hudson cerró los ojos por un momento y se pellizcó el puente de la nariz.

—Madre —dijo con toda la suavidad que pudo—, tal vez el Sr. Archibald y yo podríamos tener un momento a solas para discutir esto.

—Pero...

—Te prometo que soy perfectamente capaz de hablar por mí mismo.

Ella soltó un "¡humph!", pero finalmente abandonó la habitación, lo que permitió a Hudson suspirar de alivio.

—No tiene la mejor manera de expresarse —dijo Hudson a Archibald—, pero tiene razón. La familia, el duque en particular, me acusó de asesinato. A pesar de las pruebas que indicaban lo contrario.

—Lo sé —dijo Archibald—, pero fueron principalmente las acusaciones del duque.

—Y las de su madre.

—Eso es cierto. Pero Juliana, Emma y Prudence, así como su abuela, Lady Winchester, estuvieron todas muy a tu favor.

—Por lo cual estoy agradecido. Pero dudo que la sociedad acepte voluntariamente mi

presencia.

—Eso, lo entiendo —dijo Archibald, levantando su sombrero y pasando una mano por su cabello liso y castaño claro—. Da la casualidad de que hay un evento en curso hoy al que yo mismo no estoy invitado, siendo detective y todo eso, y no una compañía apropiada.

—¿Ah? —dijo Hudson, aunque sin interés real—. ¿Juliana asistió sin ti?

—Así es —dijo Archibald con un asentimiento, sin emoción en su rostro—. Ella no quería ir, en protesta por mi omisión de la lista de invitados, pero ambos sabíamos cuánto significaba su presencia para Lady María y...

—¿Lady María?

Hudson no pudo contener su reacción cuando su cabeza se alzó de golpe al oír mencionar su nombre.

Las cejas de Archibald se elevaron y Hudson se aclaró la garganta mientras daba la espalda y fingía atender sus instrumentos una vez más.

—Conocí a Lady María hace algún tiempo —dijo Hudson—, y no la he visto en unos meses. Fue muy... educada. Me preguntaba cómo le estaría yendo.

Era consciente de que era demasiada explicación, pero una vez que había comenzado su divagación, no estaba seguro de dónde parar.

—Sí —dijo Archibald, mientras Hudson giraba la cabeza sobre su hombro para mirarlo—. Era su... evento después de todo.

—¿Su evento? —dijo Hudson, fingiendo indiferencia.

—Se podría llamar así —dijo Archibald, haciendo una pausa antes de contarle toda la verdad —. Lady María se casa hoy.

CAPÍTULO 2



Maria estaba de pie en medio de lo que ahora era su dormitorio, contemplando con la mirada perdida las paredes ornamentadas que la rodeaban. La condesa viuda había hecho un gran alboroto sobre el hecho de que abandonaba su suite de habitaciones para dejarle espacio a Maria. Ella habría estado agradecida si la condesa viuda no hubiera dejado abundantemente claro que lo había hecho muy a regañadientes, aunque era lo esperado.

En este momento, Maria habría preferido estar en cualquier lugar *menos* en esta suite de habitaciones, que no solo conectaba con la cámara del conde, sino que además era demasiado opulenta para su gusto. A ella le gustaban el rosa y el crema, y una decoración que hablara de comodidad y hogar. No estos estridentes colores chocantes de rojo y naranja, dorado y turquesa que envolvían la habitación, acentuados por pinturas que, según le habían dicho, eran obras de maestros, pero que mostraban escenas de muerte y tragedia.

Quizás era un reflejo de la propia vida de la condesa viuda. Una vida que ahora sería la de Maria.

Se dejó caer al borde de la cama. El desayuno de bodas había sido peor de lo que hubiera imaginado, con su esposo enviándole miradas conocedoras y lascivas desde el otro lado de la mesa mientras bebía copa tras copa de cualquiera que fuese su bebida favorita. Sabía que debería aprender sus preferencias, pero no podía encontrar dentro de sí misma la voluntad para que le importara. Ni su familia ni la de él hicieron comentario alguno cuando su discurso se volvió ligeramente arrastrado, ni cuando sus modales descendieron un escalón notable.

Maria intentó recordar si alguna vez él había actuado de tal manera en su presencia anteriormente. No podía recordar ninguna ocasión, pero claro, tampoco había estado en su presencia durante muchas comidas.

Su madre parecía considerarse más importante que todos los demás en la mesa juntos, mientras que su hermana, Lady Christina, era el tipo de mujer que los hombres parecían disfrutar pero de quien las mujeres se apartaban dando un amplio rodeo cada vez que se acercaba.

Maria sabía cuánto detestaba Juliana a la mujer, pues Lady Christina se había esmerado especialmente en hacer miserable la vida de Juliana, pero Maria nunca había sido el blanco de sus púas antes, al menos no directamente.

Sin embargo, sus comentarios maliciosos no habían pasado desapercibidos, y Maria se prometió a sí misma mantenerse tan lejos de su nueva cuñada como fuera posible.

Lo que resultaría difícil viviendo en la misma casa.

Un suave golpe en la puerta hizo que la columna de Maria se tensara, aunque se recordó a sí

misma que si fuera su esposo, probablemente habría irrumpido por la puerta conectora en lugar de llamar educadamente.

Si estuviera en casa, probablemente sería su madre, pero por supuesto ella ya se habría marchado. Aunque incluso si se hubiera quedado, no parecía que ninguno de los miembros de su familia se hubiera preocupado particularmente por sus pensamientos o sentimientos cuando arreglaron esta boda. No, habían estado bastante orgullosos de sí mismos por encontrar a un hombre tan respetable que aceptara casarse con una mujer que ya había sido rechazada una vez.

—Adelante —llamó, y sonrió aliviada cuando vio un rostro amigable. Era su doncella, Anne, quien la había acompañado en su mudanza a la residencia del conde. La sonrisa de Maria se desvaneció un poco cuando vio que Anne no venía sola, sino que otra joven doncella la seguía. Parecía ser de servicio inferior por su vestimenta, y mantenía la cabeza baja, con las manos entrelazadas frente a ella.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó Maria, y Anne se mordió el labio mientras ambas doncellas hacían una reverencia.

—No estaba segura de si debía traer esto a su atención, mi señora —dijo, lanzando una mirada a la otra doncella, cuya cabeza ahora estaba tan inclinada que miraba al suelo, siendo la parte superior de su cofia lo único que Maria podía ver—, pero escuché a algunas doncellas hablar, y no pude evitar hacer preguntas. Esta es Jane.

—Buenas noches, Jane —dijo Maria educadamente, aunque estaba bastante confundida. ¿Qué podría querer de ella una joven doncella en una casa a la que acababa de unirse?—. ¿En qué puedo ayudarte?

—No quiero problemas, mi señora —dijo Jane, y Maria volvió a sentarse en la cama para poder ver al menos parcialmente la expresión de la muchacha—. Anne dijo que usted querría saberlo.

Maria dirigió su mirada a Anne, preocupada por la manera en que su doncella la estaba mirando. La madre de Anne era la dama de compañía de la propia madre de Maria, y prácticamente había crecido en la casa hasta que tuvo edad suficiente para comenzar a trabajar. Maria sabía que su relación era bastante peculiar, más cercana que la mayoría entre una dama y su doncella, pero confiaba en Anne para mucho más que simplemente arreglarle el cabello y ajustarle la parte trasera del vestido.

Anne respiró hondo antes de finalmente decirle a Maria por qué estaban allí.

—Jane ha tenido bastantes... encuentros con Lord Dennison. Encuentros que preferiría evitar. Y no es la única, aunque muchas de las doncellas ya se han ido por eso.

—¿De qué naturaleza son esos encuentros? —preguntó Maria, con el corazón acelerado, mientras temía que ya sabía lo que estaba por venir.

—Ha forzado sus... atenciones en muchas de las doncellas agraciadas. Jane dice que muchas de ellas han buscado otro empleo, porque no solo sus atenciones eran no deseadas, sino que también eran crueles.

Maria tragó saliva. —¿De qué manera?

Jane finalmente levantó la cabeza, y cuando encontró la mirada de Maria, esta se estremeció ante el miedo en los ojos de la muchacha.

—No disfruta nada más que ver a una mujer sufriendo, mi señora. Y utilizará cualquier medio necesario para asegurarse de que se encuentre el máximo dolor. No quiero problemas, mi señora, de verdad que no, pero usted parece amable y Anne sintió que era mejor advertirle. Hemos aprendido a fingir el dolor lo antes posible y entonces no es tan malo.

El corazón de Maria se rompió por la muchacha en ese momento, y cuando cruzó la

habitación para tomar sus manos entre las suyas, Jane la miró sorprendida.

—¿Por qué te quedas? —preguntó Maria con sinceridad—. ¿No sería mejor que te fueras, que buscaras otra colocación?

—La familia está desesperada por sirvientes, ahora que tantos se han ido. Él dijo que se aseguraría de que nunca consiguiera otra referencia, que le contaría a cualquiera que quisiera contratarme las peores historias. Necesito este trabajo, mi señora. Mantengo a mi madre con él, ya que está enferma y...

—Comprendo —dijo Maria, apretando sus manos mientras compartía una mirada con Anne, cuyos ojos se habían ensanchado considerablemente al parecer entender lo que esto significaba no solo para Maria sino también para ella misma—. Sé que probablemente no sea posible que te marches en este momento, pero si puedes encontrar otro puesto, te prometo que te proporcionaré la referencia que necesitas.

—¿Lo hará? —preguntó Jane, con un ligero destello de esperanza en sus ojos.

—Por supuesto —dijo Maria, forzando una sonrisa en su rostro para ocultar el creciente pánico en su interior. Porque podía ayudar a Jane, pero eso no detendría al conde—. Considéralo mi agradecimiento por tu valentía al venir a mí.

Jane hizo una reverencia una vez más antes de salir apresuradamente por la puerta. Anne miró a Maria con el mismo pánico en su expresión.

—Mi señora —dijo suavemente—, ¿qué vamos a hacer?

Maria apretó la mandíbula mientras miraba a Anne, sabiendo que solo había una opción.

—No tengo elección —dijo—. Pero tú sí. Yo debo quedarme, pero tú deberías volver a la residencia de mis padres.

—No puedo dejarte —dijo Anne, aunque sus palabras carecían de convicción.

—Puedes —dijo Maria, ocultando su desesperación ante la idea de estar completamente sola —. Tienes que hacerlo. No tengo elección en este asunto. Ya no. Tú, sin embargo, sí. Tienes toda tu vida por delante, Anne, y no puedes permitir que un hombre como Lord Dennison te la arruine. Porque lo hará. Eres una chica hermosa, y no permitirá que eso pase desapercibido. Ayúdame a desvestirme y luego haz tu equipaje y llama a un coche de alquiler.

—Mi señora —comenzó Anne, con lástima en la mirada, pero Maria negó con la cabeza.

—Está bien —dijo, aunque no lo estaba en absoluto.

—¿Usted... se iría también? —preguntó Anne, arrugando la nariz—. Sé que no podría volver a casa, pero yo iría con usted, a donde decidiera ir. Podría comenzar una nueva vida. Una lejos de aquí. No tendría las mismas comodidades, pero si él es realmente tan cruel, quizás estaría mejor.

—No puedo —dijo Maria inmediatamente—. ¿Qué haría? No tengo más habilidades que la acuarela, el bordado y servir té. No tengo adónde ir, nadie que me ayude.

—Seguramente debe de haber alguien.

Un rostro que Maria había estado tratando de olvidar desde la última vez que lo vio destelló en su mente, pero lo apartó con fuerza, porque no podía tener nada que ver con ello, con él. Su destino estaba sellado.

—Esta es mi vida —dijo, intentando sonreír mientras se daba la vuelta para que Anne pudiera ayudarla a desvestirse—. No te preocupes.

—Muy bien —dijo Anne, dando un paso adelante y ayudándola—. Si alguna vez necesita algo, sabe dónde encontrarme.

Maria asintió, ahogando el sollozo que comenzaba a crecer en su garganta. Cuando Anne terminó, Maria no pudo evitar extender los brazos y abrazarla, necesitando un último contacto

amistoso antes de resignarse a lo que estaba por venir.

No tenía idea de cuánto tiempo tardaría su esposo en venir a ella. Después de intentar leer para pasar el tiempo pero sabiendo que hacerlo era inútil, se sentó al borde de la cama, golpeando nerviosamente el pie mientras cerraba los ojos con fuerza y hacía todo lo posible para evitar que el pánico estallara mientras esperaba al cruel monstruo que las doncellas habían descrito, y al que Maria no podía evitar creer. Se dijo a sí misma que pensara en pensamientos agradables mientras sucedía, que hiciera como Jane había sugerido y expresara su dolor antes de que se volviera insoportable.

Cuando la puerta conectada con el vestidor finalmente se abrió, dio un respingo, sin poder evitar el grito que escapó de sus labios.

El conde entró, dejando caer su chaqueta al suelo mientras se acercaba a ella sin decir palabra. Su hedor a alcohol solo había aumentado desde que ella había dejado la fiesta, y Maria lamentó inmediatamente la respiración profunda que tomó mientras se levantaba, esperando que, quizás, trataría a su esposa de manera diferente a como trataba a otras mujeres.

Entonces él levantó la fusta de montar de su costado, y ella tragó saliva con dificultad, retrocediendo con pánico.

Él sonrió. —¿Sabes qué se siente al recibir un golpe de esto en la piel?

—No puedo decir que lo sepa, mi señor —dijo Maria, orgullosa de sí misma por no dejarle ver la agitación que él causaba dentro de ella—. Dudo que sea agradable.

Él se encogió de hombros. —A algunas mujeres les gusta. A otras no. Depende de cómo se administre, supongo.

—Quizás... ¿quizás podríamos esperar hasta otro momento para intentar algo así?

Él sonrió con suficiencia. —Esto es solo el comienzo, esposa. No te preocupes. No dejaré marcas donde alguien pueda verlas.

Su chaleco cayó ahora al suelo mientras avanzaba hacia ella, y Maria no pudo evitar encogerse contra la pared.

Sus manos fueron a sus calzones, pero entonces se detuvo, murmurando para sí mismo.

—¿Ocurre algo? —no pudo evitar preguntar Maria.

—Mejor meo primero. No te muevas.

En cuanto él atravesó la puerta de regreso a sus propias habitaciones, Maria dejó de pensar. El tiempo para eso había pasado. Corrió hacia la ventana al costado de la habitación, abriéndola de golpe y permitiendo que el fresco aire nocturno se precipitara sobre ella, enfriándola aún más de lo que ya estaba por el miedo que se había infiltrado.

Se inclinó sobre el borde de la ventana, agradecida de que su habitación estuviera solo en el primer piso, aunque era una caída bastante larga hasta el pequeño jardín que daba a las caballerizas detrás de la casa. Perdió un momento deseando ser más como Juliana, o incluso como la hermana de Juliana, Prudence, quien sabía que no tendría reparos en descender.

Sin embargo, no tuvo mucho tiempo para considerarlo, mientras pasaba la pierna por encima y comenzaba a deslizarse por el enrejado. Crujió bajo su peso, pero tenía mucho menos miedo de que el enrejado se rompiera que de enfrentarse a su esposo en la habitación de arriba.

Estaba casi en el fondo cuando escuchó un grito desde la ventana de arriba. No tenía idea de si él podía verla en la oscuridad de la noche, pero la distrajo lo suficiente como para que su pie resbalara y su tobillo se torciera debajo de ella cuando su pie, apenas cubierto por la zapatilla, tocó el suelo.

Se mordió el labio para no gritar antes de quitarse el anillo de un tirón y arrojarlo al suelo mientras huía en la noche tan rápido como el dolor se lo permitía.

CAPÍTULO 3



Había sido un día largo.

Hudson se secó la frente mientras terminaba de guardar la última herramienta y cerraba el armario. No había terminado con su último paciente hasta mucho después de la cena, y luego su madre había regresado con comida para él. Fue una bendición, pero significó que había luz en la ventana frontal de su casa, lo que había invitado a un paciente más al que Hudson simplemente no pudo rechazar. Afortunadamente, no había necesitado salir de su casa, que era más una consulta que un hogar, sino que había dado instrucciones y prometido ir a revisar al paciente por la mañana.

—Me voy por la noche, hijo —dijo su madre, apareciendo en la puerta de su despacho.

—Gracias por quedarte hasta tarde —dijo él, acercándose para besarla en la mejilla—. Agradezco tu ayuda.

—Me pagas bien por ello —dijo ella con una risa.

—Aun así, no podría hacerlo sin ti.

—Hablando de eso —dijo ella, con las mejillas ligeramente sonrosadas—, la semana que viene podría tomarme varios días libres, si te parece bien.

—Por supuesto —respondió inmediatamente, aunque estaba bastante desconcertado. ¿Adónde podría ir su madre? Debió de leer la pregunta en su rostro, porque continuó tartamudeando de una manera bastante impropia de ella.

—Tengo un amigo que sugirió que saliéramos de la ciudad por un tiempo.

—Ya veo —dijo, queriendo saber quién era exactamente ese amigo, pero su madre era una mujer adulta que no necesitaba darle explicaciones—. Viajar fuera de Londres es terriblemente caro. ¿Necesitas dinero?

—No, no —dijo ella, agitando una mano y retrocediendo de la habitación apresuradamente, algo poco característico en ella—. Estaré perfectamente bien. Ah, y Hudson...

—¿Sí?

—Pasas demasiado tiempo trabajando. ¿Has pensado en intentar conocer a una buena joven, establecerte, formar una familia?

—Solo cada vez que me lo mencionas —dijo, pero con una sonrisa en su rostro, porque sabía que su madre tenía buenas intenciones, aunque a veces pudiera ser insistente.

—Es solo que... no puedo estar aquí ayudándote para siempre, y sería agradable tener a alguien más que te asistiera con la consulta.

—Lo sé, madre, y necesito que sepas que si llega el día en que ya no quieras trabajar aquí

conmigo, puedo contratar a alguien más.

—¿Qué pasó con eso de que no podrías hacer esto sin mí?

Él se rio ante eso, sacudiendo la cabeza, pero mientras escuchaba la puerta principal de la casa cerrarse tras ella, reflexionó sobre sus palabras. Tenía razón. Debería estar estableciéndose, encontrando una mujer con quien pasar el resto de su vida.

Pero algo lo estaba frenando. Solo que sabía que no era algo, sino alguien.

Lady Maria Bennington.

Una dama tan por encima de él en posición social que resultaba ridículo. Una dama que nunca podría ser suya, a quien solo podía admirar desde lejos.

Y ahora una mujer casada.

Suspiró mientras apagaba la vela en el pequeño estudio antes de continuar hacia su sala. También extinguió la vela en la ventana delantera antes de servirse una copa para sentarse unos momentos frente al fuego antes de irse a la cama.

Se acomodó en el sillón acolchado que había visto mejores días, pero en el que encontraba demasiada comodidad como para deshacerse de él. Acababa de cerrar los ojos y tomar un primer sorbo del brandy cuando se sobresaltó por un golpe en la puerta.

Hudson suspiró, debatió si responder o no, y luego se puso de pie sabiendo que no tenía elección. Su conciencia no le permitiría otra decisión.

—¿Doc? —llegó una voz mientras abría la puerta.

—¿Sí? —respondió, escudriñando en la oscuridad, tratando de determinar la complexión del hombre. Al acercarse, se dio cuenta de que no era que el hombre fuera excesivamente grande, sino que llevaba algo en los brazos. Una mujer, flácida e inerte.

—¿Doc? Encontré a alguien.

—Smith, entra —dijo Hudson, haciendo pasar al hombre una vez que reconoció su voz, sabiendo que nunca podría rechazar a una persona en tal angustia, por mucho que anhelara su cama.

Encendió las velas una vez más, guiando al comerciante hasta el único lugar que tenía sentido para colocar a la mujer: su cama. Smith depositó a la mujer encima, con su largo y fluido camisón colgando por el borde y cayendo hasta el suelo.

—¿Cuál parece ser el problema? —preguntó Hudson, mientras se acercaba a la mujer, levantando la vela para proyectar la luz sobre su cuerpo.

Sin embargo, al hacerlo, se le cortó la respiración, y no parecía poder recuperarla.

Porque acostada en su cama no había otra que Lady Maria.

* * *

LA LUZ COMENZÓ A FILTRARSE a través de sus párpados, y Maria se movió mientras intentaba recordar dónde estaba, qué había sucedido. Volvió la cabeza hacia la luz, pero cuando intentó abrir los ojos, su cabeza comenzó a dolerle terriblemente, y ella hizo una mueca en respuesta.

—Quédese quieta por ahora —escuchó una voz que resonaba en su mente. La voz era tranquilizadora, una que reconocía, lo que la hacía sentir... segura. Pero quién-

De repente, los eventos del día regresaron a su mente, y jadeó al recordar a su marido, su acercamiento a su dormitorio y de lo que había huido. Lord Dennison. Su crueldad. Las criadas. ¿La había atrapado? ¿Estaba de vuelta en su casa? ¿Estaba... no pudo evitar el gemido que escapó de sus labios, pero antes de que pudiera moverse, había una mano sobre su brazo.

—Está bien. Está a salvo. Solo descanse.

—Pero... —La luz detrás de sus párpados disminuyó, y finalmente se atrevió a abrirlos un poco. Un rostro flotaba frente a ella, y parpadeó varias veces para intentar enfocarlo. No solo era familiar, sino que era el rostro que había perseguido sus pensamientos durante semanas. Uno bastante parecido al del Duque de Warwick, pero... más suave, con pómulos menos pronunciados, su nariz un poco más pequeña. Sin embargo, tenía el mismo cabello oscuro, sus ojos igualmente azules aunque de un tono ligeramente diferente. Su complexión era más esbelta, más delgada, pero había una fuerza en él que Maria había percibido la primera vez que lo conoció.

—¿Doctor Lewis? —logró decir, con voz ronca.

—Soy yo —dijo él, acercándose a ella y colocando una mano en su brazo—. He tratado su tobillo. Es un leve esguince por lo que puedo apreciar. También parece haber sufrido una lesión en la cabeza, pero me temo que no hay mucho que pueda hacer excepto intentar detener el sangrado externo. Preferiría no intentar medidas adicionales a menos que lo considere necesario. ¿Su visión está borrosa? ¿Siente que podría estar...

Quería sacudir la cabeza, pero su estómago se rebeló. Él aparentemente lo anticipó, pues estaba listo con un cubo. Maria estaba mortificada, pero él no pareció perturbado.

—¿Mejor? —preguntó, y ella lenta y cuidadosamente, asintió con la cabeza.

—Bien —dijo él—. Esperemos que sea solo una ligera herida en la cabeza que sanará en poco tiempo.

Maria levantó la mano hacia su cabeza, sorprendida de encontrar que su cabello había caído alrededor de sus hombros, y había una gruesa banda de gasa rodeando su cráneo.

Volvió a hacer una mueca de dolor. —¿Qué ocurrió?

—Esperaba que usted pudiera contarme algo de eso —dijo él—, pero primero, si se siente lo suficientemente bien, ¿preferiría sentarse en una silla frente al fuego? Podría estar más cómoda que en la cama. Si se siente mareada, puede volver a acostarse.

—Sí, por favor —dijo ella, comenzando a incorporarse, y él se acercó y puso una mano en su espalda para ayudarla a levantarse. Le tendió la otra mano, y ella colocó la suya en la de él con cierta vacilación. No estaba segura de cómo se sentiría al ser tocada por un hombre en ese momento, no después de las amenazas que su marido había hecho, pero con el Dr. Lewis, no había vacilación. Quizás era porque él era médico y trataba con pacientes todos los días. O quizás porque una de sus amigas más cercanas confiaba en él. O quizás era simplemente que tenía una presencia tranquilizadora que la reconfortaba. Fuera lo que fuese, no tenía reparos en permitir que su mano grande y cálida envolviera la suya y la condujera desde la cama hasta la sala a través de la puerta.

Él soportó su peso para que no tuviera que apoyarse en su tobillo lesionado mientras cojeaba hacia el sillón en la esquina de la habitación principal. No parecía gran cosa, pero era sorprendentemente cómodo y a la vez proporcionaba buen apoyo. Él se sentó frente a ella en un duro taburete de madera del comedor.

—Un amigo mío la trajo hasta mí —comenzó—. Dijo que la encontró no lejos de aquí, que la vio corriendo antes de que tropezara con alguien más y luego cayera y se golpeara la cabeza contra una pared de ladrillos. No tenía idea de que nos conociéramos, pero la trajo a mí ya que tengo este terrible hábito de no rechazar a nadie, sin importar la hora de la noche. Le pido disculpas por examinarla sin su permiso, pero quería asegurarme de que no tuviera otras lesiones además de la herida en la cabeza.

Debió parecer algo consternada, porque él levantó una mano y negó con la cabeza.

—Permaneció completamente vestida, pero revisé sus brazos y piernas en busca de huesos

rotos. Solo encontré el esguince en su tobillo. ¿Sufrió la lesión al mismo tiempo?

—Yo... —Maria descubrió que no estaba segura de qué decir. Los acontecimientos de la noche habían regresado a ella con demasiada claridad, pero estaba demasiado avergonzada para decir nada más. ¿Qué se suponía que debía decirle a este hombre por quien tenía tanto respeto y admiración? ¿Que había permitido que la casaran con un monstruo, y luego, cuando se dio cuenta de lo terrible que era, había huido en la noche, solo para dejar atrás a jóvenes inocentes como víctimas?

Él se movió en su silla antes de inclinarse hacia adelante, con las manos entrelazadas frente a él, los codos apoyados en las rodillas.

—No necesita contarme lo que sucedió si no quiere. Solo pregunto porque me ayuda a tratar la lesión si conozco la naturaleza de cómo se produjo.

Maria se sintió aún más tonta. Se aclaró la garganta.

—Me caí. No desde muy alto, aproximadamente treinta o sesenta centímetros. Pero estaba girando mientras caía, lo que debe haber causado la torcedura del tobillo.

—Eso tiene sentido —dijo él, reclinándose en el taburete. Obviamente tenía más preguntas, pero ella agradeció que no la presionara más.

—Es bastante tarde —dijo, poniéndose de pie—. Realmente debería llevarla a casa. Sin embargo, escuché... escuché que se casó hoy, así que me pregunto, ¿a cuál casa debería llevarla?

El pánico comenzó a latir salvajemente en el pecho de Maria al recordar dónde estaba su hogar ahora. Cuando había huido, inicialmente había pensado en regresar a casa de sus padres, pero rápidamente descartó la idea. Sin importar lo que les dijera, no tendrían más remedio que devolverla a su marido. No solo eso, sino que solo los habría decepcionado con su desobediencia. Así que en su lugar, se había dirigido hacia el este. Había avanzado cojeando lentamente hasta llegar a Soho, cuando una familia que pasaba en un carro se apiadó de ella y le permitió viajar hasta el borde de Holborn. Allí, se había desorientado mientras trataba de recordar cómo encontrar la casa de Juliana. Sabía que podía confiar en su amiga para que la acogiera, y su esposo, el detective, sería discreto.

Pero había sido abrumada por las calles desconocidas, la suciedad en el suelo, la gente que llenaba el vecindario a esa hora. En algún momento, debió haberse caído, que fue cuando el hombre la encontró.

Qué afortunada era que la hubiera traído aquí.

—No puedo ir a casa —dijo suavemente ahora, y los ojos de Hudson eran tan amables y comprensivos que casi estalló en lágrimas allí mismo.

—¿Le gustaría contarme por qué?

—No puedo. Pero sepa que no puedo regresar allí. No hay lugar para mí. Me casé pero... nunca volveré allí —dijo, sorprendiéndose a sí misma con la vehemencia en su voz—. Nunca.

—Muy bien —dijo él, con la mirada endureciéndose, aunque ella no estaba segura de por qué —. Será mejor que determinemos qué hacer con usted, al menos por esta noche. Podría llevarla a quedarse con mi madre, supongo. Ella hará preguntas ya que es bastante curiosa, pero le proporcionará una cama caliente.

La idea de tener que explicarse ante la madre del Dr. Lewis era casi más de lo que Maria podía soportar, y en este momento, la idea de alejarse de su lado era bastante aterradora en sí misma. No tenía idea de por qué, pero estar cerca de él actualmente parecía ser de suma importancia.

—Sé que es mucho pedir —dijo con cierta vacilación—, pero... ¿podría quedarme aquí con usted? Por favor.

Sus ojos brillaron por un segundo con una expresión bastante desconocida. Nunca debería haber preguntado. Había sido demasiado atrevida. Se preguntó si debería retirar su pregunta, pero luego, después de un momento de vacilación, él encontró su mirada y asintió firmemente con la cabeza.

—Sí —dijo—. Lo que usted necesite.

El alivio que la invadió fue casi suficiente para derribarla una vez más.

CAPÍTULO 4



La casa de Hudson era bastante pequeña para ser la de un médico, de eso era muy consciente.

Pero nunca le había molestado demasiado, hasta ahora, cuando la miraba a través de los ojos de Lady Maria.

Incluía la habitual sala de estar y comedor, su dormitorio en la parte trasera y el estudio al otro lado. Suponía que este último podría utilizarse como dormitorio, pero prefería mantener su trabajo lo más separado posible de su hogar. Una criada venía una vez al día para limpiar y preparar la cena.

En general, era ordenada, cómoda, y su madre se había asegurado de que hubiera suficiente decoración para hacerla presentable.

Pero estaba tan lejos de aquello a lo que Maria estaría acostumbrada que no podía imaginar que ella sintiera otra cosa que no fuera lástima por él.

Se acercó a la ventana delantera, mirando primero hacia un lado y luego hacia el otro antes de cerrar bien la cortina frente a ella.

—¿Está preocupado por algo? —le preguntó ella, obviamente notándolo, y él negó con la cabeza.

—Solo que alguien podría verte. Si alguna vez se descubriera que pasaste la noche en mi casa, estarías arruinada.

Ella dejó escapar una risa irónica.

—Es demasiado tarde para eso. Este es el menor de mis problemas.

La melancolía en su tono le preocupó, así como la conciencia de lo que podría haberle sucedido. No quería pensar en lo que su nuevo esposo podría haber hecho para que ella huyera con tal angustia.

Encendió algunas velas en la parte trasera de la habitación y avivó el fuego en la chimenea antes de mostrarle el dormitorio.

—Probablemente estés cansada, y puedo imaginar que te duele la cabeza —dijo—. Tomaré una de las mantas extra y dormiré frente al fuego. Tú puedes usar la cama.

—Oh, no —protestó ella—, no puedo tomar vuestra cama. Estaré perfectamente bien en la sala de estar.

Él dejó escapar una risa suave.

—Absolutamente no. Pero gracias por la oferta. Mañana tendremos que determinar los siguientes pasos para ti, pero por esta noche, tienes una cama y estás a salvo. ¿Lo entiendes?

De alguna manera, se volvió imperativo para él que ella supiera que no tenía nada que temer aquí con él. Ella necesitaba su ayuda, aunque no estaba completamente seguro si necesitaba más a un médico o a un amigo.

—Lady Maria —dijo, deteniéndose en la puerta—, no necesita contarme lo que sucedió, pero como médico, debo preguntar... ¿está herida de alguna otra manera? ¿Hay algo más que requiera, que no habría encontrado en mi examen?

Ella se sonrojó mientras miraba al suelo, incapaz de encontrar su mirada.

—No —dijo, con voz apenas por encima de un susurro mientras negaba con la cabeza—. Podría haberlo estado, es cierto. Pero no, no lo estoy.

—Bien —dijo él, sintiendo que el alivio lo inundaba con un sentimiento tan intenso de protección que casi no sabía qué hacer con él. Que esta mujer confiara en él era tan improbable que apenas podía creerlo, y sin embargo aquí estaba, en su casa, en su dormitorio, a punto de meterse bajo sus sábanas.

Tragó saliva con dificultad mientras apartaba los pensamientos de ella allí, con él. Obviamente ella había escapado de un hombre que la había amenazado y había sufrido una lesión en la cabeza en el proceso. Lo último que necesitaba era a él de pie en la puerta, deseándola.

—¿Tienes hambre? ¿Sed?

—No, gracias. Estoy bien.

—Muy bien —dijo, deteniéndose en la puerta, sin querer dejarla pero sabiendo que debía hacerlo—. Si necesita algo, estoy aquí fuera.

—Gracias —dijo ella, y con su suave sonrisa siguiéndolo, cerró la puerta tras él.

* * *

DESPUÉS DEL DÍA y la noche que había pasado, Maria no habría pensado que alguna vez sería capaz de dormir.

Por eso se sorprendió al despertar a la mañana siguiente sintiéndose más descansada de lo que había estado en días.

Quizás era porque la anticipación de la boda había desaparecido. Ahora se enfrentaba a una situación de la que tenía que salir, era cierto, pero al menos ya no se sentía sola. No con el Dr. Lewis ahí fuera, esperándola.

Dr. Lewis. ¿Qué iba a hacer? Había sido tan amable, tan confiado, tan poco insistente en pedirle que le contara todo lo que había ocurrido, aunque sabía que él merecía respuestas. Difícilmente podría quedarse aquí escondida para siempre, ¿verdad?

Tomó aire, mirándose a sí misma con su camisón y bata sucios. Dios mío, lo que diría su madre si la viera así ahora. Apenas podía creerlo ella misma. Pero no es como si tuviera otra opción. Se había metido en este lío. Ahora no tenía más remedio que salir de él.

Le tomó algo de tiempo primero sentarse y luego ponerse de pie, con un episodio de mareo acompañando cada acción, y reunió todo el valor que le quedaba antes de abrir la puerta y luego salir cojeando hacia la habitación principal, descubriendo que el sol entraba brillantemente por la amplia ventana de enfrente.

—Buenos días.

Oh, Dios mío, su corazón comenzó a latir dolorosamente ante la visión frente a ella.

Porque allí estaba el Dr. Lewis, enmarcado por la ventana delantera, con luz rodeándolo como si hubiera sido enviado aquí solo para ella. Sostenía una taza en sus manos, que ahora le

ofrecía.

—No estaba seguro si prefería té o café, pero mi mejor conjetura fue té, así que le preparé una taza. Puede añadir más azúcar si lo desea. También hay algunos bollos que dejó mi madre el otro día. Espero que todavía estén lo suficientemente frescos.

Maria trató de ocultar su sonrisa ante el hecho de que él realmente parecía un poco nervioso, aunque no tenía idea de por qué.

—Gracias —dijo, extendiendo la mano y aceptando su ofrecimiento—. Y muchas gracias por permitirme entrar en su casa. Sé que es mucho pedir.

—Está bien.

Él extendió una mano y la condujo a la pequeña mesa de desayuno. Ella agradeció la ayuda y se apoyó en él con más fuerza de la que pretendía.

—Anoche, estaba tratando de localizar la casa de Juliana —dijo, las palabras saliendo a borbotones—. Me perdí y no estaba segura de cómo llegar allí, pero sabía que ella y Matthew vivían cerca. Quizás... quizás podría ir a verla hoy.

Lo que realmente quería preguntar, desde lo más profundo de su ser, era si él le permitiría quedarse aquí, con él, pero eso era obviamente imposible. Él tenía su propia vida y lo último que necesitaba era una mujer casada que había arruinado completamente su vida para interrumpir la suya e imponerle a él sus problemas insuperables.

Sus ojos se nublaron por un momento, aunque no estaba del todo segura de con qué. Probablemente decepción en ella. ¿Qué debía pensar de ella? Primero había sido rechazada por su medio hermano, un duque, y ahora aquí estaba, en su casa sin nada más que sus ropas de noche después de huir de su lecho matrimonial.

Aunque lo que él pensara de ella no debería tener importancia. Él era el medio hermano de su amiga, y ahora, suponía, en cierto modo su médico, aunque no tenía idea de cómo podría pagarle alguna vez.

—Estoy feliz de hacer lo que usted desee —dijo él—. Sin embargo, Archibald estuvo aquí ayer y me informó que él y Juliana iban a estar visitando el campo hoy, siguiendo una pista, me dijo, aunque no estoy completamente seguro de qué se trataba ni para qué caso.

—Ya veo —dijo ella, frunciendo el ceño, aunque los nudos en su estómago comenzaron a retorcerse de nuevo. Si Juliana no estaba, ¿qué iba a hacer? Supuso que podría ir a ver a la hermana de Juliana, Prudence, aunque no la conocía bien. Luego estaba la duquesa, anteriormente Lady Emma, pero eso era bastante incómodo siendo que originalmente se suponía que se iba a casar con su marido. No es que la duquesa pareciera guardarle ningún rencor, pero aun así...

—Supongo... —comenzó, tratando de encontrar las palabras correctas—. Supongo que solo necesito unos días para resolver todo, quizás hasta que Juliana regrese. Sé que es mucho pedir, pero... ¿podría... es decir...

—Es más que bienvenida a quedarse aquí —dijo él con suavidad, y el alivio llenó a Maria.

—Oh, gracias —dijo, reprimiendo el impulso de levantarse de un salto y lanzar sus brazos alrededor de él—. Muchas gracias.

—Por supuesto —dijo él con un asentimiento, sin mostrar lo que realmente pensaba de todo, como Maria ansiaba preguntarle—. Le encontraré algo de ropa. Mientras tanto, deberíamos asegurarnos de que nadie sabe que está aquí. Sé que dijo que no hay nada que temer, pero odiaría causarle más escándalo.

—Mi reputación ya no significa nada —dijo, negando con la cabeza con demasiada fuerza, olvidando por un momento la herida en ella y levantó su mano ante la sorprendente oleada de

dolor. Dios mío, cómo debía verse en este momento—. Pero la suya es respetada en la comunidad. No quisiera arruinarla debido a su generosidad hacia mí. Sin embargo, agradecería que nadie supiera que estoy aquí.

—¿La gente la estará buscando? —preguntó, fijando en ella una mirada nivelada.

—Probablemente —fue todo lo que pudo decir.

—Muy bien —dijo él—. Debo irme para comenzar mis rondas, pero volveré tan pronto como pueda, con ropa. Hay algo de comida en la despensa para el día.

—Muchas gracias —dijo mientras las lágrimas brotaban, sin ser invitadas, a sus ojos, y parpadeó rápidamente para aclararlos—. No sé qué he hecho para merecer su amabilidad, pero...

Él se inclinó y colocó una mano sobre la de ella.

—No ha hecho nada para *no* merecerla —dijo—. Quédese aquí. Y no abra la puerta si alguien llama.

Ella asintió, viéndolo irse, ya echándolo de menos hasta su regreso.

* * *

HUDSON HIZO todo lo que pudo para apartar a Lady Maria de su mente mientras trabajaba el resto del día. Tenía que hacerlo. Si todo lo que hacía era pensar en ella, estaría demasiado distraído para atender adecuadamente a sus pacientes.

Pero aun así, era difícil no imaginarse los suaves mechones de cabello rubio que se rizaban ligeramente alrededor de sus hombros, sus ojos azules, el resplandor angelical que parecía seguirla. Era el sueño de todo inglés, y estaba sentada en su casa con su ropa de dormir, que ahora estaba sucia pero seguía siendo cara, por sucias que estuvieran. Incluso con el vendaje que le había colocado alrededor de la cabeza, seguía siendo la mujer más hermosa que jamás había visto. Todo este escenario era tan inverosímil que no lo habría creído él mismo de no haberlo sabido cierto.

Solo deseaba que ella se abriera, le dejara entrar y le contara lo que le había sucedido. Él haría todo lo posible por ayudar, solo tenía que saber cómo hacerlo.

Quizás con el tiempo ella aprendería a confiar en él.

Pero eso era todo. Por muy feliz que estuviera de tenerla quedándose con él, también era casi una tortura tenerla tan cerca y saber que nunca podría acercarse, nunca tener sus brazos alrededor de ella o sus labios sobre los suyos. Aunque su matrimonio no fuera uno que alguna vez sería verdadero en algo más que el nombre, ella seguía casada, y seguía siendo una dama inglesa, hija de un marqués y esposa de un conde si Archibald tenía razón.

No una mujer con la que él pudiera siquiera soñar.

Sin embargo, mientras la acogía en su hogar, ella solo tomaba más residencia en su mente.

Y él estaba indefenso para evitarlo.

CAPÍTULO 5



Hudson y Maria encontraron un ritmo fácil durante los días siguientes —quizás demasiado fácil, si él era honesto consigo mismo. Tomaban té juntos por las mañanas antes de que él saliera para atender a sus pacientes habituales, pasando todo el día anhelando su regreso por la noche. A menudo volvía a casa durante el día, pero siempre lo llamaban de nuevo antes de que pudiera pasar tiempo de calidad con Maria.

Ella tenía la cena en la mesa cada noche, con la ayuda de su criada. La muchacha sentía bastante curiosidad por la presencia de Maria, pero le explicaron que era una amiga en apuros. La cena juntos era la primera vez en mucho tiempo que Hudson recordaba realmente volver a casa y disfrutar de una comida con otra persona, aparte de alguna cena ocasional con su madre.

Su madre estaba obviamente bastante distraída, tanto que no notó, o al menos no hizo ningún comentario sobre algo inusual en su casa o en sus propias acciones. Cada vez que ella llegaba para comenzar el día ayudándolo, Maria se escondía en el dormitorio de Hudson para no tener que explicarle su presencia. Pero esta noche, su madre había insistido en que iba a cenar con él antes de partir en su misteriosa excursión, así que Hudson sabía que tenían que tomar una decisión sobre en quién confiar en esta farsa.

—Lady Maria —la llamó mientras entraba por la puerta después de su último paciente, encontrándola en el mostrador en la parte trasera de su casa, cortando una variedad de verduras. Llevaba un vestido amarillo pálido, uno que la favorecía aunque estaba lejos de los cortes y telas caras a los que estaría acostumbrada a usar. Él había disfrutado eligiendo las telas en la tienda de la costurera, por más incómodo que se hubiera sentido en la tienda.

—Dr. Lewis —lo saludó ella con una sonrisa alegre, una que él sabía que nunca dejaría de reconfortarlo por completo—. ¿No crees que quizás es hora de que prescindamos de las formalidades? Eres la persona más cercana a mí en este momento, así que creo que Maria estaría bien.

—Muy bien, Maria —dijo él, disfrutando de cómo sonaba su nombre en sus labios—. En realidad me gustaría que alguien además de mi madre me llamara Hudson. Hablando de mi madre... viene para acá.

Maria se detuvo a mitad del corte, con la boca abierta, boquiabierta ante sus palabras.

—¿Aquí? ¿A tu casa?

—Sí. Aquí.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—Ya veo —dijo, dejando el cuchillo y volviéndose para mirarlo, sus manos aferrándose al mostrador detrás de ella—. ¿Te gustaría que me fuera?

—No —dijo él, abrumado por un momento por la intensidad del pánico que lo invadió ante la idea de que ella fuera a otro lugar, por temor a que fuera lo último que vería de ella. Cruzó la habitación hasta pararse frente a ella, quedando justo a punto de poder extender la mano y acariciarle la mejilla con el lado de su dedo—. De hecho, estoy pensando que tal vez sea hora de informarle sobre tu presencia aquí.

Sus ojos se agrandaron y se mordió el labio, apartando la mirada de él hacia el suelo.

—Yo-yo pensé que habías dicho que era entrometida.

—Lo es —admitió él—, pero no es chismosa. Hará preguntas, pero mantendrá tus respuestas para sí misma.

—¿Y si no deseo proporcionar ninguna respuesta?

—Entonces no lo hagas.

Maria permaneció quieta por un momento, contemplando sus palabras, hasta que finalmente dejó escapar un suspiro entrecortado.

—Muy bien —dijo—. Si confías en ella, entonces yo también. ¿Debo poner un plato extra para la cena?

—Probablemente ella también traerá algo; nunca confiaría en que yo tuviera la cena preparada. Si tú también tienes un plato, estaremos bien.

Maria se dio la vuelta, mirando lo que tenía frente a ella en el mostrador.

—Betsy comenzó a preparar un estofado, pero le dije que yo lo terminaría. Necesito algo que hacer. Como has llegado a saber, no soy exactamente la mejor cocinera del mundo —dijo con una breve risa—. Puedo cortar y hervir verduras, pero eso es casi todo.

—No supongo que cocinar sea una habilidad que aprendan las jóvenes damas.

—¿Para qué, cuando hay habilidades útiles como el baile y las acuarelas que perfeccionar? —preguntó, alzando una ceja mientras sonreía, pero no había humor en su voz.

—Diferentes personas son criadas para ser competentes en diferentes capacidades —dijo Hudson con cuidado, acercándose y colocando sus manos sobre la piel desnuda de los brazos superiores de ella antes incluso de darse cuenta de lo que estaba haciendo, atrapándola entre su cuerpo y el mostrador.

—Sí, pero la mayoría de las personas tienen roles y profesiones útiles. Yo no soy de utilidad para nadie.

—Difícilmente diría eso.

Ella se dio la vuelta, y de repente su rostro estaba justo debajo del suyo, sus labios rosados y respingones, llenos y besables, sus ojos de un azul brillante que parecían ver directamente en su alma.

Anhelaba inclinarse y probarla, pero ¿cómo podría, cuando él era el único hombre en quien ella parecía confiar?

—Puede que no sepas cocinar carne o remendar calcetines o fregar pisos, pero hay una cosa que sí sabes hacer, y es adaptarte a tus circunstancias, cómo conocer mejor a las personas, cómo moverte en una habitación llena de gente. Son habilidades importantes para tener, sin importar a dónde vayas en la vida. También tienes tanta bondad en tu corazón y alma que es imposible resistirse. ¿Preguntaste qué hiciste para merecer ayuda? Fuiste tú misma. Siempre. Y eso significa mucho.

Ella comenzó a parpadear rápidamente mientras apartaba la mirada de él por unos momentos, antes de finalmente volver a dirigir sus ojos brillantes hacia los suyos.

—Gracias —dijo suavemente—. Solo me preocupa cómo me las arreglaré sola.

Un pensamiento le ocurrió entonces, uno que debería haberle golpeado mucho antes. Dio un paso atrás antes de que su cercanía, su aroma a limón y lavanda, abrumara por completo todos sus sentidos.

—Mi madre me ayuda mientras trabajo. Calma a las familias, toma notas para mí, me ayuda con cualquier herramienta que pueda necesitar o habla con el boticario sobre medicamentos particulares. Va a estar fuera por un tiempo. ¿Por qué no me asistes en su lugar?

—¿Yo? —dijo Maria, llevándose una mano al pecho.

—Sí, tú —dijo él con una sonrisa burlona.

—¿Crees que sería una buena idea? —preguntó, arrugando la nariz—. Estaría más que feliz de hacerlo, pero temo que podría hacer algo que ponga en peligro tu negocio o insulte a uno de tus pacientes. No tendría idea de lo que estoy haciendo y...

Hudson levantó un dedo para detener su flujo de palabras.

—Solo era una idea. No tienes ninguna obligación de hacerlo. Simplemente pensé que te demostraría que tienes una gran cantidad de habilidades que podrían ayudar a muchas personas, incluido yo. Y te pagaría por ello, si buscas ganar dinero.

Ella levantó una mano ante eso, ya negando con la cabeza.

—No me pagarás.

—Pero...

—¡No! —exclamó ahora—. Nunca aceptaría un pago tuyo. Sin embargo, consideraría hacer esto para mostrarte cuánto ha significado para mí tu generosidad.

Hudson abrió la boca para discutir, pero ante la sinceridad en su mirada, la verdad lo golpeó, fuerte, profundo en su pecho. Ella necesitaba esto. Necesitaba sentir que estaba haciendo algo para contribuir, en lugar de que todo se hiciera por ella.

Si podía tener éxito aquí, entonces tal vez ganaría confianza para crear una vida para sí misma, una que ella elegiría en lugar de que fuera elegida para ella.

Aunque el pensamiento de que ella fuera a algún lugar por su cuenta era suficiente para hacerle querer alcanzarla y mantenerla cerca y nunca dejarla ir.

Hubo un golpe en la puerta, y los ojos de Maria se abrieron de sorpresa mientras se miraba a sí misma. Hudson logró una pequeña sonrisa que esperaba pareciera tranquilizadora para ella.

—No te preocupes. Mi madre no se rige por las ceremonias. Te ves bien.

Se veía hermosa, en realidad, pero difícilmente podía decirlo en voz alta.

—Gracias —murmuró, moviéndose hacia el centro de la habitación y parándose con las manos juntas frente a ella.

—Madre —dijo Hudson cuando ella empujó la puerta antes de que él pudiera cruzar la habitación para dejarla entrar. Tendría que hablar con ella sobre eso una vez más: un hombre necesitaba un mínimo de privacidad, al menos—. Pasa, por favor.

—Traje... —se detuvo después de dar un paso en la habitación—. No me di cuenta de que tenías compañía.

—Lady Maria, esta es mi madre, la señora Lewis —dijo, sabiendo por su trabajo con la nobleza que debía presentar primero a la persona de mayor rango en la habitación—. Madre, esta es Lady Maria.

—¿Lady Maria? —preguntó en un tono que dejaba claro que no estaba tan impresionada con el título como la mayoría de la gente lo estaría—. ¿Qué está haciendo en la casa de mi hijo?

—Madre —dijo Hudson con cierta reprimenda—, ¿puedes ser más acogedora? Lady Maria ha huido de una... situación problemática. Smith la encontró herida y la trajo conmigo. No tenía

ningún otro lugar a donde ir.

—Ya veo —dijo su madre, suavizándose un poco cuando se dio cuenta de que Maria estaba allí con cierta angustia—. Me disculpo, Lady Maria. No he tenido las mejores experiencias con la nobleza.

—Lo entiendo —dijo Maria con gracia, y Hudson tuvo la sensación de que una habilidad que ella había dominado era saber exactamente lo correcto para decir en el momento adecuado.

—Su hijo se ha ofrecido a ser un anfitrión muy amable hasta que mi amiga regrese de su tiempo fuera. Sé que estas no son las circunstancias más ideales para él, pero me aseguraré de recompensarlo por su generosidad.

—Qué... interesante —dijo su madre, y Hudson casi puso los ojos en blanco. Parecía que su sospecha inicial estaba cambiando un poco, ya que ahora miraba alternativamente de Maria a él con cierto interés en sus ojos, un interés que él conocía demasiado bien. Interés casamentero.

—Madre, no es una posibilidad —dijo, negando con la cabeza en señal de advertencia.

Maria lo miró, algo perpleja.

—Te explicaré más tarde —dijo, esperando que ella realmente olvidara esta conversación por completo.

—¿De qué estás huyendo exactamente? —preguntó su madre, tan directa como siempre, caminando por la casa hacia la habitación trasera, mientras Maria daba unos pasos cortos detrás de ella para quedar a una distancia adecuada para hablar. Hudson estaba inclinado a decirle que en realidad era mejor quedarse más lejos, pero sabía que ella era demasiado educada para hacerlo.

—Es difícil hablar de ello pero... un matrimonio problemático.

—Ah —dijo su madre, mostrando simpatía—. Es una posición imposible para una mujer. Admiro tu valentía por irte.

—Gracias —dijo Maria con cierta sorpresa—. Pero realmente no creo que fuera valiente en absoluto. Debería haberme quedado e intentado cambiar las cosas. Debería haber intentado arreglar...

Su madre lo sorprendió ahora al dejar la comida en el mostrador y caminar hacia Maria. Extendió la mano y tomó las de ella.

—En muchas situaciones, particularmente como las que estás describiendo, no hay arreglo. Solo hay que saber cuándo debes alejarte. —Miró hacia Hudson ahora, que se encontraba como un espectador de la escena frente a él—. Mi hijo es un buen hombre. Y un excelente médico. Te vi cojear antes. ¿Era tu tobillo?

—Mi tobillo, sí. También sufrí una lesión en la cabeza, pero creo que, en general, estoy mucho mejor.

Ella miró a Hudson para confirmación, y él asintió.

—Ha sido una paciente ejemplar. Descansa cuando se lo digo y no se esfuerza demasiado.

—Supongo que una comprensión del descanso es un beneficio de ser parte de la nobleza —murmuró su madre. Aunque no había malicia en su tono, él le lanzó una mirada de advertencia.

—He sugerido que Maria me ayude mientras estás fuera, madre.

Su madre pareció sorprendida por eso, pero Maria intervino rápidamente.

—¿Adónde va? Unas vacaciones suenan encantadoras.

—Bath.

—¡Oh, Bath, qué hermoso! ¿Ha estado antes?

—No —dijo su madre con una risa, volviendo a la comida y comenzando a servirla en tres platos—. No ha sido posible para una mujer como yo hasta ahora. Estoy deseando que llegue.

—Es precioso —dijo Maria, y cuando su madre comenzó a hacer preguntas, cayeron en una conversación fácil que hizo que Hudson suspirara de alivio.

Su deseo por Maria había sido evidente desde el primer día que la había conocido. Ahora, el calor que lo llenaba al verla llevarse bien con su madre le hizo darse cuenta de que Maria se estaba convirtiendo en una de las mujeres más importantes en su vida.

Lo que le preocupaba más que la idea de que se conocieran.

CAPÍTULO 6



Maria cuadró los hombros e hizo lo que siempre hacía cuando se enfrentaba a una situación que le causaba mucha anticipación: imaginó, por un momento, que era otra persona.

Aunque esta vez, en lugar de fingir que era el Diamante de Primera Agua que todos los hombres deseaban y todas las mujeres querían ser, imaginó algo mucho más dulce, algo que nunca podría admitir porque jamás podría hacerse realidad: que era la esposa de Hudson Lewis, lista para pasar el día con él mientras lo ayudaba en sus visitas médicas.

Ni siquiera podía expresar con palabras cuánto preferiría eso a su realidad.

Cerró los ojos mientras intentaba olvidar lo que había visto ayer. No había pretendido invadir su privacidad. Al menos, no al principio. Sabía que cuando pasó junto a la puerta del dormitorio, que se había entreabierto —nunca cerraba bien, había descubierto—, debería haber seguido caminando en lugar de detenerse y tomarse su tiempo para determinar exactamente qué estaba viendo por la rendija.

Pero lo sabía. Y había querido ver más. Era Hudson, sin camisa, mientras se cambiaba para vestirse para el día. Luego había comenzado a desabrocharse los pantalones, y ella se había quedado hipnotizada por la visión de él, hasta que él comenzó a girarse hacia donde ella estaba en la puerta, y ella se había escabullido tan rápido como sus heridas se lo permitieron antes de que pudiera descubrirla.

Ahora, sabiendo cómo se veía, cómo su fuerte y musculoso torso se estrechaba en abdominales esculpidos con ese rastro de vello que descendía por debajo de sus pantalones, apenas podía mirarlo a la cara.

Había pasado todo el breve trayecto hasta su primer paciente con la cabeza gacha, mirando al único caballo que tiraba del calesín frente a ella, pero afortunadamente él había malinterpretado lo que eso implicaba.

—No tienes nada de qué preocuparte —le había dicho con esa sonrisa útil suya, una por la que podía ver que muchos pacientes caerían rendidos—. Estarás perfectamente bien.

Ella esperaba que así fuera. Pero cuando entraron en la primera casa esa mañana, a él lo llevaron inmediatamente a una habitación trasera sin siquiera un saludo, dejando a Maria de pie en el pequeño vestíbulo, sola, completamente insegura de qué hacer.

Hasta que vislumbró a una niña pequeña asomándose desde la esquina. Maria se agachó con una sonrisa, extendiendo una mano en señal de invitación para que la niña se acercara, esperando no parecer demasiado aterradora.

Después de unos pasos vacilantes, la niña vino corriendo hacia ella, y Maria se dio cuenta de que tal vez podría resultar útil después de todo.

* * *

—ESO ES TODO, señor Norley. Espero que tenga un día agradable.

—Gracias, doctor Lewis. Y debo decir que, aunque disfruto mucho de la compañía de su madre, la encantadora joven que lo acompañó hoy me alegró el día solo con sonreírme.

Hudson se rio mientras seguía al hombre cojeando fuera del dormitorio trasero donde lo había tratado, aunque esperaba estar en lo cierto al pensar que la cojera de su paciente era ligeramente menos pronunciada que cuando entró.

Hudson le había dicho a Maria que estaría perfectamente bien atendiendo al señor Norley sin su ayuda, y ahora salió de la habitación para ver cómo estaba ella. Sabía que probablemente se aburriría esperándolo cuando no necesitaba su asistencia, pero de alguna manera, dondequiera que fueran, ella parecía encontrar la forma de hacerse útil. Y sin importar dónde estuvieran o a quién estuviera tratando, no había podido dejar de pensar en ella durante toda la mañana, sabiendo que estaba justo al otro lado de la pared.

Ahora, vio que ella estaba demasiado ocupada para él. Desafortunadamente, los habían visto entrar a casa del señor Norley, y ahora ella estaba parada justo afuera con la señora Bloomsbury —una mujer demasiado chismosa para su propio bien, aunque Maria no conocería la reputación de la mujer. Seguramente había llamado a la puerta para preguntar quién estaba dentro.

—Buen día, señora Bloomsbury —dijo, uniéndose a ellas frente a la casa—. ¿Cómo va ese hombro suyo?

La mujer resopló ante eso, antes de levantar su bastón —uno que él sabía que no necesitaba pero llevaba para causar efecto— y golpearlo deliberadamente contra el suelo.

—Ya veremos cuánto dura lo último —dijo, dándole una larga mirada como para decir que no confiaba en él antes de volverse hacia Maria y continuar hablando. Hudson decidió darle un momento a Maria antes de insistir en la urgencia de continuar, y mientras esperaba, una imagen al otro lado de la calle empedrada captó su atención.

Un muchacho sostenía una pila de periódicos en una mano, agitando uno en el aire para tentar a los transeúntes. —¡Morning Post! —gritaba—. ¡Entérese todo sobre la condesa desaparecida!

La cabeza de Maria giró bruscamente al oír eso mientras seguía la mirada de Hudson, ambos fijándose en la visión. Porque allí, en la portada del periódico, había un retrato de ella con la palabra "DESAPARECIDA" escrita en la parte superior.

—Oh, Dios mío —susurró ella, y antes de que Hudson pudiera detenerla, puso una rápida excusa a la repentinamente muda señora Bloomsbury y se apresuró a cruzar la calle, tomando el periódico directamente de la mano del muchacho. Hudson la siguió, contando los siete peniques que costaba, sabiendo que Maria probablemente ni siquiera sabía cuánto costaba el periódico, antes de tomarla del codo y guiarla para que se parara junto a la pared de ladrillo de un edificio, fuera del camino de los transeúntes.

—¿Eres tú? —preguntó, y ella asintió con rigidez, con los ojos clavados en la página.

—Maria —dijo suavemente, colocando un dedo índice bajo su barbilla e inclinando su cabeza hacia arriba para que lo mirara a los ojos—, ¿quieres que lea el artículo, o crees que quizás es hora de que me cuentes tu historia para que tal vez pueda hacer más para ayudarte?

Ella se mordió el labio, con un brillo de lágrimas cubriéndolos antes de tomar aliento y

asentir con la cabeza.

—Sí, creo que es hora.

—Vamos a casa, entonces —dijo él, disfrutando de la sensación cuando ella colocó su brazo sobre el suyo. Se sentía correcto, como si perteneciera allí, como si *ella* perteneciera aquí, aunque sabía en su corazón que ella pertenecía a cualquier sitio menos a este.

* * *

MARIA SABÍA que si estaba segura con alguien, era aquí, con Hudson.

Pero estaba preocupada.

Preocupada de que él la juzgara, de que se preguntara por qué había sido tan crédula, tan estúpida como para permitirse casarse con un hombre como su actual esposo, por no haber evitado esta situación antes de que hubiera llegado a este punto.

Si tan solo hubiera huido antes de casarse. Entonces quizás su situación viviendo aquí con Hudson sería muy diferente, aunque, conociéndolo, él nunca permitiría que su reputación como mujer soltera se pusiera en duda por quedarse con él. Quizás la habría devuelto a casa y ella habría vuelto a donde había comenzado.

Él se inclinó ahora, tomando una de sus manos entre las suyas de esa manera que tenía, que era tanto reconfortante como curiosa por el deseo que despertaba dentro de ella, ya que podía imaginar tan fácilmente esas manos subiendo por sus brazos, sobre sus hombros y bajando... no. No podía pensar así. No estaba bien.

También la desconcertaba completamente que un solo toque de su esposo la hubiera hecho querer correr lo más lejos posible en dirección contraria, mientras que cuando la piel de Hudson tocaba la suya, solo quería acercarlo más.

Respiró hondo, reuniendo su valor antes de mirar hacia arriba y encontrarse con sus ojos mientras él esperaba pacientemente a que ella comenzara, sin presionarla, sin hacer preguntas, simplemente dándole tiempo para contar su historia.

—Sabes que me casé hace poco —comenzó.

—Lo sé.

¿Era su imaginación, o su voz sonaba un poco ronca?

—No lo conocía bien. Mis padres habían arreglado el matrimonio después de que el duque —tu medio hermano— decidiera casarse con Lady Emma en lugar de conmigo. Lo cual entendí. Estaban enamorados. Pero la sociedad no lo veía exactamente así. Asumieron que había algo que me faltaba, que quizás no era el premio que todos habían pensado que era.

Escuchó el tono irónico en su voz pero no pudo evitarlo. No tenía nada contra el duque, pero no podía evitar su fastidio porque la sociedad cambiara toda opinión sobre ella basada en una decisión tomada por un hombre, una decisión que no tenía nada que ver con ella, sino todo que ver con la mujer de quien se había enamorado.

—El conde comenzó a cortejarme como se esperaba, aunque tuvimos un tiempo limitado juntos. Era educado, el caballero que se suponía que debía ser, aunque siempre sentí que había algo... raro en él. Sin embargo, cuestioné mi reacción, ya que no podía determinar exactamente qué era y él nunca actuó de una manera que debiera haber despertado mis sospechas. —Se rio sin humor—. No confiaba en mí misma. Escuché a todos los demás en su lugar.

—No puedes culparte —murmuró él, y ella se encogió de hombros, mirando a lo lejos, hacia la esquina de la habitación que se sentía más como un hogar que la finca campestre de sus padres o la mansión de Londres nunca habían sido.

—Nos casamos. Incluso cuando dije que sí, sabía que era la decisión equivocada, pero ¿qué podía hacer? No tenía el valor para defenderme y decir que no frente a todos los que se habían reunido, para aceptar lo que sería una ruina segura tanto para mí como para mi familia. No pasó mucho tiempo para que él mostrara quién era realmente después de eso. De hecho, lo hizo momentos después, en el carruaje. Afortunadamente, el viaje fue demasiado corto para... para que ocurriera algo.

Tragó saliva mientras se estremecía al recordar ese breve encuentro con él. ¿Qué traería una vida con ese hombre?

—Después del desayuno de bodas, mi doncella, Anne, trajo a otra criada para verme. Me contó la verdad de todo: que él había estado torturando a las pobres doncellas durante años. Que no solo se había forzado sobre ellas, sino que lo había hecho de una manera cr-cruel.

Se tapó la boca con la mano mientras la realidad de quién era verdaderamente ese hombre y lo que había estado haciendo durante tanto tiempo la golpeaba con toda su fuerza.

—Vino a advertirme que mostrara mi dolor temprano ya que él no se detiene hasta lograr su objetivo.

En ese momento, las lágrimas comenzaron a correr por su rostro, y Hudson se movió desde la silla frente a ella para sentarse a su lado en el sofá. Vacilé, como si no estuviera seguro de cuán cerca debería acercarse, pero ella asintió su consentimiento y él pareció entender mientras colocaba un brazo alrededor de sus hombros y la atraía hacia sí. Ella aceptó el consuelo que él ofrecía y se apoyó en él.

Cuando habló de nuevo, su voz estaba apenas por encima de un susurro, pero ahora que había comenzado, tenía que terminar su historia.

—Vino a mí esa noche. Tenía una f-fusta de montar. Me dijo lo que iba a hacer, pero primero tuvo que ir a aliviarse. Entonces, finalmente, actué. Ni siquiera pensé. Simplemente salí por la ventana y bajé por el enrejado. Cuando llegué abajo, lo oí gritar desde arriba y fue entonces cuando se me torció el tobillo. Mi determinación, sin embargo, era mayor que el dolor que sentía, y llegué al borde de Mayfair con la ayuda de una rama caída para apoyarme. Pude encontrar un transporte —de una familia lo suficientemente amable como para apiadarse de mí y no hacer preguntas— hasta el borde de Holborn. Estaba tratando de encontrar a Juliana pero me perdí horriblemente. Estaba confundida, estaba herida, yo... fue entonces cuando debí haberme caído en el edificio. Gracias a Dios, el hombre que me encontró era de confianza y me trajo contigo. Podría haber sido...

Sacudió la cabeza entonces, incapaz de terminar. Lo que había comenzado como la noche más horrible de su vida podría haber terminado aún peor.

Hudson la rodeó con sus brazos entonces, atrayéndola y sosteniéndola cerca. Sus manos se elevaron para rodear su cuello y ella aceptó el abrazo, extrayendo fuerza de su duro cuerpo contra el suyo y del consuelo que le proporcionaba.

—No puedo volver —sollozó, llorando en el áspero material de su chaqueta en su hombro, y él sacudió la cabeza rápidamente.

—Absolutamente no puedes. —La agarró con más fuerza, acariciando su cabello con una mano. Ella oyó caer un alfiler, pero no le importó—. Lo que sea que necesites, Maria, te lo daré si te mantendrá a salvo. Te lo prometo. Él no te lastimará, nadie lo hará. No lo permitiré.

Lo dijo con tanta fiereza que, por un momento, Maria albergó la esperanza de que ya no estaba sola.

—Pero... ¿por qué? —preguntó contra su hombro.

—Sabes por qué —dijo él, incluso mientras ella negaba con la cabeza. Estaba casada. Nunca

podría ser. *Ellos* nunca podrían estar juntos, por mucho que ambos lo desearan.

—Oh, Hudson —dijo, apretando sus brazos alrededor de su cuello antes de levantar la cabeza para mirarlo. Sus labios estaban a un suspiro de distancia de los de él, pero él no se movió, lo que ella sabía que se debía a la historia que le había contado y a su respeto por ella después de cómo su esposo la había amenazado.

Se movió muy ligeramente, de modo que sus labios apenas se tocaron, y su invitación pareció ser suficiente mientras él dejaba escapar un verdadero gruñido y sus labios comenzaban a moverse sobre los de ella, aunque lentamente, con cierta vacilación. Se detuvo antes de que ella pudiera comenzar a disfrutar realmente del beso, inclinándose hacia atrás y susurrando contra sus labios: —¿Está bien esto?

Ella asintió y se inclinó para aceptarlo nuevamente. No tenía idea de lo que estaba haciendo —nunca había besado antes—, pero sus labios parecían conocerse ya y saber cómo responder sin que ella tuviera que pensarlo. El beso fue suave pero apasionado, un desbordamiento de todo lo que habían contenido dentro.

Maria estaba casada. Lo sabía. Sin embargo, su conexión con Hudson parecía mucho más verdadera que cualquier cosa que tuviera con su esposo, votos o no.

Finalmente, se separaron, aunque Hudson apoyó su frente contra la de ella mientras respiraban el mismo aire, pues parecían incapaces de alejarse el uno del otro.

—Oh, Maria —dijo él, sus dedos jugueteando con la nuca de ella, pero su voz se apagó, pues sabía que había mucho que decir, pero era demasiado difícil para cualquiera de los dos expresarlo con palabras.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella—. Sé que estoy a salvo, pero... las doncellas. ¿Cómo puedo protegerlas? Necesito asegurarme de que Anne, mi doncella personal, haya podido regresar con mis padres, y le prometí a Jane, la que vino a verme, que la ayudaría a encontrar otro puesto, para escapar. ¿Cómo puedo hacer eso, cuando he huido como una cobarde?

—No eres ninguna cobarde —dijo él, acariciando su mejilla con el pulgar—. Eres mucho más valiente de lo que crees. Necesitamos ayuda —dijo con convicción—. Y afortunadamente, creo que Archibald y Juliana debían regresar hoy. Se puede confiar en ellos.

—Es cierto —estuvo de acuerdo, aunque una parte de ella estaba ligeramente entristecida ante la idea de que ya no tenía ninguna razón para quedarse con Hudson. La idea de que debía separarse de él era casi más de lo que podía soportar.

—Hay algo más —dijo ella—. Jane afirmó que cree que una de las doncellas podría haber... —tragó saliva con dificultad— ...podría haber muerto a manos de él. Al personal se le dijo que se había ido por voluntad propia, pero nadie volvió a saber de ella. Este no es un mundo en el que él sería juzgado por la muerte de una criada, pero...

—Pero podemos intentarlo —terminó él, con convicción en su tono—. Iremos a ver a Matthew mañana. Hasta entonces, deberías descansar un poco.

Ella asintió, levantándose y caminando de vuelta al dormitorio. Se detuvo en la puerta, mirando hacia atrás para verlo comenzar a arreglar sus mantas frente al fuego en el sofá para la noche.

—¿Hudson?

—¿Sí?

—¿Dormirías... dormirías conmigo esta noche? No para... es decir... ¿me abrazarías?

—Por supuesto —dijo él, y ella no pudo evitar que su corazón acelerara su latido mientras él la seguía al dormitorio.

CAPÍTULO 7



Hudson no podría haberle dicho que no a su petición, pero decir que sí era ciertamente más peligroso.

Todavía estaba temblando después de escuchar su historia. Había enmascarado su verdadera emoción para no asustarla una vez más, pero había estado hirviendo de rabia. Sabía que había muchos hombres como el marido de ella en el mundo, por supuesto —había visto abundantes pruebas de sus acciones con sus propios ojos—, pero pensar en cómo podría haber sido la vida de María si se hubiera quedado... solo deseaba haberlo sabido antes, haber podido ayudarla, impedir la boda antes de que ocurriera.

Pero eso era una tontería. ¿Cómo iba a haberlo sabido cuando había estado haciendo todo lo posible por mantenerse alejado de ella, por ni siquiera pensar en ella?

Definitivamente no debería haberla besado. Pero no había podido evitar su necesidad de reclamarla, de demostrarle que no todos los hombres eran como su marido, que sus propios sentimientos hacia ella eran de un tipo completamente diferente.

Se detuvo en el umbral cuando ella se paró junto a la cama, con las manos entrelazadas mientras lo miraba con cierta incertidumbre, como si ya estuviera arrepintiéndose de haberle pedido que se quedara.

—Esperaré aquí fuera para darte un momento para que te prepares —dijo, y ella asintió agradecida.

Hudson cerró la puerta, respirando profundamente para intentar calmar la tormenta en su interior. El furioso tumulto provocado por su historia se mezclaba con el deseo que despertaba en su cuerpo cuando estaba cerca de ella, por mucho que se dijera a sí mismo que debía reprimirlo.

Sin embargo, esta noche no había lugar para eso. No era por eso que ella lo necesitaba, no era lo que buscaba; de hecho, estaba huyendo de ello.

—E-estoy lista —llamó desde dentro, y él abrió la puerta antes de acercarse, sentándose en el borde de la cama y quitándose las botas, haciendo todo lo posible por no asustarla ni recordarle lo que había vivido.

Había traído su manta consigo y la desdobló encima de la que ella tenía.

—¿Tendrás suficiente calor? —preguntó ella, y él se sintió conmovido de que pensara en su comodidad.

—Por supuesto —dijo. Estaría más que cálido con ella durmiendo a su lado.

Se acostó suavemente junto a ella, dejando espacio entre ambos, permitiéndole decirle qué necesitaba.

—¿Hudson? —preguntó ella, con voz pequeña en la oscuridad.

—¿Sí?

—¿Podrías hablarme, contarme más sobre ti?

Hudson pasaría toda la noche hablando con ella, pero no estaba completamente seguro de qué se suponía que debía decir, ni qué pensaría ella de la vida que había llevado.

—En realidad, no hay mucho que contar.

—¿Dónde creciste? ¿Cómo fue tu infancia?

Permaneció en silencio por un momento mientras recordaba, preguntándose cuánto contarle, decidiendo finalmente que ella había compartido la totalidad de su historia con él, así que ¿cómo podía no confiar en ella de la misma manera?

—Crecí en el pueblo de Watford. Mi madre trabajó para la familia Remington como doncella en Remington House, donde el duque se interesó por ella.

María permaneció en silencio mientras escuchaba su historia, pero él podía notar por su respiración que seguía despierta.

—Ella no rechazó sus atenciones, pero no se dio cuenta de su verdadera naturaleza hasta que fue demasiado tarde. Él acababa de casarse pero le había contado historias sobre lo fría que era su esposa. Probablemente era cierto que la duquesa no estaba interesada en estar cerca de él, pero no fue evidente por qué hasta más tarde.

—Puedo entender eso.

—Mi madre acudió al duque cuando descubrió que estaba embarazada, y él le dijo que recogiera sus cosas y se marchara. Su esposa no lo sabía en ese momento. Todo lo que mi madre pidió fue dinero para mantenerme. El duque se negó, así que ella le contó a su esposa sobre el bebé. También le dijo que seguiría informando a toda la sociedad a menos que comenzara con los pagos. Se mudó al pueblo e inventó una historia sobre estar casada con un soldado que murió en batalla. Como parecía tener dinero para vivir, la creyeron. Ella ganaba algo de dinero como costurera, aunque no tenía un talento particular.

—Es una mujer fuerte.

—Lo es. Insistió en que yo viviría la vida de un caballero, y se aseguró de que cuando llegara el momento, recibiera educación para convertirme en médico. Fue entonces cuando nos mudamos a Londres y comenzamos nuestra vida aquí.

—¿Fue feliz tu infancia?

—Lo fue. Algunas personas tenían una leve idea de la verdadera historia y me llamaban bastardo de vez en cuando, pero en su mayor parte, la vida que conocí fue agradable.

—¿Siempre quisiste ser médico?

—Nunca consideré otra cosa —dijo, aunque al decirlo, sabía que estaba contento con la vida que tenía por delante.

—¿Hay... algo más que quisieras de la vida?

Asintió, y luego, cuando se dio cuenta de que ella no podía verlo, continuó. —Sí. Una familia. Una esposa. Hijos propios, que nacerían con mi apellido, no un bastardo como yo.

Ella se quedó ligeramente quieta ante eso, y él supo que no había sido lo correcto decir, aunque era la verdad.

—¿Me abrazarías? —preguntó ella de nuevo, con la voz apenas por encima de un susurro, y Hudson nunca había estado más agradecido de responder a una petición en su vida.

—Por supuesto —dijo antes de acercarse más, rodeándola con el brazo, sosteniendo su espalda contra su pecho. Inclinó las caderas hacia atrás para que ella no sintiera la evidencia de su deseo, evidencia que estaba haciendo todo lo posible por controlar.

Al principio estaba tensa, pero eventualmente su respiración se ralentizó y se relajó contra él, quedándose dormida.

Si Hudson lograría hacer lo mismo era otra historia.

* * *

CUANDO MARÍA DESPERTÓ a la mañana siguiente, se sentía más descansada de lo que había estado en semanas, en realidad desde que había descubierto que iba a casarse. Hudson ya se había levantado, y podía oírlo fuera de la habitación, probablemente preparando té para ambos como siempre hacía.

María no pudo evitar la pequeña sonrisa que cruzó su rostro cuando pensó en su cercanía anoche, en lo comprensivo que había sido. Era diferente a cualquier hombre que hubiera conocido antes, y deseaba haber apostado por él mucho antes, antes de que fuera demasiado tarde.

Hoy era el único día de la semana en que Hudson no programaba visitas, lo que lo hacía la oportunidad perfecta para visitar a Juliana y Matthew.

—¿Debería empacar mis pocas pertenencias? ¿O las dejo aquí para devolverlas donde las encontraste?

Hudson negó con la cabeza. —Fueron regalos —dijo, y ella tuvo la sospecha de que los había comprado para ella, aunque nunca se lo había admitido—. Pero supongo que puedes dejarlas aquí hasta que determinemos cuáles serán nuestros próximos pasos.

Nuestros próximos pasos. María no estaba segura de por qué significaba tanto para ella que él hubiera asumido su difícil situación como propia, pero por mucho que sintiera que debería decirle que estaba bien, no podía evitar apreciarlo, apreciarlo a *él*.

Hudson mantuvo una mano en su espalda mientras la ayudaba a subir a su calesa antes de conducir por las sinuosas calles de Holborn. La espalda de María hormigueaba donde la había tocado, e incluso ahora podía sentir el calor de su hombro contra el suyo a través de la tela de su vestido hasta que llegaron a la casa de Juliana y Matthew.

—Fui una tonta al pensar que podría encontrar esto por mi cuenta en la oscuridad —murmuró mientras Hudson llamaba a la puerta antes de negar con la cabeza.

—Mucho mejor que la alternativa.

—Cierto.

La puerta se abrió de golpe revelando a Juliana. Su rostro amistoso se congeló en una expresión de asombro antes de lanzarse fuera, echando sus brazos alrededor de María.

—¡Oh, María, estoy tan contenta de verte! Estábamos muy preocupados.

Las lágrimas brotaron nuevamente en los ojos de María al saber que tenía una amiga que se preocupaba tan profundamente por ella, y devolvió el abrazo genuino que no estaba acostumbrada a recibir en sus círculos anteriores.

—Nos enteramos de que habías desaparecido y que tu familia te estaba buscando. Oh, María, temía... temía lo peor.

—¿Entonces sabías lo de su marido? —preguntó Hudson desde detrás de ella, con un filo en su voz, y Juliana se sobresaltó, como si acabara de darse cuenta de que su medio hermano estaba allí.

—¡Hudson! —exclamó—. ¿Qué estás...? No importa. Entrad y discutiremos todo esto más a fondo.

Abrió más la puerta para darles la bienvenida, apareciendo su marido, Matthew Archibald,

detrás de ella mientras lo hacía. Antes de que María pudiera decir algo, animales llegaron en tropel hacia la puerta: perros, gatos y... ¿era eso un pájaro volando hacia ella? Dejó escapar un pequeño jadeo mientras se agachaba, pero cuando miró hacia arriba, Juliana y su marido parecían no inmutarse.

—Nuestras disculpas. Son todos amistosos, se lo aseguro. Lewis. Lady María, es decir, Lady Dennison —les saludó el señor Archibald, su rostro desprovisto de su verdadera reacción, como siempre. María permitió que el pequeño perro le lamiera la mano mientras asimilaba todo.

—Por favor, llámeme María, señor Archibald —dijo, sin querer que la llamaran Lady Dennison nunca más.

—Muy bien. Entonces Matthew —dijo—. Por favor, pasen.

Mientras María pasaba junto a él hacia el pequeño vestíbulo, pudo oírle decir: —Supongo que debería haber aceptado ese trabajo después de todo. Este habría sido el caso más fácil que he resuelto jamás.

María se dio la vuelta, negando frenéticamente con la cabeza.

—No pueden decirle a nadie que estoy aquí. A nadie —dijo, mirando de Juliana a Matthew con súplica, y Juliana extendió la mano y la colocó en su brazo.

—Lo sé. Y no lo haremos. Le dije a Matthew que teníamos que ser muy cuidadosos con este caso y rechazó a tu marido y a tu padre esta misma mañana tras nuestro regreso. Pero venid, sentémonos. ¿Queréis té?

—No, gracias —dijo María, sentándose en el sofá mientras uno de los perros se acurrucaba a sus pies. Agradeció cuando Hudson tomó asiento a su lado.

—¿Estás herida? ¿Enferma? ¿Cómo llegaste a encontrar a Hudson? —preguntó Juliana antes incluso de haber servido el té, y su marido se sentó junto a ella y colocó una mano en su pierna.

—¿Por qué no dejamos que Lady María nos cuente qué la trae aquí, amor? —preguntó, y Juliana asintió.

—Por supuesto. Me disculpo. Cuando regresamos y descubrimos que estabas desaparecida, estaba aterrorizada. Matthew acababa de prepararse para comenzar a buscarte cuando llegaste.

María tomó aire. —Lamento haberos preocupado. Cuando... me fui, en realidad vine a Holborn para buscaros. Tuve problemas para encontraros, supongo que podríamos decir. —Hizo una pausa, preguntándose cuánto contarles, y luego decidió que si quería su ayuda, tendría que contarles todo.

—Debería haber sabido que no debía casarme con él —comenzó, antes de relatarles lo que había sucedido en el carruaje tan pronto como habían salido de la iglesia, luego continuó con lo que Jane le había contado y finalmente lo que había sucedido cuando su marido había entrado en su habitación. Omitió algunos de los detalles más sórdidos, pero aun así, su cara estaba enrojecida al contar la historia con el marido de Juliana presente. A María le habían enseñado a nunca pronunciar una palabra inapropiada en compañía de un hombre —o en cualquier compañía educada—, pero de alguna manera, contárselo a Hudson no parecía romper esa regla. No estaba segura si era porque él era médico o porque confiaba en él.

El señor Archibald era detective, así que María continuó recordándose que probablemente estaba acostumbrado a tales historias, aunque no parecía ayudar mucho. Tropezó en su narración, que fue puntuada por los jadeos y arrebatos de ira de Juliana, pero finalmente llegó al final.

—Oh, María —dijo Juliana, extendiendo una mano a través de la mesa y tomando la de María entre las suyas—. Lamento mucho todo lo que te ha sucedido.

—No hay nada por lo que lamentarse —dijo María con seriedad—. Permití que la boda sucediera, y tuve la suerte de escapar antes de que ocurriera algo... inapropiado. Lo que no puedo

decir de algunas de las pobres chicas que dejé atrás.

Hizo una pausa, ignorando la insistencia de Juliana de que no había hecho nada malo al escapar.

—En realidad —continuó María, enderezando los hombros—, es por eso que estoy aquí. Hay que hacer algo. Ese hombre no puede seguir traumatizando a todas las jóvenes inocentes que entran a su servicio. Incluso hubo comentarios entre las doncellas de que él... que fue demasiado lejos con una, que quizás no simplemente desapareció.

Juliana hizo un sonido de disgusto antes de sentarse erguida con determinación. —Por supuesto que ayudaremos —dijo con entusiasmo, pero su marido la detuvo levantando una mano.

—Queremos hacer todo lo posible para ayudarte —dijo—. Pero debemos considerar lo que es posible. El hombre es un conde muy respetado. Nadie creerá, o al menos actuará, ante las acusaciones de unas pocas doncellas. Odio decirlo, pero nadie actuaría ante acusaciones de ninguna mujer. Y tú eres su esposa, así que...

—Le pertenezco. Puede hacer lo que le plazca —dijo María con voz pequeña.

—A los ojos de la ley —dijo, antes de soltar un suspiro, porque obviamente sabía que sus palabras no serían bienvenidas—, sí.

—¿No hay nada más que podamos hacer? —preguntó Juliana, sus ojos taladrando los de Matthew, y él extendió la mano y tomó la suya.

—Déjame pensarlo —dijo antes de volverse hacia María—. Quizás haya una manera de amenazar su reputación, de hacer que reconsidere su comportamiento en el futuro. Mientras tanto, Lad-María, ¿qué planeas hacer?

—Yo... —María miró a Hudson, esperando que dijera algo, pero él permaneció en silencio —. Esperaba preguntar si podría quedarme aquí, ahora que han regresado. —Miró a su alrededor, pues nunca había estado aquí antes. Su hogar no era demasiado grande, pero supuso que podría arreglárselas con el sofá, aunque no estaba segura con qué criaturas dormiría.

—Si eso es lo que deseas, por supuesto que puedes quedarte aquí —dijo Juliana—. No tenemos una cama adicional en este momento, pero Matthew podría dormir frente al fuego, y tú podrías...

—Oh, no, no podría causaros tal molestia —dijo María, negando inmediatamente con la cabeza. Miró a Hudson, dudando en pedirle aún más, pero él intervino suavemente antes de que pudiera decir algo.

—Puedes seguir quedándote conmigo —dijo—. No me importa tanto dormir frente al hogar.

—Pero...

—Mi única preocupación es lo que podría significar respecto a tu reputación —dijo, a lo que ella se encogió de hombros.

—Eso ya está perdido.

—Muy bien —dijo, antes de levantar la mirada para encontrarse con los ojos de su media hermana. Los de ella iban y venían entre ellos, obviamente evaluando que había más que una simple amistad, aunque afortunadamente no hizo comentarios al respecto.

—Hay algo más —dijo María de repente—. Algo igual de importante, que debería haber mencionado antes, tan pronto como llegamos.

—Tenemos tiempo —dijo Matthew con calma.

—No estuve en compañía de mi marido por mucho tiempo, pero en dos ocasiones le oí mencionar al Duque de Warwick, no a tu hermano, Juliana, sino a tu padre.

—¿En qué sentido? —dijo Matthew, inclinándose hacia adelante mientras tanto Juliana como

Hudson mostraban expresiones de sorpresa ante la noticia. Debería haberlo mencionado a Hudson antes, pero no estaba segura de cuáles eran sus sentimientos hacia el hombre que recientemente había descubierto que era su padre.

—Una vez no sabía que podía oírle. Estábamos en un paseo en carruaje, y hablaba con otro lord sobre lo afortunado que era que el duque hubiera perecido, que le causaba un gran alivio. Luego, cuando estábamos decidiendo a quién invitar a la boda, yo había pedido añadirte a ti, Juliana, y su madre le hizo un comentario sobre tu familia: que ahora finalmente estaba libre de vosotros y que sería mejor si seguía siendo así. No estoy segura de si eso es particularmente útil. Si me hubiera quedado, quizás podría haber descubierto más.

—Ciertamente *no* deberías haberte quedado —dijo Juliana, su mirada penetrando la de María.

La voz de Matthew se interpuso mientras se colocaba entre ellas. —Lewis y yo deberíamos daros un momento a solas. ¿Lewis, tengo un pequeño estudio en la parte trasera de la casa. Me acompañas?

María se preguntó qué tendrían que discutir que ella y Juliana no podían oír, pero no lo cuestionó. Había pedido su ayuda, y aceptaría lo que pudieran proporcionarle.

Una vez que se fueron, Juliana se movió de su silla para tomar el asiento de Hudson, y tomó las manos de María entre las suyas.

—Oh, María —dijo, sus ojos llenos de una simpatía que María deseaba no necesitar—. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Qué *quieres* hacer?

—Supongo que tengo que encontrar una manera de mantenerme mientras me escondo del conde —dijo—. No tengo otra alternativa. Desafortunadamente, no tengo muchas habilidades útiles. Hudson me ha permitido trabajar con él mientras su madre está ausente, pero no sirvo para mucho más que entretener a niños pequeños y consolar a esposos o esposas.

—Estoy segura de que eso es de gran ayuda para él —dijo Juliana con una sonrisa tranquilizadora.

—Es solo por un breve tiempo, sin embargo —dijo María—. Luego tendré que encontrar otra cosa.

Juliana la estudió por un momento.

—Encontrarás el camino a seguir, María —dijo con convicción—. Estoy segura de ello.

María deseaba poder mantener la misma certeza. Cómo, no tenía idea. Porque la verdad era que se alegraba de que esta situación no pudiera ser permanente. Incluso durante estos breves días, no tenía idea de cómo podría seguir permaneciendo tan cerca de Hudson, trabajando con él durante el día, durmiendo bajo el mismo techo durante la noche, y evitar enamorarse de él.

Pero ¿qué otra opción tenía sino resistir?

CAPÍTULO 8



Su visita a Matthew y Juliana había dado mucho en qué pensar a Hudson: la información que María poseía, lo involucrada que estaba ahora en lo que potencialmente podría haber sido una conspiración contra su propio padre, y lo que todo esto significaría para su futuro.

Si el conde sospechaba que María sabía algo sobre la muerte del duque y él estaba, de hecho, involucrado, ¿le daría una razón adicional para buscarla... y posiblemente asegurar su continuo silencio?

No hablaron mucho durante el regreso a casa, y él se preguntaba cómo se sentía ella respecto a permanecer con él, por el tiempo que les quedara juntos.

Pero disfrutaría de su tiempo juntos mientras pudiera.

Ella continuaba trabajando con él, y aunque se concentraba en sus pacientes, disfrutaba observándola trabajar. A veces ella lo asistía en el tratamiento del paciente, mientras que otras veces hablaba con la familia del paciente, manteniéndolos tranquilos y proporcionándole el espacio para trabajar como necesitaba.

Por lo que podía ver, ella estaba ganando confianza en su rol, y él esperaba que comenzara a darse cuenta de su importancia.

Se lo decía tanto como podía, y esperaba que ella le creyera.

Mientras tanto, su tobillo se había curado rápidamente y aunque todavía sufría de mareos ocasionales si se levantaba demasiado rápido o trabajaba por mucho tiempo, en general se sentía mucho mejor y la herida en su cabeza había sanado.

Estaban saliendo de la casa de un paciente en el límite de Holborn cuando un muchacho joven lo encontró, respirando con dificultad cuando alcanzó a Hudson y María al alejarse de la puerta principal.

—¡Dr. Hudson! —llamó, y Hudson se detuvo.

—¿Sí, muchacho?

—Le necesitan en Mayfair. Una chica con fiebre que continúa empeorando.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Hudson, comenzando inmediatamente a determinar todo lo que podía sobre el caso. Aunque la mayor parte de su trabajo estaba en Holborn, era llamado a Mayfair de vez en cuando. Había tenido familias que solicitaban contratarlo como su médico, pero a pesar de la tentación del salario, no se había sentido como la elección correcta para él.

—Creo que quince años, doctor.

—Gracias —dijo, cambiando de dirección mientras comenzaba a dirigirse hacia su calesa,

deteniéndose cuando de repente se sintió bastante solo. Miró detrás de él para ver a María parada al lado de la calle, con todo el color drenado de su rostro mientras lo miraba fijamente.

—¿Ocurre algo? —preguntó, y ella finalmente parpadeó.

—No puedo ir a Mayfair.

—Por supuesto —dijo él, con la culpa invadiendo su ser. Había olvidado completamente su situación en su urgencia por atender a la chica—. Te llevaré a casa primero.

—¿Doctor? —se acercó el chico, pareciendo algo aprensivo—. Odio decirle qué hacer, pero está muy mal.

María respiró hondo y cuadró los hombros de esa manera suya que le decía que se estaba preparando para enfrentar algo que preferiría no hacer.

—Tengo un sombrero —dijo ella—. Lo mantendré bajo y no miraré a nadie a los ojos. Estoy segura de que estará bien.

—María, no puedes arriesgarte...

—No arriesgaré la vida de una joven por mi miedo a caminar por Mayfair. Deberíamos irnos.

Comenzó a moverse hacia la calesa mientras el chico asentía como si aprobara su decisión, y Hudson se encontró sin otra opción que seguirla, por conflictivo que se sintiera.

El paso de María vaciló ligeramente cuando se acercaron a Mayfair, pero apretó la mandíbula con resolución, hasta que se detuvieron frente a una casa que Hudson no reconoció.

—¿Conoces la casa?

—No —negó con la cabeza—. Pero creo que estamos al lado de la casa de Lord Hemingway. Él es...

—Primo del Duque de Warwick —terminó Hudson por ella—. Lo que lo hace mi primo, en cierto sentido, supongo.

—Supongo —convino María.

—¿Crees que es mejor que entres o te quedes afuera?

—Mejor no entro en caso de que sea una familia que podría reconocerme. Me sentaré al otro lado cerca de la plaza. Hay un banco a la sombra de un árbol donde puedo permanecer bastante discreta.

—No debería dejarte sola —Hudson titubeó, sin saber qué hacer, entrando en pánico ligeramente ante la idea de que cualquiera podría encontrarse con ella y él sería impotente para hacer algo.

—Estaré bien —dijo ella—. Si algo sucede, gritaré. La casa está justo ahí. Ahora ve rápido con tu paciente.

—Muy bien —dijo él—. Seré lo más rápido posible.

Y entró en la casa, sintiendo como si estuviera dejando algo muy importante atrás.

* * *

MARÍA se recostó en las profundidades del banco, esperando que su rostro quedara oculto por las sombras y su sombrero. Seguramente nadie adivinaría que la mujer con la ropa algo hermosa aunque bastante tosca era Lady María Dennison. Pasaron varios minutos antes de que una anciana se sentara junto a ella en el banco, y María se tensó, manteniendo la mirada al frente, esperando que no intentara conversar.

—Mucha gente te está buscando, ¿sabes?

María se sobresaltó, sin poder evitar volverse para ver quién había hablado. Su boca se abrió al encontrar nada menos que a Lady Winchester, abuela de Juliana y sus hermanos, sentada a su

lado.

—Lady Winchester —dijo María antes de mirar furtivamente a su alrededor para ver si estaba acompañada por alguien—, yo... es decir, ¿cómo supo que estaba aquí?

—Pasaba por aquí y casualmente te noté. Soy más observadora que la mayoría.

—Ya veo —dijo María, con el corazón acelerándose mientras miraba hacia la puerta para ver si Hudson iba a salir pronto. Sabía que con este tipo de dolencias, podría ser rápido y sencillo, o podría llevar algún tiempo evaluar qué podría estar causando la fiebre—. No se supone que deba estar en Mayfair, Lady Winchester. Una... situación me trajo aquí, pero me iré muy pronto. Sé que es una petición extraña, pero si pudiera evitar decirle a alguien que estoy aquí, se lo agradecería muchísimo.

—No te preocupes, Lady María —dijo Lady Winchester, y María apreció que de alguna manera supiera que María no apreciaría el uso de su nuevo título—. Tu secreto está a salvo conmigo. Sin embargo, tengo una pregunta que me ha estado molestando.

—¿Sí?

—¿Por qué te casaste con ese hombre en primer lugar?

María bajó la mirada.

—No tuve elección. Mis padres lo arreglaron...

—Y la mayoría de las mujeres seguirían adelante con ello, eso lo entiendo —dijo Lady Winchester—. Pero la *mayoría* de las mujeres tampoco huirían cuando se dieran cuenta de en qué se habían metido.

—Fue bastante cobarde de mi parte, ¿no es así?

—¿Cobarde? —Lady Winchester resopló, golpeando su bastón contra el suelo, y María pensó que la mujer quizás se llevaría bastante bien con la Sra. Bloomsbury—. Yo digo que fue valiente.

—Gracias, Lady Winchester —dijo Lady María, preguntándose adónde iba la mujer con esto.

—Tu marido y tu padre te están buscando —dijo Lady Winchester en voz baja—. Sospecho que para tu marido es una cuestión de orgullo, y aunque tus padres están preocupados por ti, tendrían que asegurarse de que fueras devuelta al hombre. No diré una palabra, pero Lady María, la historia está en todas partes, como puedes imaginar. No veo ninguna salida para ti, excepto que abandones Londres.

—¿Abandonar Londres? —preguntó María, con la boca abierta. Nunca había considerado eso antes. Era una elección obvia, se dio cuenta ahora, pero no sabía nada sobre ningún otro país; apenas conocía otros lugares además de Londres. Incluso cuando visitaban la finca campestre de su familia, apenas se aventuraban fuera de la propiedad excepto para el servicio religioso. ¿Adónde iría? ¿Qué haría?

—Lo mejor sería ir a América, si puedes —dijo Lady Winchester como si leyera sus pensamientos—. Si no, al menos al campo en algún sitio. Toma un puesto como institutriz o algo semejante.

La boca de María se abrió. ¿América?

—¿Una institutriz? No tendría idea...

—Entonces mejor aprende —dijo Lady Winchester con resolución, y por un momento, María deseó poder ser más como esta mujer, con la determinación de hacer lo necesario para lograr su objetivo—. Si necesitas ayuda, haré lo que pueda por ti.

Se apoyó en su bastón para levantarse.

—Bueno, es mejor que me una a mi hija. Le dije que iba a disfrutar del raro sol un rato antes de unirme a ella dentro mientras visitaba a Lady Hemingway. La verdad es que, cuanto menos

tiempo pueda pasar en ese mausoleo de lugar, mejor. Buenos días, Lady María. Desearía poder decir que espero verte de nuevo, pero creo que es mejor que ambas deseemos que eso no ocurra.

Con eso, se alejó, poco antes de que Hudson saliera de la casa, mirando a un lado y a otro buscándola, sus hombros cayendo aliviados cuando la vio, y corrió hacia la plaza.

—María, gracias a Dios —dijo él.

—¿Todo bien?

—La chica debería estar bien, espero —dijo él—. Los he enviado al boticario y con suerte si continúan siguiendo las medidas que he indicado, la fiebre cederá en breve. ¿Viste a alguien? ¿Te reconocieron?

—Sí, y sí —dijo ella mientras él la ayudaba a subir a la calesa una vez que el sirviente la trajo —. Lady Winchester.

Él se detuvo inmóvil. —¿Lady Winchester?

María asintió. —Hudson, sugirió que el mejor recurso para mí es abandonar Londres, probablemente para América. Me siento tonta por no haber pensado en algo así, pero quizás... quizás tenga razón. Esa puede ser la única opción que tengo. Sentiré como si estuviera huyendo, pero ¿qué más puedo hacer?

Él estuvo en silencio por un momento, con la mirada fija hacia adelante.

Finalmente, habló. —Archibald dijo que tu doncella, Anne, está a salvo y ha vuelto al servicio de tu familia. Prometió que vería qué podía hacer para determinar dónde está Jane y encontrarle empleo en otro lugar. Sé que estás preocupada por cualquier otra doncella que contrate la familia, o cualquier otra joven que se cruce en el camino del conde, pero no veo cómo podamos abordar tal cosa. Quizás podrías pedirle a Lady Winchester, o incluso a Lady Prudence, que proporcione una referencia para Jane, ya que difícilmente podrías hacerlo tú misma ahora. Te sentirías mejor una vez que alguien la cuide, ¿no es así?

—Tienes razón —dijo María, un poco aliviada por tener una excusa para quedarse—. Y también me gustaría ayudar a determinar qué tuvo que ver Lord Dennison con el anterior Duque de Warwick.

El rostro de Hudson se oscureció ligeramente ante eso. —¿No crees que es mejor mantenerte al margen de eso? No me gusta la idea de que te involucres. Un hombre ha sido asesinado y toda una familia amenazada.

—Me gustaría ayudar si puedo —dijo ella, apretando la mandíbula con determinación—. Juliana se ha convertido en una buena amiga mía, y nunca querría verla en peligro de nuevo.

Hudson asintió. —Sé lo aterrador que fue para todos cuando Juliana fue secuestrada —dijo —. No me gustaría que ella ni nadie más estuviera bajo amenaza, pero sé que ese será el caso hasta que atrapen a quien sea que está aterrorizando a la familia o logren matar al duque, lo cual sé que debe evitarse.

María asintió. Las amenazas a la familia habían dejado claro que el anterior duque había sido asesinado, y Matthew había sido contratado para investigar y mantener a la familia a salvo. En el proceso, se había enamorado de Juliana y ella de él. María sabía que Matthew se desesperaba por el hecho de que aún no había resuelto este caso; cada pista no llevaba a ninguna parte.

—Tendremos que ser cuidadosos —dijo Hudson—. Pero lo haremos funcionar.

Habían regresado a Holborn y estaban cerca de su residencia cuando se acercó un hombre que María reconoció como Smith. Hudson tiró de las riendas para aminorar a su caballo.

—Doc, ¿vendría a echar un vistazo rápido a mi hija? —preguntó, y Hudson miró a María, quien asintió. Por supuesto que irían. El resto podía esperar.

Esta vez, cuando Hudson trató a la paciente, María se quedó en la habitación y lo asistió, ya

que era un dedo roto que él sentía que podía acomodar sin tener que llamar al cirujano. Era tan amable, tan compasivo, que un par de veces María dejó lo que estaba haciendo para simplemente observarlo.

Al hacerlo, se dio cuenta de que sus temores se habían hecho realidad, pero que era demasiado tarde para hacer algo para detener lo que estaba sucediendo. Se estaba enamorando irremediablemente de Hudson.

CAPÍTULO 9

—¿Maria? Hudson había sido llamado esa mañana para atender a un paciente en Mayfair, y esta vez Maria se había quedado en casa para evitar posibles encuentros con personas que pudiera conocer.

—¿Sí? —respondió ella, saliendo del dormitorio, donde había estado determinando cuáles de sus prendas necesitaban limpieza. En realidad no estaba segura de qué hacer con las prendas, pues normalmente simplemente se las daba a Anne. Existía la posibilidad de que la criada de Hudson pudiera ayudarla, pero decidió que le preguntaría a Juliana. Seguramente ella sabría.

—Recibí una nota de Archibald.

—¿Oh?

—Quiere reunirse con nosotros en su casa. Pero no solo con él y Juliana. Considera que todos los hermanos deberían estar presentes.

El corazón de Maria comenzó a latir un poco más rápido ante la idea. Una cosa era compartirlo todo con Hudson, o incluso con Juliana y Matthew, pero ¿Lady Prudence? ¿El Duque y la Duquesa de Warwick? Sería bastante humillante.

—Ya conocen tus circunstancias —dijo él en voz baja, aparentemente entendiendo sus preocupaciones—, y solo quieren ayudar, además de aprender un poco más sobre Lord Dennison y su conexión con el padre de ellos.

—Muy bien —dijo ella, y luego tomó una respiración profunda. Había dicho que quería ayudarles a su vez, y si este era el camino a seguir, que así fuera—. Si pueden ayudar con Jane y si puedo ofrecer cualquier información que pudiera proporcionar una pista sobre quién los está amenazando, entonces iremos. Pero ya le he contado a Matthew todo lo que sé.

—Él espera que sepas más de lo que crees —dijo Hudson.

—¿Cuándo nos reuniremos?

—Esta noche si no te opones.

—Mejor terminar con esto cuanto antes.

—Ese es el espíritu —dijo con una leve risa.

Y así, unas horas más tarde estaban una vez más caminando hacia la puerta de Juliana y Matthew. Hudson ya sabía que debía darle a Maria un momento para recomponerse antes de continuar.

No estaba seguro de si ella se daba cuenta de que siempre tomaba esos pocos segundos para prepararse antes de entrar, y se preguntó nuevamente qué pasaría por su cabeza cuando lo hacía.

—Adelante —dijo Juliana con una sonrisa de bienvenida mientras abría la puerta y tomaba el codo de Maria con el suyo, entrelazando sus brazos en un gesto que Hudson asumió era para brindarle apoyo. Esta vez, tanto él como Maria estaban preparados y se armaron de valor para aceptar la bienvenida animal.

Juliana los condujo a la pequeña sala de estar, donde la mayoría de los muebles estaban cubiertos de Remingtons y gatos. El Duque de Warwick estaba allí con su esposa, quien Hudson sabía había sido amiga cercana de Juliana antes de casarse con la familia. Juliana y Archibald estaban presentes, por supuesto, y también estaba Lady Prudence, la hermana del duque y de Juliana, y media hermana del propio Hudson. Se parecía a Juliana, con cabello castaño y ojos verdes como los de su madre, mientras que Hudson era consciente de que él y el duque compartían el aspecto de su padre. Se sorprendió al ver que Lady Winchester se había unido a ellos, aunque su hija y madre de los hermanos, la duquesa viuda, no estaba presente.

—Buenas noches —dijo el duque con su voz profunda, acompañando sus palabras con una inclinación de cabeza y lo que Hudson pensó que era, quizás, en realidad una mirada contrita dirigida hacia él. El duque se había disculpado —tanto como un duque lo haría jamás— por sus suposiciones sobre la culpabilidad de Hudson, pero no había podido retirar las acusaciones—. Gracias por venir.

—Estoy feliz de poder hacer todo lo que pueda para ayudar —dijo Maria mientras tomaba asiento en una de las dos sillas restantes—. Antes de comenzar, quiero agradecerles a todos por mantener en secreto mi paradero.

—Es una situación bastante impactante, ¿no es así? —dijo Lady Prudence—. Pero a estas alturas, ya pocas cosas nos sorprenden en esta familia.

Su comentario hizo que parte de la tensión abandonara la habitación, y Archibald se puso de pie, ya que obviamente había sido él quien pensó que sería mejor que todos se reunieran.

—Ya que lo mencionó, Lady Maria, comencemos por ahí —dijo—. Después de nuestra conversación, hice que mis hombres hicieran algunas preguntas discretas sobre la casa de Lord Dennison. Actualmente está muy preocupado por mantener su reputación y por la continuación de su linaje, por supuesto. He escuchado rumores —compartió una rápida mirada con Juliana, quien apretó la mano de Maria— de que en este momento cree que sería mejor que usted fuera declarada muerta, para entonces poder encontrar, como él dice, una esposa mucho más "dispuesta".

A Maria se le fue el aire de los pulmones ante la idea de su aparente muerte y de otra mujer sufriendo el destino que ella había evitado anteriormente, pero esperó a que Matthew continuara.

—Debe ser muy, muy cuidadosa, Lady Maria, de que él no descubra su paradero ahora. Porque si lo hace, me temo que podría intentar poner sus palabras en acción.

—¿Realmente crees que llegaría tan lejos? —preguntó Lady Prudence con los ojos muy abiertos.

Maria fue quien le respondió, aunque su voz temblaba ligeramente.

—Según las criadas, él ha matado antes, aunque podría decirse que fue un crimen pasional, supongo.

—Lo que significa —dijo Juliana desde su lado— que también sería capaz de matar a nuestro padre, o de intentar matar a Giles, si tuviera una razón para hacerlo.

—Esa es exactamente la cuestión —dijo el duque desde donde estaba sentado en la silla al otro lado de la habitación—. ¿Qué razón tendría? Archibald dijo que usted creía que estaba enfadado con nuestro padre, Lady Maria, ¿pero sería eso razón suficiente para matarlo? ¿Y por qué venir por mí después?

Maria se encogió de hombros delicadamente.

—Ojalá lo supiera. Solo sé que estaba complacido de que su padre hubiera fallecido, que dijo que eso hacía su vida mucho más fácil. Si tan solo tuviera más información para ustedes. Quizás... los sirvientes parecían bastante comprensivos conmigo. Podría volver a la entrada de servicio disfrazada y preguntar más información o encontrar a Jane. Ella podría decirme...

—No.

Todos se volvieron hacia Hudson, que seguía de pie al otro lado de la habitación, mirándola fijamente.

—Absolutamente no. Es demasiado peligroso. Sí, habría sirvientes que estarían de tu lado, pero otros serán leales a su empleador. Si descubriera que no solo estabas cerca, sino que también hacías preguntas sobre él y su conexión con el Duque de Warwick, me estremece pensar en cómo podría reaccionar.

El pensamiento lo tenía casi temblando de rabia nuevamente, y cuando vio a Maria apretar sus manos en puños a su lado, supo que ella se sentía igualmente afectada por su incapacidad para hacer algo que ayudara a sí misma o a esta familia.

—Mis hombres se pondrán en contacto con Jane de todos modos —dijo Matthew, levantando una mano—. Cuando hablemos con ella, determinaremos si sabe algo más.

—Podría estar asustada, y no estoy segura de que le diría algo a un extraño —dijo Maria, a lo que Matthew asintió.

—Nos aseguraremos de que sepa que estamos allí en tu nombre —dijo—. Es todo lo que podemos hacer. Lewis tiene razón en que no puedes arriesgarte a volver a la casa.

—¿No sería una situación maravillosa si el conde resultara ser el asesino? —reflexionó Lady Prudence desde su silla—. Podría ser acusado y ahorcado, y entonces todos podríamos volver a vivir sin miedo por nuestras vidas.

—¡Prudence! —la reprendió Juliana, aunque no había mucha convicción en su tono.

—Excepto que él podría salir libre y entonces yo seguiría siendo Lady Dennison —dijo Maria con ironía, y Prudence inclinó la cabeza ante ese punto.

—Cierto. ¿Y si fingiéramos la muerte de Maria y culpáramos a Lord Dennison como el asesino? —preguntó, y todos quedaron en silencio mientras lo pensaban.

—Podría funcionar —dijo finalmente el duque—. Pero necesitaríamos no solo un cuerpo sino también probablemente un testigo para que la Cámara de los Lores siquiera considerara juzgar a Dennison. No creo que ni siquiera Archibald tenga los recursos para llevarlo a cabo.

—Podríamos intentarlo —dijo Archibald—. Pero sería un asunto macabro con pocas posibilidades de funcionar.

—Muy bien —dijo Hudson—. Encontraremos otra manera de avanzar.

—¿Alguien tiene alguna idea de por qué Lord Dennison podría haber tenido problemas con padre? —preguntó Juliana.

El duque se burló.

—Podríamos enumerar multitud de razones. Podría haberle debido dinero. Padre podría haber sabido sobre algún vicio que tenía: juego, prostitutas, o lo que les había hecho a estas pobres mujeres. Obviamente tenía algún poder sobre él.

—Déjame preguntar algo —dijo Juliana, inclinándose hacia adelante—. Maria, si tus padres hubieran sabido de lo que el conde era capaz, ¿te habrían casado con él de todos modos?

—No —dijo, negando con la cabeza, esperando estar en lo cierto—. No creo que hubieran llegado tan lejos.

Lady Winchester habló entonces, sorprendiéndolos a todos.

—Warwick —el anterior— habría sabido de Lord Dennison. Frecuentaba lugares que... permitirían ese tipo de cosas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Juliana, con la boca ligeramente abierta.

Su abuela la miró fijamente.

—¿Acaso no has aprendido a estas alturas, niña, que nada sucede por aquí sin que yo lo sepa?

—Quizás sea eso, entonces —dijo Juliana—. Tal vez padre sabía de sus inclinaciones y amenazó con difundir los rumores. ¿Habría sido suficiente para provocar a Lord Dennison si significaba que quizás no podría encontrar una novia?

—¿No crees que alguien habría estado lo suficientemente desesperado como para haber casado a su hija con él de todos modos? —preguntó Lady Prudence—. Sabes cómo son algunas de estas personas. Mientras nadie hable de lo que ocurre a puerta cerrada, nunca sucede.

—Exactamente, ese es el punto —dijo Juliana—. Si la gente hablara de ello, importaría que otros supieran que fueron lo suficientemente codiciosos como para casar a su hija con él.

Todos guardaron silencio mientras consideraban eso.

—Bueno, a este misterio ciertamente no le han faltado sospechosos potenciales —dijo Matthew con una risa irónica—. Pero le agradezco, Lady Maria, por proporcionarnos toda la información que había notado.

—Por supuesto —dijo ella—, haré cualquier cosa para ayudar.

Hudson le dirigió una mirada.

—Cualquier cosa que no nos ponga en peligro a ninguno de nosotros, incluyéndome a mí —rectificó.

—Gracias —dijo Matthew, antes de dirigirse nuevamente a la sala—. Supongo que eso es todo, entonces. Si alguien piensa en algo más, por favor háganmelo saber.

Se sentaron por un momento, inciertos de qué hacer, si deberían irse o permanecer como si estuvieran aquí en una visita social —esta no era exactamente una situación típica en la que uno se encontrara— cuando el duque se inclinó hacia Hudson.

—¿Una palabra?

Hudson se tensó por un momento, pero no podía muy bien negarse al hombre.

—Muy bien.

Siguió al duque y a Archibald de regreso al estudio de Archibald mientras las damas se agrupaban de la manera en que las damas solían hacerlo.

No tomó asiento, sino que se apoyó en una esquina de la habitación ordenada pero escasamente decorada.

El duque se apoyó contra el escritorio, aunque tampoco se sentó completamente.

—Esto sonará como algo extraño de decir, considerando nuestra... historia —comenzó—, pero estoy preocupado por ti.

Hudson solo pudo mirarlo fijamente.

—¿Por mí?

El duque asintió, mientras Matthew rodeaba el escritorio y tomaba asiento en su silla, observando a los dos.

—Es afortunado que Lady Maria haya escapado cuando lo hizo. El conde es de lo peor que hay. Ya tenía una idea antes, y ahora que he tenido la oportunidad de hacer preguntas, no tengo problema en creer las historias que las criadas han contado sobre él. Juliana también había adivinado que algo andaba mal, con ese instinto suyo. Intentó advertir a Lady Maria, pero ella no iría en contra de su familia, como la mayoría de las mujeres no harían. Supongo que estoy

demasiado acostumbrado a mis hermanas y a Emma, quienes parecen ser las tres mujeres en Londres con mente propia.

Puso los ojos en blanco, y Hudson no pudo evitar una leve risa, ya que sabía cuánto molestaban las mujeres al duque, a pesar de lo mucho que las amaba a su vez.

—Sé que mi abuela le dijo a Lady Maria que debía abandonar Londres, y por mucho que odie decirlo, probablemente tenga razón. No hay vida para ella aquí. Siempre estará en riesgo de ser descubierta, y me estremezco al pensar en lo que el conde haría si la encontrara.

Miró a Hudson directamente a los ojos, desconcertándolo ya que su mirada era tan parecida a la que le devolvía el espejo.

—Lo sé —dijo Hudson, incluso cuando un leve pánico comenzaba a surgir dentro de él ante la idea de que ella se fuera—. Estoy haciendo todo lo que puedo para mantenerla a salvo.

—¿Pero es suficiente? —insistió el duque—. Si el conde te encontrara, yo haría lo que pudiera para ayudarte, pero él es su esposo. No tendríamos ninguna acción, dentro de la ley, para mantenerla alejada de él. Y Lewis... —su expresión se transformó en una de simpatía—, no tengo idea de cómo ocurrió, pero es obvio que ustedes dos se preocupan el uno por el otro. No sé si ha pasado algo entre ustedes, y créeme, no soy quien para juzgar si así ha sido, pero tienes que entender que no hay salida de esto. Le guste o no a cualquiera, ella está casada, a los ojos de la iglesia y la ley, así como de toda la sociedad.

—Por supuesto, lo entiendo —dijo Hudson. Era lo que se había estado recordando a sí mismo desde que ella había vuelto a su vida. No necesitaba que el duque viniera y de repente actuara como si fuera su hermano mayor con todos sus consejos mundanos. Ni siquiera era realmente el mayor, ya que Hudson le superaba allí por unos meses.

—Solo no quiero verte herido —repitió el duque—. Si realmente quisieras estar con ella, tendrías que dejar esto, comenzar una nueva vida, una en la que nadie supiera quién eras. Tendrías que crear nuevas identidades, fingir que eran marido y mujer, aunque nunca podrían serlo en verdad. Y no sería seguro si podrías continuar ejerciendo como médico.

Hudson asintió bruscamente. Sin duda había pensado en esto él mismo. De hecho, la idea de hacer a Maria suya —al menos, tanto como ella podría serlo jamás— era más tentadora de lo que el duque podría jamás darse cuenta. Había tantas preocupaciones, sin embargo. Estaba el hecho de que tendría que dejar su práctica y sus pacientes, por supuesto. Si tuviera que empezar de nuevo, probablemente tendría que despedirse de su profesión. Y luego estaba su madre. ¿Realmente podría dejarla atrás, cuando era todo lo que ella tenía en el mundo? Dudaba mucho que ella quisiera ir con él, no cuando había trabajado tan duro para la vida que tenía ahora. Y nunca podría permitirle saber que dejaría atrás su profesión, no cuando ella había trabajado la mitad de su vida para que esto se hiciera realidad.

Tenía que haber otra manera. Simplemente no tenía idea de cuál era, y mientras tanto, tenía que asegurarse de no perder a Maria.

—Gracias por su preocupación, Su Gracia —dijo ahora con un asentimiento de cabeza a su medio hermano—, pero me aseguraré de manejarlo y mantendré a Maria a salvo al mismo tiempo.

Se apartó de la pared para salir de la oficina, y el duque lo llamó.

—Hudson.

—¿Sí? —dijo sin darse la vuelta.

—Sé que no soy tu hermano en el sentido tradicional, pero creo que deberías llamarme Giles. O Remington, como muchos lo hacen. Su Gracia no es necesario.

—Lo es cuando soy un simple plebeyo, Su Gracia, y un bastardo además. Buenas tardes a

ambos.

Sabía que estaba siendo grosero, pero en ese momento, todo lo que deseaba era irse con Maria. Estaba cansado de que le recordaran quién era en comparación con sus medio hermanos. Probablemente habría sido mejor si nunca lo hubieran encontrado.

CAPÍTULO 10



El camino a casa había sido silencioso.

María podía notar que algo había molestado a Hudson, aunque ella estaba bastante preocupada con sus propios asuntos.

Cuando entraron en la casa de Hudson, él cruzó el umbral y se detuvo como si supiera que debía decir algo para abordar la conversación.

—¿Lo pasaste bien?

—¿Pasarlo bien? —repitió ella, arrugando la nariz—. No diría que fue una visita social.

—Parecía serlo cuando salí de la oficina.

A ella no le gustó el tono malhumorado de su voz, y cruzó los brazos sobre el pecho.

—En realidad, Lady Prudence y Lady Winchester me estaban contando lo preocupada que está mi familia por mí.

Él resopló.

—Entonces quizás no deberían haberte casado con un monstruo.

—No creo que se dieran cuenta de su verdadera naturaleza.

—Ahora sí lo saben —respondió él encogiéndose de hombros—. Deberían estar felices de que hayas escapado.

Tenía razón, pero a ella no le gustaba la manera tan despreocupada con la que hacía el comentario. Sus padres no eran malas personas. Habían hecho lo que se esperaba de ellos, como lo habrían hecho la mayoría.

—Aun así, no puedo evitar desear que supieran que estoy a salvo —dijo—. Todo sucedió tan rápido. Hace apenas dos meses, era soltera, descartada por el duque, sí, pero todavía vivía en la misma casa de siempre, con mis padres. Ahora, no solo estoy casada sino que he escapado de mi marido, posiblemente un asesino. No tengo idea de qué haré con mi vida excepto mantenerme escondida de él, y por lo que parece, puede que ni siquiera pueda quedarme en Inglaterra. ¿Cómo podría vivir sola en un país completamente extranjero?

María finalmente cerró los labios, avergonzada de que todo hubiera salido a borbotones de esa manera, pero parecía que una vez que comenzó a dejar salir sus sentimientos, ya no podía contenerlos.

Finalmente miró a Hudson, y su rostro se había suavizado un poco.

—Lo siento, María —dijo, pasándose la mano por la frente—. Nunca quise ser insensible. Me resulta difícil sentir simpatía por las personas que te pusieron en semejante situación. Y yo...

—¿Sí? —lo instó a continuar cuando él se encogió ligeramente.

—Tuve mi propia conversación con el duque esta noche que no fue particularmente bien. A veces estar con él es un recordatorio de cuán diferentes son nuestras vidas, a pesar de compartir un padre. Él tiene tanto poder. Quizás si yo también lo tuviera, podría hacer más por ti.

—Hudson —dijo ella, acercándose a él—, difícilmente creo que pudieras hacer algo diferente que el duque. Ninguno de los dos puede cambiar lo que ha sucedido, ni romper los votos matrimoniales ya pronunciados.

—Tal vez no —dijo él, dando un paso hacia ella, con sus ojos ya no en los de ella, sino descansando en sus labios, los cuales ella no pudo evitar humedecer ante tal atención—. Pero si yo hubiera estado en su lugar, definitivamente me habría casado contigo cuando tuve la oportunidad.

La tensión entre ellos finalmente se rompió cuando avanzaron uno hacia el otro, cerrando la distancia entre ellos mientras se encontraban en un abrazo prohibido pero irresistible una vez más. Fue tan maravilloso como había sido la primera vez, quizás incluso más, ahora que se conocían mejor.

Sus labios eran ligeramente más insistentes esta vez, aunque aún contenían una ternura que ella había llegado a esperar de él. Se presionaron contra los suyos, y muy pronto su lengua descansó contra sus labios, que ella separó para él, aunque se sobresaltó ligeramente cuando su lengua se deslizó entre ellos para explorar dentro.

Hudson reaccionó al más mínimo movimiento de ella, levantando la cabeza, aunque su respiración seguía siendo pesada.

—Lo siento —dijo—. ¿Te asusté?

—Solo me sorprendiste —dijo ella, levantando las manos hacia sus mejillas, su ligera barba raspando sus dedos—. No tienes que parar.

—¿Estás segura?

—Absolutamente.

Entonces él volvió a posar sus labios sobre los de ella, y esta vez sería ella quien copiaría sus movimientos, enredando su lengua con la suya. Él obviamente lo disfrutó, porque sus brazos se estrecharon alrededor de su espalda, acercándola más hasta que su cuerpo quedó completamente pegado al suyo. La sostuvo contra él mientras la saboreaba, bebiéndola, hasta que María ardió y lo único que podía pensar era que quería más, que necesitaba de alguna manera acercarse más a él, que solo él tenía lo que ella necesitaba para completar la satisfacción que anhelaba.

Incluso cuando él se apartó, separando sus labios de los suyos, ella se aferró a las solapas de su chaqueta, sin querer dejarlo ir.

—Hudson —dijo ella, con la voz ronca—. Siento... siento...

—¿Deseo?

—*Sí* —dijo, decidiendo que esa era exactamente la palabra para describir cómo se sentía—. Me hace necesitar algo... necesitarte a ti... más de lo que creía posible. No sé cómo pedirlo, ni siquiera *qué* pedir, solo necesito... a ti.

Sus mejillas ardían ahora mientras intentaba expresar con palabras lo que quería de él, pero el problema era que no estaba del todo segura de *qué* estaba buscando. Solo sabía que no era de lo que las damas decentes hablaban en voz alta. No lo que se suponía que las damas decentes debían desear.

Pero ya no era una dama decente. Había perdido su reputación, así que, ¿qué importaba si ya no actuaba como se esperaba de ella? Al perder la vida que había conocido, finalmente se dio cuenta de que estaba ganando algo más: la libertad de ser la persona que quería ser, no la persona que siempre le habían pedido que fuera.

—Oh, María —murmuró—. No debería, y sin embargo... —de repente sonrió maliciosamente, lo que envió otra corriente de calor entre sus piernas, donde ella palpitaba por él —. Creo que hay una manera en que puedo satisfacer tus necesidades hasta que hayas tenido tiempo de considerar lo que realmente deseas.

María no tenía idea de lo que estaba hablando, pero estaba dispuesta a dejar que él le mostrara lo que fuera que estaba sugiriendo.

Él tomó su mano y en silencio la condujo al dormitorio. Ella lo siguió, por una vez sin necesidad de fingir que era otra persona, sabiendo que era ella misma, María, no Lady María, no Lady Dennison, sino simplemente María, que seguía sus propios caprichos.

Incluso si iban en contra de todo lo que ella había creído sobre sí misma.

Hudson se sentó en la cama, abrió las piernas ampliamente, y luego extendió la mano y tomó las de María, atrayéndola hacia él. Ella se preguntó por un momento si él había comenzado de esta manera para parecer menos amenazante, pero todos los pensamientos pronto fueron ahuyentados de su mente cuando él levantó las manos y tomó su rostro entre ellas antes de volver a atraer sus labios hacia los suyos. Mientras la besaba hasta dejarla sin sentido, sus manos se deslizaron por su cuerpo, sobre su cintura, sus caderas, antes de envolver sus muslos. Sus brazos la rodearon y la levantó antes de girarse y recostarla en la cama. Entonces abandonó sus labios, y ella protestó con un grito, pero él parecía tener otras ideas en mente.

Sus piernas colgaban del borde de la cama, y él se arrodilló a su lado, con las manos en sus tobillos debajo de su falda antes de comenzar lentamente a trazar pequeños círculos hacia arriba, sobre su piel. Se detuvieron en sus rodillas, y comenzó a frotar sus pulgares alrededor de ellas en lentos círculos mientras María se recostaba y le permitía hacer lo que quisiera. Había una cosa que sabía: el tacto de Hudson solo traía placer, nunca dolor.

Hudson comenzó a levantar sus faldas, y cuando María inhaló bruscamente, él se detuvo.

—Si hay algo que no quieres que haga, María, dilo.

—Lo haré —dijo ella, sorprendida por el tono ronco de su voz—. Ahora mismo, *no* quiero que te detengas.

Él soltó una risa baja, un sonido que fue directo a su centro.

—Voy a poner mi boca en ti —dijo él, con voz ronca—. Voy a saborearte, y tú vas a disfrutar cada minuto.

—¿Qué? —no pudo evitar jadear, preguntándose de repente quién era este hombre y qué había pasado con el médico tranquilo y recatado al que estaba acostumbrada. Sus palabras eran tan perversas, pero causaron otra oleada de calor en su centro—. No estoy segura...

—Confía en mí —dijo, y ella lo hizo, de todo corazón—. Pero si no se siente bien, di que no.

—Muy bien —dijo, notando que el aire de repente había abandonado sus pulmones.

La barba incipiente de su barbilla rozó el interior de su muslo, y ella se estremeció al sentir el cosquilleo. Sus manos se elevaron hasta que rodearon sus caderas, aparentemente poseyéndola. Metió sus faldas, incluida su camisola, alrededor de sus caderas y María de repente se sintió completamente avergonzada al saber que estaba expuesta ante él. Dios mío, ¿qué debía estar pensando? Debía estar...

—Eres increíble.

—No lo soy —protestó.

—Lo eres —dijo él—. Todo sobre ti me tiene intoxicado. Ha sido una lucha mantenerme tan lejos de ti.

—No sabía... —María apenas podía formar palabras, especialmente cuando podía sentir el aliento de Hudson en su muslo una vez más, y estaba mortificada de que estuviera tan cerca de

ella.

—Eres un misterio en ti misma, María —continuó, su voz un murmullo bajo y tranquilizador —. Eres todo lo que un hombre podría desear, pero ocultas tu verdadero ser de todos excepto de aquellos que te conocen mejor.

—Así es como debe ser.

—No aquí —dijo, y ella deseó poder ver su rostro—. No conmigo.

Entonces desapareció de entre sus piernas y se estiró sobre ella una vez más. Se inclinó y la besó de nuevo, bebiéndola, abrumando a María con la sensación de que no podía tener suficiente de ella, lo cual era una locura porque ella sentía exactamente lo mismo por él. Podía sentir una dureza contra su muslo que sabía que debía ser Hudson, pero en lugar de estar aterrorizada, como lo había estado cuando su madre le describió lo que esperar de su noche de bodas, deseaba saber más, quería sentir más, quería descubrir exactamente cómo se veía y cómo podrían encajar juntos.

Pero por ahora, tendría que contentarse con su lengua deslizándose dentro y fuera de su boca, y se sintió como una desvergonzada cuando movió sus caderas contra él. No estaba del todo segura de cómo comenzó, pero muy pronto se estaban moviendo uno contra el otro. La urgencia que María había sentido antes de estar más cerca de él pulsó a través de ella una vez más, y comenzó a empujar las mangas de su chaqueta. Él se lo permitió, deteniéndose por un momento para quitársela, antes de que su chaleco y camisa siguieran el mismo camino, y su torso quedara desnudo ante ella. Sorprendentemente estaba bien definido, sus músculos esculpidos y fibrosos, con una ligera capa de vello cubriéndolo. María no pudo evitar pasar sus manos por sus hombros, su pecho y luego alrededor de su espalda. Él gimió mientras la besaba de nuevo, y luego sus manos fueron más abajo hasta que llegaron a la cintura de sus pantalones.

—María —dijo él, su nombre en un gemido, y ella se preguntó si había ido más lejos de lo que a él le gustaría. En lugar de responder, sin embargo, desapareció para arrodillarse frente a ella una vez más.

Y entonces todo su mundo se deshizo, pero esta vez de una manera que ella recibiría con gusto, una y otra vez.

Su boca se posó sobre ella, cálida y húmeda donde ella había estado palpitando de necesidad por él. Jadeó cuando su lengua se movió arriba y sobre ella, girando alrededor de un capullo sensible que parecía estar preparado para él. María no pudo evitar el gemido que escapó de su boca mientras su lengua pasaba por un lado de ella, bajaba por el otro, y luego comenzaba a rodear una vez más el pequeño haz de nervios que encontró fácilmente.

—Oh, Hudson —exclamó, y él le respondió lamiéndola de nuevo. María sabía que debería estar completamente mortificada, pero era demasiado difícil estarlo cuando su boca estaba húmeda y moviéndose contra ella.

Luego empujó su lengua dentro de ella y ella —la sumisa Lady María— dejó escapar un grito que no pudo controlar mientras movía sus caderas contra él. Él aceleró, desaceleró, fue duro contra ella y luego suave. A medida que sus acciones se intensificaban, también lo hacía la intensidad de su cuerpo. Sus dedos se aferraron a las mantas debajo de ella, mientras balanceaba sus caderas cada vez más rápido hasta que...

Todos sus músculos se tensaron mientras hormigueos se extendían por su cuerpo, el aire abandonando sus pulmones en un fuerte grito mientras bajaba una mano y sujetaba la cabeza de Hudson contra ella.

Cuando lo soltó, él también se echó hacia atrás, y permanecieron quietos, mirándose el uno al otro.

—Hudson —comenzó, con una voz casi ronca ya que no estaba segura de poder hablar correctamente de nuevo. Sabía que debería hacer algo por él a cambio, pero no tenía idea de cómo empezar—. Eso fue lo más asombroso que he sentido en mi vida.

—Bien.

—Yo... yo debería...

—No deberías hacer nada. Eso fue para ti.

—Pero...

—A veces, María, necesitas aceptar que alguien ha hecho algo por tu placer y solo por tu placer. El hecho de que lo hayas disfrutado es todo lo que necesito saber.

—Ciertamente lo disfruté. Disfrutarlo es quedarse corto.

Parecía una afirmación tan insuficiente, pero estaba tan desconcertada que no parecía capaz de formar palabras adicionales.

—Vuelvo enseguida —dijo, y luego desapareció de la habitación y entró en su estudio, dejando a María mirándolo. ¿Adónde había ido? ¿Le había disgustado completamente? Él había dicho que era para ella, pero ¿se estaba arrepintiendo de sus acciones? ¿Por qué la dejaba sola?

María exhaló un suspiro largo y lento mientras reacomodaba sus faldas a su alrededor. Estaba pensando demasiado en esto, como siempre hacía.

Pero mientras miraba la puerta cerrada de su estudio, no podía evitar preguntarse si esto iba a cambiarlo todo.

CAPÍTULO 11



Hudson sabía que no debería haberla dejado así. Sin embargo, si hubiera permanecido en la habitación, mirándola con sus mejillas sonrojadas, su pelo despeinado y su ropa en tal desorden —todo obra suya— se habría derramado allí mismo en sus pantalones junto a ella.

No deseaba asustarla y mucho menos hacer que cuestionara si debería haber correspondido a su ofrecimiento, así que decidió que lo mejor era retirarse solo a su estudio para atender sus propios deseos.

No tardó mucho.

Pero no parecía capaz de volver a su lado. ¿Qué iba a decirle? No tenía respuesta para el futuro, y difícilmente podía seguir tratándola como... bueno, una amante de todas las cosas. Sabía que tenían que hablar de esto, pero estaba actuando como un cobarde.

Cuando finalmente salió, continuó hacia el dormitorio, solo para descubrir que ella había desaparecido por completo.

—¿Hudson?

Se dio la vuelta rápidamente para encontrarla de pie detrás de él. Ella hizo un gesto hacia el sofá. —¿Quizás deberíamos sentarnos?

Aparentemente, ella tenía mucho más valor que él. Asintió rígidamente, pero en lugar de ocupar el asiento que ella le había indicado a su lado en el sofá, se sentó frente a ella en una silla. ¿Qué decía de él que ni siquiera podía sentarse cerca de ella sin sentirse tentado a tomarla de una manera que no preservaría en absoluto su inocencia?

Aunque para quién debería preservarla ahora, no tenía idea.

Maria mantuvo la cabeza alta mientras enderezaba los hombros.

Él abrió la boca para disculparse, pero ella levantó una mano antes de que pudiera hacerlo.

—Sinceramente espero que las próximas palabras que salgan de tu boca no sean "lo siento".

Hudson cerró los labios una vez más.

—No lamento en absoluto lo que sucedió. Fue, con diferencia, la mayor sensación que he sentido jamás y el mejor regalo que jamás podría haber pedido.

Un sentimiento de orgullo lo llenó, aunque no sabía exactamente cómo responderle.

—Aun así, siento que actué mal —finalmente no pudo evitar decir, levantando una mano en súplica—. Me aproveché de la vulnerabilidad que sentías...

—¿No estabas tú también en un estado de ánimo similar?

—Sí, pero...

—Entonces no hay peros —dijo ella—. También dijiste que si fueras el duque, te habrías casado conmigo. ¿Es eso cierto?

Ella formuló su pregunta con tanta franqueza que él descubrió que no podía mentir, sin importar lo que pudiera significar para ambos.

—Sí, por supuesto.

Ella perdió parte de su estoicismo entonces cuando sus hombros cayeron y simplemente se quedó mirándolo. —Ciertamente hacemos buena pareja, ¿no es así?

—¿En qué sentido?

—Podríamos haber construido una vida juntos, pero ambos actuamos demasiado tarde.

—Maria —dijo él, moviéndose de la silla al sofá ahora, con el corazón roto ante la mirada abatida en sus ojos—, nunca podría haberte pretendido. Soy un médico bastardo. Tú eres la hija de un marqués.

—Y mira dónde estoy ahora —dijo ella, negando con la cabeza—. Disfruté esta noche con cada fibra de mi ser, pero siento... siento que esto no es justo para ti. Me estoy quedando aquí como invitada en tu casa, ¿y por qué razón? No tengo nada que ofrecerte. Y en cuanto a lo que sentimos el uno por el otro, no puedo ser la mujer para ti. Nos guste o no, estoy casada con otro.

—Lo entiendo —dijo él inmediatamente, aunque sus palabras le recordaron lo que necesitaba aclarar—. No pienses que lo que compartimos... físicamente... era lo que esperaba como forma de pago por permitirte estar aquí.

Ella arqueó una ceja. —¿No fui yo quien recibió más en ese intercambio?

Él no pudo evitar una suave risa. —Tengo que admitir que yo también lo disfruté bastante.

—¿De verdad? —preguntó ella, con los ojos abiertos de aparente fascinación.

—Por supuesto que sí —dijo él, aunque sabía que admitirlo era un error. Se puso algo más serio, sabiendo lo que tenía que decirle ahora—. Sé que el futuro es impredecible. Pero hay algo que necesito que entiendas: nunca te haría daño. De hecho, prometo estar siempre ahí para ti, de cualquier manera que necesites.

—Lo sé —dijo ella, con los ojos llenándose de lágrimas una vez más, y rápidamente parpadeó para eliminar la humedad—. Quizás lo mejor sea que disfrutemos lo que tenemos juntos ahora.

—Quizás —dijo él, aunque sabía que no era lo mejor. Porque ya sabía que estaría devastado si ella lo dejaba, de cualquier manera, y definitivamente lo haría en algún momento, pues era una mujer que merecía el mundo, incluso si tenía que escapar hacia él. Pero ¿cómo podía negarle o despedirse de esta mujer que lo había cautivado como ninguna otra antes?

—Mi inocencia —su cara se estaba poniendo rosada de nuevo, lo que no eran buenas noticias si se suponía que debía mantenerse alejado de ella— ya no significa nada. De lo único que me alegro es de que mi marido no la tomara, porque estoy segura de que lo habría hecho decididamente doloroso. Preferiría mucho más dar ese regalo a alguien que lo apreciara, quizás incluso lo atesorara.

Ahora lo miró significativamente, y Hudson tragó con dificultad. Seguramente, no se refería a...

—Maria, yo...

Sin embargo, antes de que pudiera continuar su frase, hubo un golpe en la puerta, y Hudson dejó escapar un largo suspiro. Quizás si esperaba lo suficiente, la persona al otro lado se iría a buscar otro médico.

Pero no, el golpe se repitió, y Hudson al menos podía estar agradecido de que su visitante no hubiera llegado poco tiempo antes.

Hudson se puso de pie y abrió la puerta una rendija.

—¿Señora Bloomsbury?

—¡Dr. Lewis! —dijo ella como si estuviera sorprendida de verlo allí, en su propia casa.

—¿Se encuentra mal? —preguntó él.

Ella entrecerró los ojos, y él era consciente de que su saludo carecía de cierto entusiasmo, pero ¿cómo podía estar contento de ver a la mujer cuando acababa de dar placer primero a Maria y luego a sí mismo, y estaban en medio de una discusión sobre lo que vendría a continuación entre ellos?

Cuando Maria habló de perder su inocencia, ¿se refería a esta noche? ¿A otro momento? Estaba desesperado por saberlo y, al mismo tiempo, necesitaba hacer todo lo posible para llenar su cabeza con pensamientos menos deseosos, pensamientos que le permitieran abordar cualquier preocupación que tuviera la mujer esta vez. Esperaba que Maria se hubiera ocultado detrás de él. Solo podía imaginar lo que la señora Bloomsbury tendría que decir al vecindario sobre su nueva asistente viviendo con él.

—Estoy bien —dijo la señora Bloomsbury, aunque parecía inquieta, cambiando su peso de un pie a otro, con la ropa bastante desarreglada—. Es en realidad mi marido. Ha empeorado.

El señor Bloomsbury había perdido parte de su pierna en la guerra. Era una lesión común, una que Hudson había tratado múltiples veces, pero el señor Bloomsbury no parecía tener el espíritu para vivir una vida más plena. Era una situación que Hudson había visto una y otra vez. Solo estaba en su poder tratar la condición, hacer todo lo que pudiera médicamente para ayudar al paciente, pero si el hombre o la mujer no tenían la noción de mejorar por sí mismos, entonces no había nada que él pudiera hacer para devolverlos completamente a la salud.

—¿Cuál parece ser el problema esta noche? —preguntó.

—No quiere comer nada. Apenas puedo moverlo. Lo intenté yo misma y él... casi me tira al suelo.

Parecía algo asustada, y Hudson no pudo evitar sentir simpatía por ella.

—Muy bien. Estaré allí en breve.

Los Bloomsbury vivían a solo unas pocas casas de distancia, así que Hudson no tenía reparos en permitir que la señora Bloomsbury regresara a casa sin escolta. Normalmente la habría acompañado, pero no quería dejar a Maria sin otra palabra. La señora Bloomsbury pareció ligeramente ofendida, pero asintió y le dio las gracias antes de salir por la puerta.

La cerró tras ella y se volvió para hablar con Maria, pero ella ya no estaba en el sofá; se había levantado y estaba en su estudio, preparando su bolsa para él.

—Puedo hacer eso —dijo él, pero ella negó con la cabeza.

—No me importa —dijo ella, extendiéndola hacia él con una sonrisa tímida—. Espero haber reunido todo lo que necesitas.

Él asintió, ligeramente asombrado. No se había dado cuenta de lo atentamente que ella prestaba atención a su trabajo.

—No tienes que asistir esta noche. El señor Bloomsbury puede volverse... impredeciblemente furioso.

—Un resultado de su experiencia en la guerra, supongo —dijo ella con más comprensión de la que él habría pensado posible con su crianza protegida.

—¿Cómo supiste...?

—La gente intenta ocultar sus realidades, pero he visto a muchos hombres afectados por la guerra —dijo ella—. La señora Bloomsbury podría necesitar ayuda o al menos compañía. No me importa. De verdad.

—Muy bien —dijo él—. Saldré primero y me aseguraré de que no esté esperando afuera.

Maria asintió mientras Hudson comprobaba la puerta antes de hacerle un gesto para que avanzara, y rápidamente llegaron a la casa de los Bloomsbury.

—Ha llamado a su asistente sin mucho aviso —dijo la señora Bloomsbury, mirando de Hudson a Maria con cierta sospecha, pero antes de que pudiera expresar cualquier suposición o conclusión, se escuchó un rugido de rabia detrás de ellos, y ella se estremeció—. Parece estar sufriendo mucho dolor —dijo, y Hudson se apresuró hacia el dormitorio.

—Señor Bloomsbury —dijo al hombre que se agitaba—. Su esposa me dice que no se siente como usted mismo.

El hombre comenzó a murmurar sobre los franceses acercándose, mientras Hudson hacía todo lo posible por apaciguarlo mientras abría su bolsa y sacaba una botella de láudano. Al menos intentaría calmar los nervios del hombre, para quitarle algo de tensión. Examinaría la pierna del hombre y se aseguraría de que no hubiera ninguna infección, pero la triste realidad era que la verdadera dolencia del señor Bloomsbury no era algo que pudiera arreglar con medicamentos o cirugías.

Se sentó con el señor Bloomsbury mientras este se calmaba, luego continuó su examen y estaba terminando cuando Maria lo llamó.

—¿Dr. Lewis?

—¿Sí? —dijo él, acercándose a la puerta, donde Maria lo encontró. Ella se inclinó, con voz baja.

—Creo que la señora Bloomsbury está herida. Quizás fue cuando intentó ayudar a su marido, o quizás él la lastimó accidentalmente, pero sospecho que deberías comprobar que no haya nada mal con ella.

—Estaré allí enseguida —dijo él, y ella asintió.

Poco después, explicó a la señora Bloomsbury que su marido estaba descansando, y luego sugirió que viera al boticario y pidiera láudano para ayudar cuando comenzaran los ataques.

—¿Cómo se encuentra, señora Bloomsbury? —preguntó con naturalidad—. ¿Todavía le molesta el hombro?

Ella vaciló. —Sí, un poco —dijo, y fue entonces cuando él notó los moretones en su brazo.

—Vamos a echar un vistazo aquí —dijo suavemente, llevándola al sofá, y cuando abrió su bolsa notó que había olvidado una de sus herramientas en el dormitorio.

—Un momento. Parece que una de mis jeringas se cayó de mi bolsa.

—Yo la encontraré —dijo Maria, ya caminando de regreso. La puerta estaba abierta, y el señor Bloomsbury estaba durmiendo, así que Hudson la dejó ir sin comentarios.

Estaba evaluando el movimiento del hombro de la señora Bloomsbury cuando se escuchó un grito desde el dormitorio, y se estaba moviendo antes incluso de darse cuenta de que lo estaba haciendo.

—¿Maria? —llamó, y cuando entró en la habitación, se quedó paralizado en la puerta al ver al señor Bloomsbury fuera de la cama, sujetando la espalda de Maria contra él, con su brazo alrededor de su cuello.

El señor Bloomsbury podía haber estado prácticamente postrado en cama durante bastante tiempo, pero tenía una fuerza que asustaba a Hudson, especialmente con Maria en su agarre.

La visión de Hudson pareció estrecharse en ellos mientras trataba de determinar la mejor manera de sacarla sin causarle ningún daño. Oyó a la señora Bloomsbury entrar detrás de él mientras ella misma dejaba escapar un grito, pero no tenía tiempo para atenderla; estaba demasiado concentrado en Maria y en su propio pánico ante lo que el señor Bloomsbury podría

hacer.

—¡Harold, detén esto inmediatamente! —exclamó la señora Bloomsbury con ira y desesperación, pero su marido estaba demasiado perdido. En respuesta, emitió un gruñido mientras su cabeza se movía de un lado a otro. Los ojos de Maria estaban abiertos de miedo, pero no se agitaba. Simplemente se quedó allí, quieta, esperando a que Hudson la ayudara o a que el señor Bloomsbury la soltara.

—Señor Bloomsbury —dijo Hudson con la voz más calmada que pudo lograr considerando lo que estaba sucediendo frente a él—, está en casa. Está a salvo. Maria no representa ninguna amenaza.

—Traidora —gruñó él—. ¡Aquí para destriparnos a todos!

—Es una amiga, señor Bloomsbury. Todos lo somos. Solo queremos ayudarlo.

—¡Aléjate! —gritó, pero su agarre parecía estar aflojándose, incluso mientras sus ojos vagaban de un lado a otro como si estuviera tratando de determinar qué era realidad y qué era parte de su propia imaginación.

—Voy a acercarme a usted, señor Bloomsbury, y tomaré a Maria, ¿de acuerdo? Me aseguraré de que esté a salvo, de que nadie le hará daño.

Se acercó cada vez más, y entonces, con un gran resoplido, el señor Bloomsbury prácticamente arrojó a Maria fuera de sus brazos y hacia Hudson. Hudson la atrapó contra él, sosteniéndola cerca, y mientras respiraba su aroma y la sentía derretirse en su cuerpo, hizo un juramento, aunque sabía que sería imposible de mantener. Nunca la dejaría ir de nuevo.

CAPÍTULO 12



María intentó seguir el ritmo de Hudson, pero él la tenía sujeta con un agarre tan firme alrededor de los hombros que era casi imposible lograrlo.

—Hudson —dijo ella, con la respiración entrecortada, pero él mantenía la cabeza agachada, los ojos fijos en el suelo delante de él, moviéndose con tal determinación que supuso que no la había escuchado.

—¡Hudson! —repitió, con más fuerza ahora, y él se detuvo tan bruscamente que ella casi se cae hacia adelante por el impulso.

Tomó aire mientras se colocaba frente a él, posando sus manos sobre los hombros de Hudson.

—¿Podrías ir más despacio, por favor? —le pidió mientras él seguía respirando agitadamente —. Estoy bien.

—Sé que estás bien —dijo él, pasándose una mano por la cara mientras subía su bolsa más arriba en los hombros—. Pero podrías haber... él podría haber...

—Pero no lo hizo —afirmó ella con firmeza, entrelazando su brazo con el de él esta vez en lugar de dejar que la arrastrara—. Ven. Vamos a casa.

Él asintió y poco después entraban en la casa. Tan pronto como la puerta se cerró tras ellos, dejó caer su bolsa al suelo y se volvió hacia ella, atrayéndola a sus brazos y estrechándola con fuerza.

Aunque María era consciente de que el abrazo era tanto para consuelo de él como para el de ella, disfrutó sintiéndose envuelta tan firmemente entre sus brazos.

Finalmente la soltó, sus ojos escrutando los de ella como si quisiera asegurarse una vez más de que realmente estaba ilesa.

—Lo siento, María, es que estaba... aterrorizado de que te hubiera hecho daño, de que pudiera haberte perdido otra vez.

—Parece que te estoy haciendo pasar por bastantes pruebas, ¿no es así?

Él soltó una risa suave mientras se frotaba los ojos antes de apartarse de ella un momento.

—María —dijo, pronunciando su nombre como un gemido—. Es que... no puedo imaginar mi vida sin ti. De ninguna manera. ¿Qué tan malo es eso?

Ella se acercó más, con el corazón a punto de estallarle en el pecho al ver cuánto la deseaba este hombre, cuánto se preocupaba por ella, de una manera que nunca pensó que sería posible para ella, especialmente ahora.

—No es malo en absoluto —dijo, alzando la mano para apartar un mechón de pelo rebelde de

su frente, empujándolo hacia atrás pero manteniendo su mano apoyada en la sien de él—. Es la verdad. *Nuestra* verdad. Y te lo agradezco.

—¿Por qué? —dijo él, dejando caer sus manos, mirándola con asombro.

—Por todo lo que haces por mí. Por lo mucho que te preocupas.

—Oh, María —dijo, tomando el rostro de ella entre sus manos—. No puedo evitar preocuparme. Mucho más de lo que debería.

Se inclinó entonces, presionando sus labios contra los de ella, suavemente al principio, pero luego con más fuerza, con un hambre que ella apenas podría comprender... excepto que sentía exactamente lo mismo.

Él comenzó a retroceder y ella lo siguió, sus labios aún unidos, hasta que esta vez fue él quien se sentó en la cama. El sol se había puesto, y la habitación estaba iluminada solo por el suave resplandor de las brasas del hogar donde el fuego había estado ardiendo antes de que la señora Bloomsbury los llamara.

Tanto había quedado sin decir entre ellos, y ahora todo surgía de golpe. Hudson levantó a María de modo que sus piernas quedaron envueltas alrededor de él. Las faldas de ella se arrugaban entre ambos, y él las levantó hasta su cintura con una mano mientras acariciaba la sedosa piel de su pierna con la otra, agarrando firmemente su trasero cuando lo alcanzó.

—¿Quieres esto? —preguntó, con la voz desesperada de necesidad, pero aun así, le daba la opción, el control.

—Sí —respondió ella con resolución. Lo deseaba. Con él, y solo con él. Podría no ser justo, podría no ser correcto, pero era lo que ambos necesitaban del otro. Ella siempre había vivido para el futuro, pero desde que escapó de su matrimonio, vivía el momento. Y nunca había habido más momento que este, justo ahora.

Sus brazos se envolvieron alrededor de su cuello mientras se entregaba a él, perdiéndose en su sabor, en su tacto. Él tenía ambas manos alrededor de su trasero ahora, y cuando apretó, ella no pudo evitar hundirse más completamente en él. Incluso cuando su dura longitud presionó contra ella, no sintió miedo, solo la necesidad de más.

Se echó hacia atrás un momento para quitarle la chaqueta de los hombros, queriendo ver más de él otra vez. Hudson la ayudó, deslizándola fuera, antes de añadir su chaleco al montón en el suelo. Ella desabrochó los primeros botones de su camisa de lino antes de que él también se deshiciera de ella.

Una vez que estuvo desvestido, se dedicó a los botones de la espalda del vestido de ella, y después de algunos movimientos torpes, juntos lo arrancaron de su cuerpo y lo tiraron al suelo. Su ropa interior y camisa pronto siguieron el mismo camino, hasta que su cuerpo quedó desnudo ante él. Se sentía bastante expuesta, especialmente con los ojos de él fijos en su pecho, pero por lo que podía notar, a él parecía gustarle lo que veía.

—María —suspiró—. Eres absolutamente hermosa.

Ella apartó los mechones de cabello que habían caído sobre sus hombros cuando se quitaron la ropa, interesada en lo que él tenía esperándola, pero sin saber exactamente cómo explorarlo.

Puso una mano en su pecho antes de comenzar a deslizar sus dedos hacia abajo, hasta que se posaron sobre la cintura de sus pantalones, y aunque había estado deseando esto —a él— de repente se quedó paralizada por la incertidumbre de qué hacer a continuación.

Hudson percibió su vacilación y tomó su mano entre la suya, llevándola a su longitud por encima de los pantalones, moviendo la mano de ella sobre él, frotando arriba y abajo. Sus ojos se cerraron mientras su cabeza caía hacia atrás, y muy pronto María encontró el ritmo por sí misma, disfrutando del hecho de que su tacto pudiera provocar tal respuesta en él. Experimentalmente

apretó, y él gimió, alzando las manos y recorriendo su cintura hasta llegar debajo de sus pechos.

Los acunó con sus dedos mientras alcanzaba y acariciaba sus pezones con los pulgares. Ella dejó escapar un jadeo mientras se arqueaba contra él, y justo cuando se estaba acostumbrando a su tacto, la boca de él se cerró sobre uno de sus pechos y comenzó a acariciar su pezón con la lengua.

—¡Hudson! —exclamó mientras se inclinaba más hacia él, sus caderas moviéndose sobre él al mismo ritmo. No tenía idea si lo que estaba haciendo era correcto, pero se sentía maravilloso, y él no hizo ningún gesto para detenerla.

La levantó y se puso de pie para poder deslizar sus pantalones por sus piernas, y fue entonces cuando María se detuvo y solo pudo mirar fijamente.

—¿María? —dijo, acercándose y colocando su dedo índice bajo el mentón de ella—. ¿Estás bien?

—Sí, yo... no estoy segura...

—¿Qué sucede, amor?

—Tú eres... eso es... muy grande.

—Bueno, gracias —dijo con una risita.

—Es solo que no estoy segura de cómo algo así puede caber en...

—Lo sé —dijo, inclinándose y besando sus labios rápida y suavemente—. Iremos despacio. Te lo prometo. Dime si quieres que me detenga.

Ella logró asentir antes de alcanzar y acariciar tentativamente su piel desnuda esta vez. La rápida inhalación de él le indicó que le gustaba, y ella continuó deslizando su mano hacia adelante y hacia atrás sobre su piel suave y aterciopelada mientras él se sentaba de nuevo en la cama, permitiéndole explorar a su gusto antes de presionarla demasiado rápido.

—¿Hudson?

—¿Sí?

—Lo que me hiciste antes... ¿puedo hacerte lo mismo?

—¿Lo mismo? ¿Te refieres a usar tu boca?

Ella asintió mientras el calor subía a sus mejillas.

—Si eso es lo que quieres, no seré yo quien te lo niegue —dijo—. Pero no sientas que tienes que hacerlo.

—Quiero hacerlo —dijo, y se dio cuenta de que realmente lo decía en serio. Sí quería. Quería darle el mismo placer que él le había brindado, y si iba a sentirse igual de bien para él, entonces estaba feliz de hacerlo.

Podía sentir su mirada sobre ella mientras se inclinaba y colocaba su lengua en la punta. No tenía idea de lo que se suponía que debía hacer, pero pensó en cómo se había movido la lengua de él sobre ella, y de la misma manera, hizo girar la suya alrededor de él. Hudson gimió, su respiración volviéndose más pesada, y ella envolvió sus labios alrededor de él antes de mirarlo para asegurarse de que lo estaba haciendo bien.

—Dios mío, María —dijo, y gentilmente movió su cabeza muy ligeramente hasta que ella comprendió el ritmo. La sorprendió empujando suavemente en su boca, sus dedos enredándose en su cabello.

Finalmente, con un gemido, la apartó, llevándola hacia arriba por su cuerpo, y tomó su boca con sus labios otra vez. María se abrió a él, y mientras deslizaba su lengua dentro, su mano comenzó a acariciarla entre las piernas. Acarició ese lugar que causaba tanto placer, y luego comenzó a deslizar lentamente un dedo dentro de ella. María se quedó inmóvil por un momento, lo que hizo que él también se detuviera, hasta que ella comenzó a mecer sus caderas contra él,

pidiendo más.

Él empujó sus dedos más profundo, y cuando ella comenzó a mover sus caderas contra él, continuó frotándola también. María suspiró en su boca, y entonces él la estaba girando, recostándola suavemente en la cama frente a él. Subió, con los brazos alrededor de su cabeza mientras se inclinaba sobre ella, y ella supo que casi era el momento. Luchó contra el pánico, que crecía ligeramente aunque no con tanta fuerza como su deseo por él.

—¿Estás bien? ¿De verdad quieres esto? —preguntó de nuevo, y ella asintió. Sí lo quería.

Él se deslizó ligeramente dentro de ella y hubo un destello de dolor, aunque fue lento, gentil, y solo había colocado una pequeña parte de sí mismo dentro. Se inclinó y la besó de nuevo, lo que la ayudó a relajarse y a apartar su mente de cualquier incomodidad.

Se deslizó más dentro de ella, poco a poco, hasta que su cuerpo estuvo contra el de ella y él estaba completamente dentro.

Hudson se echó hacia atrás y regó tiernos besos por todo su rostro. María levantó la mirada hacia sus ojos.

—¿Cómo se siente? —preguntó él, y ella se movió experimentalmente.

—Creo que ahora se siente bien.

—¿Estás segura?

—Sí —dijo ella, lo que fue suficiente garantía para que él comenzara a mecerse contra ella. Entró y salió antes de detenerse, arqueando una ceja mientras la miraba.

Ella asintió, y él embistió de nuevo, un poco más fuerte, un poco más profundo antes de estudiarla otra vez.

—Oh, sí, eso se siente bien —exclamó esta vez mientras se agarraba a sus hombros, y él comenzó un empuje lento y suave. El cuerpo de María respondió por sí solo, sus caderas moviéndose con las de él, y dejó escapar un pequeño gemido que pareció animarlo a aumentar su velocidad, lo cual ciertamente la alegró, porque cuanto más se movía, mejor se sentía.

—Oh, Hudson —gimió, y él se echó hacia atrás y levantó ligeramente sus piernas, con los ojos fijos en donde estaban unidos. Entonces su mano volvió a ella y comenzó a trazar círculos lentos. Ella sintió que la excitación dentro de su cuerpo comenzaba a acumularse una vez más, hasta que gritó ante la exquisitez de todo lo que estaba corriendo a través de ella.

Luego él se inclinó y tomó su boca de nuevo mientras embestía con más fuerza, y ella clavó los dedos en su espalda cuando de repente las sensaciones la sobrepasaron y estaba gritando. Apenas registró cómo él enterraba su rostro en su cuello mientras embestía con más fuerza de lo que había hecho desde el principio, aferrándola contra él mientras parecía perderse en ella.

Cuando terminó, se quedaron unidos, recuperando el aliento, sí, pero María también necesitaba tiempo para entender todo lo que acababa de ocurrir entre ellos. Había pensado que estaba cerca de Hudson antes, que sentía tal conexión con él, pero ahora... ahora que sabía lo que significaba realmente estar con él, nunca quería mirar atrás.

También le asustaba saber lo atada que estaba a él. Había dejado su vida para cuidar de sí misma, y había caído en los brazos de Hudson. Ahora que estaba allí, nunca quería irse.

Hudson finalmente se levantó sobre sus codos mientras apartaba un mechón de cabello de su rostro, mirándola con una ternura que ella no estaba segura de merecer pero que agradecía igualmente.

—Eso fue... increíble —suspiró ella.

—Fue más de lo que jamás pensé posible —dijo él, aunque había un atisbo de preocupación en sus ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Es solo que... debería saber mejor que nadie lo que puede significar una unión como esta. Me perdí en ti, en el momento, pero debería haber tenido el sentido de tomar más precauciones.

—Ya veo —dijo ella. Debería haberlo pensado ella misma—. Bueno, supongo que todo lo que podemos hacer ahora es lo que hemos estado haciendo desde que llegué.

—¿Qué es?

—Tomar las cosas como vienen, un día a la vez, un momento a la vez. Si hay una... consecuencia, entonces determinaremos qué debemos hacer entonces.

—Tienes razón —dijo, aunque no parecía convencido—. Es solo que... no quiero ser el mismo hombre que fue mi padre. Me casaría contigo si pudiera, pero...

María tomó su rostro entre sus manos, mirándolo profundamente a los ojos, necesitando que entendiera.

—Lo sé. No eres nada como tu padre, ¿me entiendes? No importa lo que pase, sé que nunca harías nada para lastimarme. Confío en ti.

—Siempre te cuidaré —dijo con fiereza.

Ella asintió, con lágrimas llenando sus ojos. Sabía que él nunca rompería esa promesa, pero la pregunta era: ¿podría realmente pedirle eso?

CAPÍTULO 13



Hudson no pudo evitar tocar a Maria al día siguiente. Habían pasado la noche envueltos en los brazos del otro, aunque la verdad de la situación le había impedido dormir mientras consideraba todas las opciones. Quizás ella nunca podría ser su esposa en nombre, pero eso no significaba que no pudiera hacerla suya de todas las demás formas posibles. No tenía idea de cómo sería eso —dónde irían o cómo podría continuar ejerciendo como médico o qué hacer con su madre— pero lo harían funcionar. Tenían que hacerlo.

Porque él no creía que pudiera vivir sin ella por más tiempo.

Hoy, mientras hacía sus rondas, ya no le importaba si alguno de sus pacientes adivinaba que ella era más que su asistente. Podría haberla perdido anoche —diablos, podría haberla perdido ante su marido antes incluso de haberla encontrado— pero maldita sea si volvía a arriesgarse a que se la arrebataran.

Tenía la suerte de recibir sus sonrisas secretas que eran solo para él, y se preguntaba cómo podía ser tan afortunado de ser el favorecido con su atención. No estaba seguro de que alguna vez llegara a acostumbrarse a ello.

Pero sin duda lo intentaría.

Hudson estaba entrelazando sus dedos con los de ella mientras regresaban a casa después de una visita, preguntándose cuánto tiempo podrían estar solos antes de que lo llamaran nuevamente, cuando se detuvo al notar un pequeño paquete envuelto en papel marrón en la entrada de su puerta.

—¿Qué es eso? —murmuró, avanzando para recogerlo, y Maria inclinó su cabeza cerca de la suya para examinarlo también.

La miró con sorpresa—. Tiene tu nombre.

—¿El mío? —dijo ella, arrugando la nariz—. Eso es... extraño. Nadie sabe que me estoy quedando aquí, ¿verdad?

—No —negó con la cabeza—. Nadie excepto los Remington. O mi madre, y ella ha estado fuera durante varios días. Además, aunque le guste hacer preguntas, ciertamente no le diría a nadie que estás aquí.

Maria se mordió el labio, y él pudo ver la preocupación en sus ojos.

—Lo llevaremos adentro y averiguaremos quién lo dejó, ¿de acuerdo?

Ella asintió, y él le rodeó la espalda con un brazo mientras abría la puerta, echando un vistazo rápido una vez que entraron para asegurarse de que no hubiera nadie dentro, pero todo parecía como lo habían dejado.

Quizás estaba exagerando las cosas.

Le dio el paquete para que lo desenvolviera, aunque se mantuvo cerca en caso de que hubiera algo dañino dentro. Debajo del papel había una pequeña caja de madera, y Maria dejó escapar un pequeño jadeo cuando reveló lo que había dentro: un collar intrincado, aunque no parecía ser un collar en el sentido tradicional.

—Esto parece costoso —murmuró, sacándolo de su empaque y dejándolo caer sobre sus dedos. Hudson asintió, coincidiendo. Ella levantó la mirada y encontró sus ojos—. ¿Crees que tengo un admirador? ¿Uno de tus pacientes, quizás?

Su ceño se frunció mientras examinaba las gemas en sus engastes. No era un experto en piezas de joyería, pero le resultaba difícil imaginar que alguno de sus pacientes pudiera permitirse tal pieza.

—¿Te importa si lo miro más de cerca? —preguntó, extendiendo una mano, y ella colocó el collar en ella. La mayoría de las piedras eran diamantes y rubíes, intercalados en engastes de oro. Pero lo que colgaba del collar era lo que más quería ver. Justo detrás del broche, descendiendo por la parte posterior de la pieza, había una cadena que no parecía encajar con el resto.

—Maria —dijo, sin estar seguro de si debería decirle su sospecha, pero sabía que ella merecía la verdad—. No creo que esto sea un collar.

—¿Entonces qué sería? —preguntó ella con los ojos muy abiertos.

—Creo que es una correa.

—¿Una correa? ¿Como la que llevaría un animal?

—Eso creo.

Ella tomó aire rápidamente al darse cuenta de las implicaciones de tal regalo.

—¿Cómo sabría él que estoy aquí? —preguntó con voz débil.

—No tengo idea —dijo él, negando con la cabeza mientras trataba de alejar la inquietud que se apoderó de él—. Ciertamente, ninguno de los familiares del duque se lo diría a nadie, ni tampoco mi madre. Quizás algún paciente te reconoció por el periódico. Dudo que alguien sepa que te estás quedando aquí; sin embargo, yo sería el contacto más cercano que cualquiera tendría contigo actualmente.

Ella asintió, mordiéndose el labio, pero Hudson pudo ver que le temblaba ligeramente. Deseaba tener una manera de hacerla sentir realmente segura, de protegerla de cualquier peligro, y haría todo lo posible para asegurarse de que nada ni nadie la amenazara de nuevo. No podía evitar sentir que ya estaba fallando en ese aspecto.

Porque lo que más deseaba era eliminar completamente la amenaza.

—¿Qué es esto? —preguntó ella, mirando más allá de la maldita correa hacia la mesa de abajo, recogiendo un trozo de papel fino que había sobre ella.

—Una invitación —dijo él, maldiciendo para sí mismo. Había pensado esconderla para que ella no la viera.

—La Duquesa de Warwick te ha invitado a un baile —dijo ella, leyéndola—. Es dentro de dos días.

—Sí, pero no importa.

—¿Por qué no?

—No asistiré.

Ella lo miraba con cierta consternación—. ¿Puedo preguntar por qué?

Él se encogió de hombros—. Por muchas razones. No quiero dejarte sola, para empezar, *especialmente* ahora, y de todos modos no tengo interés en asistir. Puede que inicialmente haya tenido una relación con la familia Remington, pero me quedó muy claro cuál era mi lugar con

ellos cuando el duque me acusó de asesinar a su padre y secuestrar a su hermana.

Maria asintió lentamente mientras colocaba la invitación de nuevo sobre la mesa.

—Lo entiendo. Aunque creo que el duque lamenta lo que te dijo. Estaba desesperado por encontrar una solución a lo que amenazaba a su familia. Definitivamente no debería haberte culpado, pero se ha disculpado, muchas veces.

—¿Estás de su lado? —Hudson no pudo evitar preguntar, irritado porque ella defendiera al hombre con quien se suponía que iba a casarse.

—No —negó con la cabeza—. Siempre estaré de *tu* lado. Por eso te insto a que vayas. Sé lo mucho que significa para Juliana haberte conocido y haberte dado la bienvenida a la familia. Dice mucho que te inviten a un evento así.

—Sí, la mayoría de las familias nunca invitarían a su hermano bastardo —dijo con una hostilidad en su voz que no pudo evitar.

—Eso es verdad —dijo ella sin comentar sobre sus palabras o su tono—. No estoy diciendo que necesariamente perdones y olvides todo lo que ha sucedido, pero parece que quieren que formes parte de sus vidas.

Él suspiró mientras se pasaba una mano por el pelo—. Incluso si todo eso fuera cierto, no puedo dejarte sola —dijo—. Y, por supuesto, tú nunca podrías asistir conmigo.

—No, pero quizás podría quedarme con alguien en quien confíes. ¿Smith, tal vez?

Hudson frunció el ceño. Smith era un buen hombre, y los consideraba a él y a su esposa amigos, pero le resultaba difícil confiar a Maria a alguien que no fuera él mismo.

Ella se acercó más a él y colocó una mano en su brazo. Era difícil pensar en algo más que en hacerle el amor de nuevo cuando ella estaba tan cerca.

—Hudson.

Ella levantó la mirada hacia sus ojos, parada tan cerca que él podía oler su frescura a limón —. Cuando huí de Lord Dennison, pensé que tendría que encontrar la manera de cuidarme sola. No tenía un plan, solo pensaba encontrar a Juliana para conseguir algo de ropa y ayuda para determinar adónde debería ir. Luego, de alguna manera, encontré el camino hacia ti. Y estoy muy contenta por ello. Pero también soy capaz de cuidarme sola. Estoy segura de que durante una noche estaré completamente bien. Y si estoy con un amigo tuyo, ¿cómo sabría alguien dónde encontrarme, *si* es que hay alguien que posiblemente venga a buscarme?

Lo cual, obviamente, había. A Hudson no le gustaba la idea, pero ella también tenía razón. Y sabía que si continuaba diciéndole qué hacer, imponiéndole expectativas, entonces ella podría sentirse atrapada hasta el punto de que volvería a huir, solo que esta vez huiría *de* él.

—Consideraré asistir —dijo en cambio, aunque levantó un dedo—. Si voy, debemos asegurarnos de que tengas un lugar seguro donde quedarte, y solo aceptaría la invitación con el propósito de aprender más sobre tu marido y lo que ha estado diciendo sobre ti. Si él sabe que estoy contigo, entonces estoy seguro de que mi aparición en el mismo evento que él no pasaría sin comentarios.

—Muy cierto —reconoció ella, antes de acercarse más a él, inclinando su cabeza hacia él y colocando un beso en sus labios—. Eres muy atractivo cuando te vuelves protector, ¿lo sabías?

Él resopló—. ¿Ah, sí?

—Lo eres.

Él comenzó a hacerla retroceder hacia el dormitorio—. Voy a lavarme y luego te mostraré lo *protector* que puedo ser.

Ella se rio y se apresuró a ir a la habitación. Hudson se quedó mirándola, inmóvil por un momento, mientras consideraba qué hombre tan afortunado era realmente.

* * *

—¡MARIA! Qué encantador verte.

—Gracias —dijo Maria con una sonrisa mientras entraba por la puerta. La señora Smith parecía una mujer amable, y ella apreciaba que la pareja con sus hijos pequeños le abriera su casa para la noche. No habían comentado sobre la extraña petición de que se uniera a ellos, pero supuso que la mayoría de las personas de la zona sentían que le debían a Hudson, como médico, todos los favores que pudieran proporcionarle.

—Espero que tengas hambre —dijo, dándole la bienvenida a la pequeña casa que era de un tamaño similar a la de Hudson, pero mucho más hogareña.

Mientras Maria se sentaba, dos niños pequeños aparecieron junto a sus faldas para saludarla. Su madre trató de alejarlos, pero Maria le dijo que estaba bien mientras se arrodillaba para saludarlos.

En verdad, eran una distracción bienvenida. No había podido pensar en mucho más que en Hudson desde que él había partido hacia Warwick House, aunque lo había hecho con bastante reticencia. Se preguntaba si conocería a alguien allí, si bailaría con alguien, y aunque ella no deseaba estar en el salón de baile, se preguntaba si Hudson tendría el deseo de unirse a tal vida si tuviera la oportunidad.

¿Qué haría ella si así fuera?

CAPÍTULO 14



¿Qué significaba que la extravagante fachada de Warwick House se estuviera volviendo bastante familiar para Hudson? Cuando atravesó las puertas principales, ciertamente no sentía que estuviera llegando a casa de ninguna manera, pero tampoco se sentía como un extraño entrando en una tierra extranjera y hostil.

—Dr. Lewis, me alegra tanto que haya podido venir.

La Duquesa de Warwick, anteriormente Lady Emma, le saludó con ambas manos extendidas. Era una mujer atractiva, con cabello claro y rasgos llamativos, amable y bastante intrigante por lo que sabía de ella, pero no podía comprender cómo un hombre podría elegirla a ella —o a cualquier otra mujer, en realidad— por encima de Maria.

Aunque ciertamente se alegraba de que el duque lo hubiera hecho.

—¿Cómo podría resistirme? —respondió con toda la ligereza que pudo, aunque era consciente de que ni la duquesa ni el duque se dejaban engañar por sus palabras despreocupadas, y se recordó a sí mismo que necesitaba su ayuda esta noche.

El duque le saludó después con un gesto de cabeza, aunque se mantuvo algo distante, quizás inseguro de cuál sería la reacción de Hudson hacia él. Hudson tampoco estaba muy seguro, pero fijó una sonrisa en su rostro, pues esta noche debía dejar su orgullo a un lado para pedir la ayuda del duque —por Maria.

—Le agradezco, Su Gracia, por la invitación —añadió a su comentario inicial dirigido a la duquesa antes de volverse hacia su esposo.

—Entiendo que tiene muchos compromisos esta noche, Su Gracia, pero si dispone de un momento libre, ¿podría quizás hablar brevemente con usted?

Arqueó una ceja en señal de interrogación y el duque asintió después de que un rápido destello de sorpresa cruzara su rostro.

—Cuando terminemos de saludar a los recién llegados, iré a buscarlo —prometió.

Hudson permaneció en las sombras del salón de baile. De no ser porque había venido para obtener más información sobre el conde y lo que se decía sobre la desaparición de Maria, nunca habría asistido. No podía imaginar a un hombre más fuera de lugar que él aquí. Si estas personas conocieran su verdadera identidad. Como bastardo del duque, harían mucho más que mirarlo con curiosidad.

Había asistido a uno de estos eventos antes, pero de alguna manera, no había tenido la misma urgencia por marcharse, y ahora podía admitir la razón: Maria había estado presente. No había podido hablar con ella, ni bailar con ella, pues no deseaba crear ningún escándalo en su vida en

aquel momento, pero al menos había estado en la misma habitación que ella durante unas horas, lo que había valido cualquier sensación de incomodidad.

Ahora, deseaba estar a su lado nuevamente —aunque se alegraba bastante de que ella no estuviera aquí con él dadas las circunstancias. ¿Echaría de menos su vida? ¿Estaría esperando el día en que pudiera volver a incorporarse a ella? Sabía que ella no deseaba marcharse a las Américas ni a ningún otro lugar de Inglaterra, pero ¿cuánto lamentaría haber ido a quedarse con él?

Fiel a su palabra, Hudson apenas tuvo tiempo de conseguir una copa de brandy antes de que el duque apareciera a su lado.

—Agradezco la excusa —murmuró su medio hermano mientras se unía a él con su propia bebida—. Odio estas cosas.

—Eso puedo entenderlo —respondió Hudson.

Ya estaba en los márgenes de la sala, pero él y el duque se movieron, por acuerdo tácito, más hacia las sombras.

—Voy a suponer que su presencia aquí esta noche no es simplemente para ampliar sus conexiones sociales entre la *ton* —dijo el duque con ironía, a lo que Hudson resopló.

—Difícilmente. Aunque estoy aquí para conocer más sobre ciertos *miembros* de la *ton*.

—Dennison —dijo el duque, su rostro oscureciéndose—. No estaba en nuestra lista de invitados hasta que Prudence sugirió que quizás es mejor mantener a nuestros enemigos cerca.

—Su hermana es inteligente.

—Demasiado inteligente —dijo el duque con un resoplido—. ¿Le gustaría que le presente al conde?

—No, no creo que me revele nada como un conocido amistoso. Especialmente considerando mi posición —dijo Hudson—. Sin embargo, si pudiera identificarlo, puede que tenga otras formas de obtener más información.

—Muy bien —dijo el duque—. Está allí, al otro lado de la sala, inclinándose sobre una mujer rubia.

Hudson siguió su dedo y rápidamente localizó al conde, sintiendo cómo la sangre comenzaba a latir con más fuerza en sus venas ante su visión. Ciertamente no parecía un hombre preocupado por el paradero de su esposa desaparecida.

El duque le dirigió una mirada preocupada.

—¿Qué va a hacer?

—Nada. Al menos, no esta noche —dijo Hudson entre dientes, su mente ya divagando hacia pociones y venenos, aunque sabía que nunca llegaría a hacer nada con ellos. Era médico y había jurado ayudar a las personas, no hacerles daño, sin importar cuán horribles fueran.

—Tenga cuidado —dijo el duque preocupado—. Si yo causara daño a otro miembro de la nobleza, ese sería un juicio. Si *usted* lo hiciera, sería otra circunstancia completamente distinta. No le importaría a nadie lo que el conde haya hecho.

Hudson le miró directamente a la cara. —¿Me considera estúpido? —replicó.

—En absoluto —dijo el duque, sin inmutarse por la respuesta de Hudson.

—¿Ha oído algún comentario sobre Maria esta noche?

—Ni una palabra —dijo el duque, mostrando solo una breve sorpresa porque Hudson hubiera omitido su título.

—El conde viene hacia aquí —murmuró Hudson al ver que el hombre comenzaba a dar una vuelta por la sala con una joven dama—. ¿No es escandaloso que coquetee con otra joven mientras su esposa ha desaparecido?

—Lo sería, excepto que ha decidido continuar viviendo su vida como si nunca se hubiera casado —dijo el duque, con incredulidad incluso en su rostro mientras agitaba su bebida hacia él —. No ha entrado en luto y no actúa como si estuviera casado. Pero ¿quién va a juzgarlo? Las madres ya lo están considerando como futuro esposo para sus hijas, pues ha estado dejando claro a cualquiera que pregunte que cree que su esposa ya no está en este mundo.

—Al menos ella ya no está en *su* mundo —dijo Hudson, apretando más su bebida mientras tensaba la mandíbula.

El duque le miró. —Realmente está perdido por ella, ¿verdad?

—¿Perdón?

—Se ha enamorado de ella. Está bien. No hay vergüenza en ello. Siempre que entienda la realidad de la situación.

—Créame, soy mucho más consciente de lo que puede imaginar —dijo Hudson entre dientes —. Y casualmente, estoy cansado del papel de hermano mayor. Ni siquiera es mayor que yo.

—Nacidos en el mismo año, si no recuerdo mal —dijo el duque, imperturbable.

—Sí. Con meses de diferencia.

—Sin embargo, yo conozco esta vida, Lewis. No estoy diciendo que eso me haga más sabio, y probablemente usted conozca mucho más del mundo que yo. Pero conozco *este* mundo. Esta gente. El poder que ejercen, debido a las circunstancias de su nacimiento. No quiero que ponga sus esperanzas en algo que nunca podrá ser.

—Todo lo que necesito de usted es su ayuda para demostrar que Dennison es culpable de asesinato —dijo Hudson—. Mientras tanto, si puedo ayudarle a conocer más sobre la amenaza a su familia a través de él, estaré encantado de hacerlo. Puede beneficiarnos a ambos.

El duque le miró fijamente.

—Muy bien, pero quisiera que sepa que lo haría de todos modos. Me gustaría que usted y Lady Maria encontrasen paz.

—Es culpa suya que ella esté en esta situación —no pudo evitar refunfuñar Hudson, sabiendo que estaba siendo un idiota pero sin importarle particularmente ya.

—Lo sé —dijo el duque, bajando la cabeza con cierta vergüenza—. Pero ¿sería mejor si estuviera casada conmigo y ambos estuviéramos simplemente existiendo, sin vivir las vidas que estábamos destinados a vivir con las personas que amamos?

Hudson contempló los colores que giraban ante él en la pista de baile, incapaz de mirar al duque a los ojos, sabiendo que tenía razón pero sin querer admitirlo al principio.

—Sí —dijo finalmente—. Supongo que tiene razón.

Ambos dejaron de hablar cuando el conde se detuvo frente a ellos, solo que ya no tenía a la joven dama del brazo. En su lugar, caminaba con un hombre, al que Hudson no reconocía pero parecía tener una edad similar a la suya y a la del duque.

—¿Quién es ese? —preguntó en voz baja.

—Lord Trundelle —dijo el duque—. Es un marqués, soltero.

—¿Un amigo suyo?

—No —dijo el duque con un firme movimiento de cabeza—. Aunque, no puedo decir que me haya movido en estos círculos durante mucho tiempo. Pero por lo que sé, no es el tipo de persona en quien confiaría a mi hermana, aunque muchas madres lo han considerado como un posible esposo durante años: título, edad y todo eso. Él, sin embargo, nunca ha mostrado ni un ápice de interés en ninguna de las jóvenes damas, eligiendo en cambio, supongo, dejar su linaje a su hermano menor, que ya tiene una prole de tres hijos. Al menos, esto es lo que me cuentan mi madre y mis hermanas.

—Ya veo.

Permanecieron en silencio entonces mientras los hombres, sin saberlo, se acercaban lo suficiente como para que Hudson y el duque pudieran escuchar su conversación.

—¿Va avanzando? —preguntó Trundelle, y Dennison se recostó contra la columna de mármol frente a Hudson, con los querubines bailando justo encima de su cabeza como si se estuvieran burlando de él y de su verdadero ser.

—Espero que pronto.

—Me dijiste que esto ocurriría rápidamente, ahora que el viejo Warwick ya no está. Ha pasado más de un año, hombre.

Hudson percibió que el duque se tensaba a su lado.

—Yo también pensé que sería rápido, pero entonces Remington intervino antes de lo que esperaba, y se deshizo de Stone.

—Stone era el administrador de negocios de mi padre —murmuró el duque a Hudson.

Interesante.

—¿Sabe él sobre las deudas?

—Lo dudo. Nunca ha dicho una palabra. Probablemente ya habría cobrado los pagarés.

—¿No puedes contratar a alguien para que investigue, para recuperar los pagarés? Pronto Remington los encontrará y entonces no tendremos opciones —la frustración de Trundelle era evidente.

—No tengo los fondos para hacerlo —dijo Dennison entre dientes.

—Pensé que por eso te casaste con la mocosa —dijo Trundelle, y Dennison se volvió hacia él, con ira en su rostro ahora.

—Así fue —gruñó—. Y entonces ella me abandonó.

—¿Qué hiciste?

—Nada. Ese es el problema. Debería haberme asegurado de que se sometiera a mí antes de que pudiera irse a cualquier parte. Entonces habría sabido que no tenía opción de dejarme.

Las manos de Hudson se convirtieron en puños a su lado ante las palabras de Dennison, pero ahora no era el momento de actuar. El duque le lanzó una mirada de advertencia.

—¿Podríamos acercarnos a Remington, intentar darle una explicación de lo ocurrido?

—No —dijo Dennison rápidamente—. Nunca aceptaría liberar las deudas.

—Él y su padre no se llevaban bien. Todo el mundo lo sabe.

—Nadie quiere desprenderse del dinero, Dennison. Ni siquiera si es dinero sucio de un hombre al que odiaba.

Hudson se preguntó si eso era completamente cierto, considerando cuánto sabía que Remington había despreciado al hombre que los había engendrado, pero no iba a preguntárselo.

—¿Qué hay de las amenazas a la familia? ¿Podríamos asustar al actual duque para que libere las deudas?

Fue Dennison quien planteó la pregunta, y Trundelle se volvió hacia él con incredulidad.

—¿Eres idiota? Entonces asumirá que somos nosotros quienes lo estamos amenazando.

—Quizás podríamos hacerlo de manera que no conociera nuestras identidades. Proporcionarle una lista de todas las deudas que se debían al antiguo duque y decirle que las libere todas o alguien vendrá por él o por una de sus hermanas nuevamente.

—Nadie llegará a Lady Juliana, no ahora que la libertina está con el detective.

Era el turno del duque de sentirse ofendido, aunque Hudson tampoco estaba particularmente complacido con el comentario, pues apreciaba bastante a su media hermana, quien siempre había sido la más acogedora con él de todos los hermanos Remington.

—Hay maneras —dijo Dennison, y Hudson y el duque intercambiaron una mirada ante eso.

—Dennison, será mejor que lo resuelvas pronto. No puedo esperar para siempre.

—Estás tan metido en este lío como yo.

—¿Y de quién es la culpa?

Los dos hombres frente a ellos se miraron con furia, y Hudson tuvo la sensación de que lo que los unía, ciertamente no era la amistad.

Entonces se separaron, dejando a Hudson y al duque mirándolos.

—¿Qué piensa de todo esto? —preguntó Hudson al duque, quien sacudió la cabeza lentamente.

—La lista de personas que podrían haber acabado con mi padre sigue alargándose, eso es lo que pienso —dijo—. Tendré que hablar con Archibald, hacer que investigue más a fondo a Dennison y Trundelle, ver qué puede averiguar.

—Dennison nunca mencionó a Maria, aparte del motivo por el que se casó con ella —señaló Hudson, a lo que el duque negó con la cabeza.

—No, pero no deje que eso tranquilice su mente, porque es muy probable que tenga a alguien intentando encontrarla. Manténgase alerta, Lewis.

—Por supuesto.

—Ahora venga, le presentaré a Lady Bennington.

—¿Lady Bennington?

—La madre de Lady Maria.

CAPÍTULO 15



Hudson sabía perfectamente quién era Lady Bennington; de hecho, incluso la había conocido brevemente en el pasado.

Pero no solo estaba seguro de que ella probablemente no tenía interés en volver a trabar conocimiento con él, sino que tampoco veía qué propósito podría servir.

Sin embargo, el duque, aparentemente, pensaba lo contrario.

La decisión fue tomada por ambos cuando alguien llamó al duque por su nombre, y este se giró para encontrar a su madre mirándolos a los dos con consternación.

Ella se encontraba en medio de un trío de mujeres. Hudson reconoció a una de ellas como Lady Bennington, la otra era una mujer a la que solo había visto de pasada.

—Madre, lucís hermosa esta noche, como siempre —dijo el duque, inclinándose para besar a su madre en ambas mejillas. Sin embargo, la duquesa viuda no parecía poder apartar sus ojos de Hudson, y él se preguntó si ella habría estado al tanto de que lo habían incluido en la lista de invitados.

—Madre, ¿recordáis al Dr. Lewis?

—Sí —dijo ella con un breve asentimiento—. Buenas noches.

Hudson hizo una leve reverencia. —Buenas noches, Su Gracia.

—Lady Bennington, Lady Hemingway, ¿puedo presentaros al Dr. Lewis? —dijo el duque a las otras dos mujeres que estaban a su lado.

Las dos mujeres se quedaron mirando en silencio por un momento, y Hudson ocultó su sonrisa mientras hacía otra pequeña reverencia. —Buenas noches. Es un placer conocerlas.

No podían ignorarlo educadamente y murmuraron sus respuestas, mirando a la madre del duque en busca de orientación sobre qué se suponía que debían hacer con el médico bastardo que había aparecido en medio del evento de la *ton* de su familia.

Por supuesto, hasta donde él sabía, ellas no estaban realmente al tanto de que él era el bastardo del duque, pero Hudson lo sabía, y eso era suficiente.

—Lamento mucho enterarme de la desaparición de vuestra hija, Lady Bennington —dijo, sin estar seguro de si era lo adecuado decirlo, pero esperando lograr su propósito de determinar cuán afligida podría estar por la desaparición de su hija.

—Gracias —dijo ella secamente, y el ligero brillo acuoso en sus ojos le indicó que probablemente sí sentía una emoción verdadera por Maria, aunque también podría ser una actuación. Después de todo, ¿no la había casado con el conde? —Esperamos que regrese con nosotros muy pronto.

Hudson asintió, sin saber cómo responder a eso, aunque observó que la condesa lo hacía sonar como si alguien se hubiera llevado a Maria y que ella no había huido por voluntad propia, lo cual tenía sentido, porque según lo que Maria le había contado, nunca se había opuesto a los deseos de sus padres en ningún momento antes.

—Pobre muchacha —dijo Lady Hemingway, suspirando dramáticamente—. Espero que los detectives puedan descubrir su paradero pronto. Y su pobre esposo.

Hudson se tragó su opinión al respecto, especialmente cuando el duque le dirigió una mirada.

—Estoy seguro de que el conde está sumamente afligido —dijo en cambio, intentando evitar que el sarcasmo se colara en su tono. No pasó por alto que la duquesa viuda lo miraba con franca curiosidad, y tenía la sensación de que ella sabía más de lo que dejaba entrever.

—Oh, sí, parece la viva imagen del dolor —llegó una nueva voz, y Hudson se volvió para ver a Lady Winchester unirse al círculo. La duquesa viuda cerró los ojos por un momento mientras daba un largo sorbo a su bebida, probablemente porque su madre parecía no disimular nada sobre lo que realmente sentía por el conde.

—Madre —comenzó la duquesa viuda, pero Lady Winchester desdeñó sus palabras con un gesto.

—No intentes hacerme callar, Elizabeth. Mira al hombre. Bailando con jovencitas, bebiendo, coqueteando. Difícilmente creo que esté angustiado por su esposa.

Lady Bennington dejó escapar un jadeo de sorpresa y Lady Winchester la miró con expresión conocedora.

—El hecho de que todos finjan que es otra persona no cambia su verdadero carácter, Lady Bennington. Además, usted casó a su hija con él. ¿Qué esperaba?

—Madre, ¿puedo hablar contigo un momento, por favor? —dijo la duquesa viuda con voz ahogada antes de llevarse a su madre, pero no antes de que Lady Winchester le guiñara disimuladamente un ojo a Hudson, quien casi se atragantó con su bebida mientras el duque ocultaba una risa tras su mano.

—Que tengan una maravillosa velada —logró decir el duque antes de retirarse de la conversación con Hudson siguiéndole.

Tan pronto como estuvieron fuera del alcance del oído de las damas, los dos ya no pudieron contener sus risas, y Hudson tuvo que admitir que, a pesar de todo lo que sentía hacia el duque, apreciaba poder compartir algo con él además de animosidad y un padre.

—¿No compartiríais una broma con un compañero, verdad?

Levantaron la vista para encontrar a otro hombre uniéndose a ellos, uno que Hudson reconoció como pariente del duque, hijo del primo de su padre, Lord Hemingway. El duque hizo las presentaciones una vez más, y Hudson se preguntó cuánto sabría realmente su propio pariente sobre sus orígenes, aunque el hombre no dijo nada sobre el tema.

—Simplemente mi abuela diciendo exactamente lo que todos piensan, pero que nadie más se atrevería a decir en compañía educada —dijo el duque, negando con la cabeza—. Estoy seguro de que tu madre quedó suficientemente impactada.

Lord Hemingway sonrió mientras tomaba un sorbo de su propia bebida, balanceándose sobre sus talones. —Siempre me ha caído bien Lady Winchester, en realidad.

—A muchos les cae bien —dijo el duque—, siempre y cuando no seas el blanco de sus dardos.

—Veo que mi madre está hablando con Lady Bennington. Pobre mujer.

—Sí —dijo el duque diplomáticamente—. La desaparición de Lady Maria ha sido toda una conmoción.

—Lady Dennison, querrás decir —dijo Lord Hemingway, y el duque asintió.

—Por supuesto. Mis disculpas.

—No me ofende a mí —dijo Hemingway—. De hecho, más bien desearía que hubiera seguido siendo Lady Maria.

—¿Oh? —preguntó el duque con cierta sorpresa.

—Sí. Después de que la rechazaras, debería haber dejado claro mi interés —dijo Hemingway con un suspiro—. Claro que estaba todo ese asunto con Lady Juliana, desafortunadamente.

Sus ojos destellaron ligeramente ante eso, y Hudson recordó que se esperaba que Hemingway se casara con la hermana del duque, pero ella se había enamorado del detective. No podía imaginar que su decisión hubiera sido bien recibida por ninguna de las dos familias.

—Lamento todo ese asunto —dijo el duque, dando una palmada en el hombro de Hemingway—. Ya conoces a Juliana. Siempre hace lo contrario de lo que todos esperan.

—Sí —dijo Hemingway, con los ojos oscureciéndose, y Hudson percibió un filo en el comportamiento de Hemingway. ¿Debería Juliana temer algo de este hombre? El duque no parecía preocupado, aunque Hudson sabía que consideraba al hombre uno de sus amigos más cercanos, así que quizás nunca podría albergar tales sospechas. Podía imaginar que el detective lo había investigado, especialmente cuando ambos habían estado interesados en la misma mujer. Si había compartido o no esa información con el duque era otra cuestión.

—No me había dado cuenta de que estabas interesado en Lady Maria —dijo el duque con tono despreocupado, lanzando una mirada rápida a Hudson, quien mantuvo su rostro tan neutral como le fue posible.

—Es una mujer hermosa, y sería la esposa perfecta —dijo Hemingway, con algo de anhelo en su rostro ahora—. Pero siempre había estado destinada para ti y luego, después de que te casaras con Lady Emma, pensé que le daría algo de tiempo. Supongo que al final, fue *demasiado* tiempo.

Hudson se encontró tensándose ante las palabras del hombre. Porque ella no habría sido la esposa perfecta para Hemingway, sería la esposa perfecta para *él*.

Excepto, por supuesto, que ahora estaba casada con otro.

Los celos que se arremolinaban dentro de él lo asustaban, aunque no tenía ninguna razón racional para ello. Por mucho que quisiera abandonar este maldito baile donde no pertenecía para volver a su lado, ella nunca podría ser verdaderamente suya.

Ni siquiera estaba completamente seguro de que ella quisiera pasar el resto de su vida con él, incluso si tuviera la opción de hacerlo. Obviamente se sentía atraída hacia él, tenía su propio interés en estar con él, pero ¿lo anhelaba con la intensidad que él sentía por ella? ¿O era completamente unilateral?

Hudson se pasó una mano por el pelo al darse cuenta de que el duque lo estaba mirando fijamente. Había estado tan perdido en sus pensamientos que había dejado de seguir la conversación, aunque ya no le importaba lo que Hemingway tuviera que decir. El hombre podía anhelar a Maria todo lo que quisiera, ahora estaba fuera de su alcance.

Cuanto más tiempo pasaba allí, más se daba cuenta de que lo único que podría evitar que deseara a Maria aún más de lo que ya lo hacía era si ella no tenía interés en lo mismo de él.

Y solo había una manera de averiguarlo.

* * *

MARIA ESTABA SENTADA en la sala principal de la casa de los Smith, mirando hacia la oscuridad

de la noche. Hudson había dicho que no tardaría mucho, pero Maria había asistido a suficientes de esos eventos como para saber que solían prolongarse hasta altas horas de la madrugada.

Los Smith le habían ofrecido su habitación, pero Maria se había negado a molestarlos. Les dijo que no tenía ningún problema en permanecer despierta, esperando a que Hudson regresara. Se preguntaba qué pensarían ellos de todo este asunto, pero agradecía que no le comentaran nada al respecto, ya que no tenía idea de cómo explicaría su situación.

Con la cabeza en otra parte, dio un respingo cuando vio aparecer una figura en la oscuridad frente a la puerta, aunque su corazón se tranquilizó cuando vio de quién se trataba.

—Hudson —dijo, abriendo la puerta, sin poder evitar la sonrisa que floreció en su rostro. Siempre le habían enseñado a comportarse como una dama recatada, a nunca revelar sus verdaderas emociones o sentimientos hacia un hombre, o hacia cualquier persona, en realidad. Pero no parecía poder evitar que emergieran cuando se trataba de Hudson.

Él entró por la puerta en silencio, sin siquiera mirar alrededor para ver si los Smith estaban cerca antes de rodearla con sus brazos y atraerla fuertemente contra sí. Maria presionó su rostro contra la chaqueta de él, encontrando su verdadero aroma bajo los empalagosos perfumes y olores de comida y bebida que lo cubrían, aromas con los que estaba demasiado familiarizada.

Él se inclinó hacia atrás y le dio un suave beso en los labios.

—¿Tan malo fue? —le preguntó, arrugando la nariz.

—Terrible —dijo él—. Pero todo vale la pena cuando regreso a casa contigo.

Ella sonrió aún más ante eso y se apartó cuando el Sr. Smith salió del dormitorio y les deseó buenas noches. Hudson condujo a Maria fuera de la puerta, y juntos se dirigieron hacia lo que incluso Maria estaba empezando a considerar como su hogar.

CAPÍTULO 16



—Cuéntame sobre la velada —dijo María mientras Hudson abría la puerta de su casa, realizando su habitual inspección para asegurarse de que nada hubiera sido alterado.

—Fue... esclarecedora —respondió Hudson antes de volver a ella. Le tomó la mano y comenzó a caminar con ella hacia el dormitorio, describiéndole los acontecimientos y revelaciones de la noche mientras avanzaban.

María sabía que debería estar más preocupada por su marido, pero no podía evitar centrarse en una persona que él apenas había mencionado.

—¿Mi madre estaba allí?

—Así es.

—¿Estaba... disgustada?

Hudson se quitó la corbata, doblándola antes de guardarla en su armario. María tuvo la impresión de que estaba tratando de decidir exactamente qué decir.

—Creo que está bastante preocupada; sin embargo, por lo que pude observar, estaba ocultando la verdad de lo que sentía.

—Eso suena a ella —comentó María con ironía, lo cual era cierto. Su madre siempre le había enseñado a ocultar sus emociones porque así era como ella, a su vez, había sido criada.

—Tu marido era otra historia completamente distinta —dijo Hudson, atrayéndola hacia él y comenzando a quitarle las horquillas del cabello. Ella se dio la vuelta, disfrutando de la intimidad.

—¿En qué sentido?

—Se comportaba como si no tuviera esposa. Estaba muy jovial, coqueteando, jugando a las cartas con otros hombres. Se marchó cuando yo lo hice, aunque supongo que probablemente continuaría en otro lugar.

—Otro establecimiento que seguramente estaría lejos de ser respetable, me imagino.

—Probablemente. Warwick va a hablar con Archibald sobre él y también sobre este Lord Trundelle. ¿Lo conoces?

—Un poco. Es un tipo bastante reclusivo, no suele frecuentar tales eventos, aunque su hermano lo hace a menudo. Me pregunto por qué asistió.

—Una pregunta para la duquesa, supongo. Era una reunión bastante grande, así que quizás la invitación fue enviada a cualquier familia noble que estuviera actualmente en Londres.

—Es probable —dijo ella con un asentimiento.

Hudson la giró hacia él, sus dedos subiendo por debajo de su barbilla, levantando su rostro

para mirarla.

—¿Qué te preocupa?

—¿Cómo sabes que algo me preocupa?

—Puedo sentirlo.

—Es mi madre, y cómo seguir adelante. Qué esperar. Cómo será mi vida. Las mismas preocupaciones... unas que no puedo sacudirme, ya que nada las cambiará.

Hudson extendió la mano y tomó las suyas, entrelazando sus dedos.

—Esto no es un cambio, pero hay algo que deberías saber.

¿Iba a decirle que era hora de que abandonara su casa? ¿Que era imposible tener una vida juntos, estando ella ya casada y siendo él incapaz de abandonar su vida y su práctica? El pensamiento era racional, comprensible, y sin embargo, no estaba segura de poder soportar escuchar esas palabras. Su corazón comenzó a latir con fuerza mientras miraba a sus ojos, sintiéndose algo reconfortada cuando el azul profundo que le devolvía la mirada no parecía excesivamente preocupado.

—Te amo.

Los ojos de María se agrandaron y estaba segura de que su boca se entreabrió ligeramente. —¿Tú... qué?

—Te amo —dijo él encogiéndose de hombros—. Creo que lo he hecho desde que te conocí. Eres la mujer más amable, gentil y maravillosa que he conocido jamás. Si no hubiera permitido que mi orgullo se interpusiera entre nosotros, quizás podría haberte dicho esto antes de que te casaras con el conde. Puede que no hubiera cambiado nada, pero debería haber aprovechado la oportunidad. Sé que ahora probablemente sea demasiado tarde, pero sea cual sea tu decisión para el futuro, María, me gustaría estar ahí contigo. Amándote, apoyándote, cuidándote.

Los ojos de María comenzaron a llenarse de lágrimas, y tuvo que aclarar su garganta al sentirla obstruida por la emoción.

—Oh, Hudson —dijo, inclinándose hacia él—. Yo también te amo. Muchísimo. Es solo que... siento que mereces algo mejor que una mujer que está huyendo de su antigua vida, que no puede ofrecerte su mano en verdad. Te amo y me encantaría formar una familia contigo. Pero... aunque para mí nacerían en el amor y eso ahora es suficiente para mí, sé que juraste nunca tener hijos con una mujer sin la certeza de un matrimonio que los respaldara.

Él inclinó la cabeza por un momento, y ella supo que esta parte no había sido fácil para él, algo que podía comprender de todo corazón.

—Lo sé, María, lo sé —dijo, volviendo a mirarla a los ojos—. Y aunque no estaríamos casados legalmente, yo estaría allí para ellos, criándolos. A sus ojos, seríamos marido y mujer, como lo serían a los míos. Nunca permitiría que mis hijos crecieran sin un padre como lo hice yo, y sería el doble de padre de lo que cualquier otro hombre podría ser para sus hijos. Te lo prometo.

María se lanzó a sus brazos entonces, conociendo la verdad de lo que decía, sintiéndose culpable por no poder darle lo que realmente deseaba pero sabiendo también que no podía despedirse y dejarlo ir. ¿Cómo podría? Si él la amaba lo suficiente como para elegir estar con ella, entonces ella era suya. Por el tiempo que él la quisiera.

Levantó el rostro hacia él y Hudson se inclinó, tomando sus labios con dulzura, suavidad, bebiéndola, diciéndole ahora con su boca como lo había hecho con sus palabras lo que ella significaba para él, lo que podrían ser juntos. Sus manos la rodearon por la espalda mientras las de ella se alzaban para envolver la piel que ahora estaba descubierta alrededor de su cuello, y se apretó contra él, necesitando más.

María apenas podía creer que se hubiera casado con otro hombre, que hubiera tenido que someterse a él cuando el hombre que siempre había deseado, necesitado, amado, estaba aquí con ella ahora, en sus brazos, su tacto tan amoroso como sus palabras.

Lo que, al final, era el voto más importante que jamás podría imaginar.

Se apartó de él el tiempo suficiente para que desabrochara la parte posterior de su vestido, que dejó deslizarse por su cuerpo antes de agacharse y quitarse las botas, seguidas por su ropa interior hasta quedar desnuda ante él. No hace mucho tiempo se habría sentido completamente avergonzada de estar tan absolutamente desnuda frente a él, pero ahora no tenía reparos, pues sabía que Hudson la amaba y la aceptaba, con todo lo que ella era.

Solo que ahora estaba ansiosa porque él estuviera tan expuesto como ella, por sentir su piel presionada contra la suya.

Le quitó las mangas de la chaqueta, y él sonrió, obviamente disfrutando que ella lo desvistiera. María también lo disfrutaba mientras continuaba su búsqueda, deshaciendo primero de su chaleco, seguido por su camisa de lino. Él tuvo que ayudarla con eso, deslizándola sobre su cabeza, porque ella no podía alcanzar lo suficientemente alto.

Cuando quedó desvestido de la cintura para arriba, deslizó su mano por los músculos de su pecho, disfrutando mientras lo hacía, hasta que llegó a la cintura de sus pantalones. Se arrodilló y comenzó a desatarlos lentamente, y luego los fue bajando por sus piernas. Fue entonces cuando él pareció perder el control, mientras la levantaba, se quitaba las botas y el resto de sus pantalones, y la tumbaba en la cama frente a él.

—Tú —dijo, inclinándose sobre ella— eres mía, María. No importa si estabas casada con ese hombre de nombre. Eres mía en cuerpo, en espíritu, en corazón. ¿Entiendes?

—Entiendo —dijo ella, con el corazón latiendo en su pecho. Que él hablara así podría haberla asustado cuando vino a él por primera vez, pero ahora lo conocía tan bien, confiaba en él tan intensamente, que se deleitaba con la posesividad que sentía hacia ella.

—Dilo —ordenó, y sus ojos se agrandaron.

—¿Decir qué?

—Que eres mía.

—Soy tuya —dijo, pero luego no pudo evitar que sus labios se curvaran en una sonrisa—. Y tú eres mío.

Se inclinó sobre ella, sus fuertes brazos enmarcando su cabeza. —Soy tuyo.

Finalmente tomó sus labios, dándole una satisfacción más deliciosa que cualquier bebida de chocolate o trozo de pastel podría ser jamás.

Sus lenguas se enredaron con una ferocidad que ella no había esperado, hasta que María se vio invadida por un impulso de mostrarle exactamente lo que él significaba para ella.

Vio la sorpresa en su rostro cuando se escabulló de debajo de él y presionó su hombro hacia atrás hasta que fue él quien quedó recostado debajo de ella. Sus labios se curvaron en una sonrisa satisfecha, pero ella aún no había terminado. Se inclinó y experimentó besando su cuello, luego continuó hacia abajo por su pecho. Miró hacia arriba para ver si estaba disfrutando de lo que hacía, y cuando descubrió que sus ojos estaban entrecerrados y pesados mientras la miraba, decidió continuar.

María dejó que su lengua viajara sobre los músculos de su estómago, embriagada con el poder que surgía a través de ella mientras colocaba sus manos alrededor de sus caderas. Cuando llegó a su miembro, que se tensaba hacia ella, se inclinó y envolvió sus labios alrededor de la punta, haciendo que Hudson gimiera y envolviera sus manos alrededor de la parte posterior de su cabeza, entrelazando sus dedos en su cabello mientras movía suavemente su cabeza hacia

adelante y hacia atrás mientras ella usaba su lengua como lo había hecho la última vez.

—María —dijo él, con una voz que sonaba dolorida, y ella agarró la base de su miembro con su otra mano mientras continuaba moviendo su boca como si estuviera besando sus labios. Levantó la mirada y se encontró con sus ojos, notando lo fuerte que estaba respirando, hasta que él se inclinó y alcanzó sus dedos por debajo de su barbilla, tirando suavemente de ella hacia él.

—María —dijo de nuevo, pero esta vez con mucha más firmeza—. Ven aquí.

La tumbó en la cama, con anticipación en su sonrisa antes de descender por debajo de su cintura como ella había hecho con él.

Le sonrió de manera depredadora mientras copiaba lo que ella le había hecho, agarrando sus caderas y luego inclinando su cabeza hacia sus muslos, pasando sus dientes por la parte interior mientras se acercaba peligrosamente a ella... un peligro que ella estaba empezando a dar la bienvenida.

—Voy a saborearte —dijo, y un dolor palpitó entre los muslos de María, haciéndose más desesperado cuanto más se acercaba mientras usaba su lengua y sus dientes para acercarse a ella. Finalmente, su lengua alcanzó su centro, y cuando encontró su punto de nervios, ella dejó escapar un gemido, agradecida de que Hudson viviera en un lugar donde no tuviera que preocuparse por los vecinos que escucharan sus gritos.

Su lengua la trabajó de arriba a abajo mientras ella tenía que agarrarse a las sábanas para evitar salir volando de la cama mientras sus caderas comenzaban a mecerse junto con él. María no estaba segura de haber sentido algo mejor en toda su vida... hasta que él se detuvo abruptamente, inclinándose sobre ella, su sonrisa aún evidente.

—¿Qué quieres, María?

—Te quiero a ti.

—¿De qué manera? —preguntó, y ella lo miró, negando con la cabeza, demasiado tímida para decirlo en voz alta.

—Hudson...

—Quiero escuchar las palabras en tu lengua —dijo de nuevo, y ella cerró los ojos, tanto completamente hambrienta de él como completamente mortificada.

—Por favor, Hudson, te quiero... dentro de mí.

Él se sostuvo encima de ella, bajando sus caderas para quedar justo frente a su entrada.

—Lo que la dama quiere, la dama lo obtiene —dijo, empujándose dentro con un solo y firme empuje, y María dejó escapar otro largo gemido ante lo completa que él la hacía sentir. Esta vez no había necesidad de que fuera lento o gentil, y comenzó a balancearse dentro y fuera de ella más rápido, más fuerte, y María envolvió sus piernas alrededor de él, atrayéndolo tan cerca como pudo.

—Hudson —dijo, extendiendo una mano hacia él—. Se siente... increíble.

Él continuó, rompiendo el sudor en su frente mientras empujaba dentro y fuera de ella, los músculos de su estómago ondulando con sus movimientos, y María no creía haber visto algo más glorioso en su vida. Si esto es lo que tenía por delante para el resto de sus años, entonces estaba feliz de hacer lo que fuera necesario para que así fuera.

Se detuvo de repente, su pecho agitado, y salió de ella, haciéndola gritar de consternación.

—Date la vuelta —dijo, y ella se sintió impotente para hacer otra cosa que escuchar sus órdenes, haciendo lo que él decía antes de que la ayudara a ponerse de rodillas.

—Inclina tu pecho hacia abajo, pero mantén tus caderas arriba —ordenó—. Pero María, si esto es demasiado, si quieres que me detenga, solo dilo.

Ella asintió y esperó mientras él se empujaba una vez más y ella jadeó ante la diferencia que

hacía este ángulo. Comenzó a moverse de nuevo, y ella pensó que podría deshacerse en ese mismo momento.

—¿Se siente bien? —preguntó.

—Sí —jadeó, incapaz de decir nada más.

—María... —dijo, su respiración tan desesperada como la de ella—. Me encanta cómo te sientes a mi alrededor. Eres... todo. Eres... perfecta.

Continuó embistiendo con más fuerza, hasta que todos los pensamientos de María huyeron excepto aquellos que incluían a Hudson y su cuerpo, moviéndose dentro y fuera de ella, llevándola a un estado de casi locura.

Justo cuando María no estaba segura de poder soportar más, él salió de ella y la volvió a poner boca arriba.

—Necesito ver tu rostro —dijo, mientras se inclinaba sobre ella y empujaba de nuevo. Bajó su cabeza, besándola, y mientras se movía con su cuerpo y sus labios, María comenzó a deshacerse. Podía sentir la ola construyéndose desde dentro de ella, como había sucedido antes, solo que esta vez era diferente, más dura, más profunda, y entonces Hudson finalmente se detuvo mientras la abrazaba, estremeciéndose con su propio clímax mientras las olas de placer continuaban pulsando a través de María.

Cuando todo se calmó para ambos, Hudson se apoyó en sus puños, mirándola con tal intensidad que no parecía que las palabras fueran suficientes, lo que resolvió inclinándose y tomando sus labios con los suyos una vez más. Ella envolvió sus brazos alrededor de él mientras se decían todo lo que necesitaban con sus besos, sus lenguas, sus labios.

Finalmente, rodó a su lado, aunque mantuvo sus brazos alrededor de ella y la sostuvo cerca.

—Te amo —susurró, besando su sien.

—Yo también te amo.

Y haría cualquier cosa —*cualquier cosa*— para proteger ese amor.

CAPÍTULO 17



Hudson observaba a Maria a la mañana siguiente. Se veía tan pacífica durmiendo en su cama, con sus rizos rubios extendidos alrededor de su cabeza como un halo.

Acababa de responder a un golpe en su puerta, ya convocado para ver a su primer paciente antes de que pudiera despertar lentamente para comenzar su día y su ronda habitual de visitas a domicilio.

Ahora estaba dividido. ¿Debería despertar a Maria e insistir en que lo acompañara, o dejarla dormir? Se preguntaba si su manera de hacer el amor había sido demasiado para ella anoche, aunque por lo que podía decir, ella parecía haberlo disfrutado. Ahora se sentía algo culpable, aunque por la forma en que las comisuras de sus labios estaban ligeramente curvadas hacia arriba, incluso dormida, tenía la sensación de que ella lo había disfrutado tanto como él.

Finalmente, decidió que como solo iba a bajar por la calle, ella estaría bien. Nadie intentaría nada en las primeras horas de la mañana. Dennison era la amenaza que más les preocupaba, y probablemente el hombre recién se estaría acostando en este momento, no despertando para determinar el paradero de su esposa.

Hudson encontró su pluma de ave y tintero, garabateó una nota rápida en un pedazo de papel que dejó junto a la tetera, y luego se escabulló. Debería ser solo una evaluación rápida, y luego estaría de vuelta en casa, de nuevo con Maria.

Cerró la puerta con llave al salir mientras comenzaba a caminar por los adoquines, silbando una melodía. Tenía una práctica que ayudaba a personas de su comunidad y más allá, y una mujer a quien amaba más allá de lo imaginable —una mujer que nunca hubiera imaginado que sentiría algo por él, pero que, inexplicablemente, lo amaba como él a ella.

Cuando llegó a la puerta de los Cooper, apartó estos pensamientos para concentrarse en la tarea que tenía entre manos. Luego, cuando terminara, podría volver a sus ensoñaciones una vez más.

* * *

Maria despertó en una bruma de felicidad.

La sonrisa estaba en su rostro antes incluso de abrir los ojos.

Hudson la amaba. Se lo había dicho, se lo había demostrado y le había prometido estar siempre ahí para ella. Le hacía sentir sensaciones y emociones indescriptibles que ni siquiera sabía que eran posibles. Ahora entendía las pequeñas sonrisas de Juliana cuando hablaba de su

marido y la felicidad que habían encontrado juntos.

Cuando miró y descubrió que el lugar de Hudson en la cama estaba vacío, caminó hasta la habitación principal, esperando encontrarlo sentado allí con dos tazas de té. En cambio, fue recibida con una nota que decía que había salido, pero que la tetera estaba lista para que ella preparara su propio té. Se vistió mientras esperaba que se calentara, agradeciendo que estas prendas le permitieran vestirse sin la ayuda de una doncella, ya que la de Hudson no llegaría hasta dentro de una hora.

Cuando el té estuvo listo, envolvió sus manos alrededor de la calidez de la taza antes de caminar hacia la ventana para mirar el vecindario más allá.

Todavía se estaba acostumbrando al hecho de que esta parte de Londres estuviera tan viva a esta hora del día. En Mayfair, habría sirvientes y comerciantes, pero por lo demás, los residentes preferían dormir hasta una hora mucho más tardía. Aquí, los residentes vivían según la luz del día.

Olfateó el aire, preguntándose si un panadero había cocido demasiado el pan esta mañana, ya que percibía un olor a quemado, pero luego dio un respingo cuando sonó un golpe en la puerta.

Maria frunció el ceño, preguntándose quién podría ser. Lo más probable es que fuera un paciente buscando a Hudson. ¿Debería responder? Dejó su té y decidió que, como asistente del médico, podría tener motivos para estar aquí durante el día. Una pequeña advertencia le tiraba diciendo que podría no ser completamente seguro responder, pero se dijo a sí misma que Lord Dennison nunca vendría tras ella a esta hora de la mañana.

—Señorita, ¿dónde está el médico?

Un niño estaba ante ella, uno que trabajaba por su propio dinero en la calle por su aspecto. Probablemente había sido enviado por un paciente para buscar a Hudson.

—Salió para otra visita, pero espero que regrese pronto —dijo ella—. ¿Por qué no me dices dónde se lo necesita, y me aseguraré de enviarlo en cuanto regrese?

—No es eso —dijo él negando con la cabeza, y ella notó entonces que se balanceaba de un pie a otro con agitación—. Es la casa.

—¿Qué casa?

—Esta casa.

—Me disculpo, pero no estoy segura de lo que quieres decir.

—Hay un incendio atrás —finalmente logró decir, y le tomó a Maria un momento comprender lo que estaba diciendo.

—¿Qué?

—¡Venga, señorita! —dijo, y mientras Maria lo seguía por la puerta, se dio cuenta de que posiblemente estaba caminando hacia una trampa —¿qué probabilidades había de que esto sucediera mientras Hudson estaba fuera?— pero no podía quedarse en una casa que alguien afirmaba que estaba en llamas, ¿verdad?

Sin embargo, al salir por la puerta principal, pudo oler el humo en el aire inmediatamente, y ella y el niño aumentaron su paso mientras él la conducía alrededor de la parte trasera del edificio, donde podía ver humo gris flotando por la calle.

Maria dejó escapar un jadeo cuando vio que las llamas habían consumido un montón de desechos de comida detrás de la casa mientras las llamas lamían el ladrillo a través de una ventana rota —una que ella sabía que conducía al estudio de Hudson.

—¡Oh no! —gritó, mientras ya corría de regreso a la casa. Tenía que regresar e intentar llevarse los instrumentos que pudiera. Sabía lo importantes que eran para él y cuánto le había costado construir su inventario de herramientas. Si las perdía todas, muy bien podría perder su

práctica.

Escuchó al niño gritar detrás de ella: —¡Señorita! —mientras los hombres comenzaban a correr hacia el edificio.

—¡Llamen a los bomberos! —oyó que alguien gritaba detrás de ella, mientras otra voz exclamaba—: ¿A cuál?

Santo cielo, si ni siquiera sabían a quién llamar todavía, el edificio estaba bajo grave amenaza de perderse. La pequeña casa adosada tenía una fachada de ladrillo, pero si el fuego estaba tanto dentro como fuera, era poco probable que todo pudiera salvarse, ¿no es así? Maria nunca había visto un incendio de primera mano, pero había oído lo suficiente sobre incendios devastadores que destruían todo a su paso. Solo podía rezar para que ese no fuera el caso de todo lo que Hudson había construido.

Cómo podría haberse iniciado, se preguntó mientras abría la puerta de la casa. Ni siquiera había entrado al estudio esta mañana y difícilmente podía imaginarse a Hudson dejando una vela encendida dentro. Sin embargo, cuando abrió la puerta y miró hacia la habitación trasera, su corazón saltó a su garganta, porque podía ver que las llamas ya estaban avanzando, habiendo envuelto la habitación. No había forma de que pudiera salvar las herramientas de Hudson, y parecía poco probable que su hogar incluso resistiera el incendio.

Dejó escapar un grito de frustración mientras se giraba para irse, dándose cuenta de que todo lo que podía hacer ahora era salvarse a sí misma. Sin embargo, cuando estaba a punto de dar un paso fuera de la puerta, algo llamó su atención.

Era tan pequeño que apenas lo notó, pero parecía fuera de lugar en medio de las habitaciones bien cuidadas de Hudson.

Se inclinó, recogiendo la pequeña joya, y su respiración se detuvo cuando reconoció el escudo de armas grabado en la piedra roja.

Era el escudo de los Dennison.

Él había estado aquí. Estaba segura de ello, hasta los huesos. Sabía dónde estaba y venía tras ella. Si había pretendido o no que ella quedara atrapada en el incendio, no tenía idea, pero no iba a darle la satisfacción de haberla atrapado.

Cuando atravesó la puerta, vislumbró a Hudson corriendo calle abajo a toda velocidad. Había perdido su gorra en su carrera, y solo podía esperar que su paciente estuviera bien cuando se fue. Levantó sus faldas y comenzó su propia carrera hacia él. Cuando se acercó, él dejó caer su bolso al suelo y extendió los brazos para atraparla.

* * *

HUDSON ACABABA de terminar su consulta cuando la puerta de la casa de los Cooper se abrió de golpe para revelar a una mujer que gritaba que su casa estaba en llamas. Le tomó un momento darse cuenta de lo que estaba diciendo, y cuando lo hizo, su corazón saltó a su garganta.

Maria.

Se había ido sin decir palabra, rezando mientras salía por la puerta para que ella hubiera podido salir a tiempo, o si no, que los bomberos hubieran llegado a tiempo para ayudarla a escapar. Tenían que hacerlo. Porque no podía perderla. No ahora. No así.

Estaba a pocas manzanas y corrió por la calle más rápido de lo que podía recordar haberlo hecho en su vida.

No registró a las personas que gritaban su nombre mientras pasaba, ni el estruendo del carro de bomberos cuando la brigada parecía estar llegando. Cuando comenzó a acercarse a su casa, lo

primero que vio fueron sus vecinos —personas a las que había llegado a conocer como pacientes, como amigos— trabajando diligentemente, pasándose cubos de agua para intentar apagar las llamas. Por el tamaño del fuego que podía ver, dudaba que sus esfuerzos marcaran mucha diferencia, pero lo apreciaba de todos modos.

Entonces, gracias a Dios, la vio.

Emergió del edificio con zarcillos de humo enroscándose detrás de ella, y giró en una dirección y luego en otra hasta que lo vio y comenzó a correr hacia él. Se encontraron en medio de la calle, y él no pudo evitar levantarla en sus brazos, sosteniéndola firmemente contra él mientras esperaba un momento para que el alivio lo invadiera.

—Gracias a Dios que estás a salvo —dijo, inclinándose ahora para echarle un vistazo más de cerca—. ¿No estás herida? ¿No has respirado humo?

—No —negó con la cabeza, con el cabello aún suelto sobre sus hombros, aunque estaba vestida para el día—. Ni siquiera sabía que se había iniciado un incendio hasta que un niño llamó a la puerta. Parecía haber comenzado en el estudio. Intenté sacar todos tus instrumentos, Hudson, pero cuando llegué allí, toda la habitación estaba envuelta en llamas y...

Él levantó un dedo frente a sus labios.

—Maria. No importa lo que hubiera allí. Lo único importante es que estás fuera a salvo.

—Pero todo por lo que trabajaste, todo estaba...

—La mayor parte de lo que trabajé está aquí —dijo, tocando con un dedo el costado de su cabeza—. Los instrumentos pueden reemplazarse. Pero tú no puedes ser reemplazada.

Ahora que su alivio al verla lo había llenado, Hudson comenzó a intentar recordar si había dejado algo encendido en la habitación. Ciertamente no podía recordar haberlo hecho, aunque ¿cómo más podría comenzar tal incendio?

Maria retorcía sus manos nerviosamente, y él la alejó del edificio mientras observaba a la brigada de bomberos trabajar. Se alegró de haber pagado por un seguro, aunque era obvio que mucho se perdería. El seguro cubriría la estructura, aunque Maria tenía razón en una cosa: había perdido todo lo que había dentro. Simplemente tendría que reconstruirlo, supuso.

—Me pregunto si esto es una señal —reflexionó en voz alta.

—¿Una señal? —preguntó Maria, volviéndose hacia él.

—De que deberíamos irnos. Encontrar otro lugar donde vivir, donde nadie sepa quiénes somos. Podríamos empezar de nuevo. Puedo comenzar mi práctica una vez más.

La melancolía se instaló en él mientras lo decía, y no estaba seguro de por qué, hasta que notó a las personas que habían comenzado a reunirse a su alrededor.

Smith se le acercó primero, poniendo una mano sobre su hombro.

—Lo siento —fue todo lo que dijo, mientras la señora Smith se acercaba para hablar con Maria.

Toda la gente estaba fuera ahora: los Bloomsbury, los Cooper, todos a quienes había llegado a conocer y amar. Esto es lo que significaba ser parte de una comunidad, un vecindario, una familia.

—No sé, Hudson —murmuró Maria mientras miraba alrededor—. La gente de aquí te quiere. Eres uno de ellos. Te necesitan.

Él se volvió hacia ella ahora, colocando un brazo a su alrededor mientras la acercaba—. Yo te necesito más a ti.

Ella asintió ligeramente, pero parecía preocupada, y él podía imaginar por qué. Había dejado una situación terrible en la que estaba amenazada solo para que la casa en la que había comenzado a vivir fuera reducida a cenizas, porque tenía el presentimiento de que eso era lo que

iba a suceder. Al menos parecía que las casas y negocios cercanos no sufrirían el mismo destino. Se sentiría siempre responsable si algo les pasara a sus vecinos y amigos.

Ahora que los bomberos habían llegado con su bomba, los hombres del vecindario habían detenido sus intentos de apagar el fuego. En cambio, todos estaban parados junto a él en solidaridad.

Y mientras sostenía a Maria cerca de él, se preguntó qué harían a continuación.

CAPÍTULO 18



Maria permanecía inmóvil junto a Hudson mientras observaban cómo ardía su casa. Dado que las paredes eran de ladrillo, parecía que en realidad habían logrado salvar gran parte del exterior, pero solo podía imaginar cómo se vería por dentro.

Estaba jugueteando con el anillo en su bolsillo, preguntándose qué debía hacer con él y con la información que proporcionaba, cuando sintió un tirón en su vestido, del lado opuesto a Hudson. Miró hacia él, pero estaba ocupado hablando con el señor Smith y no lo notó.

—¿Sí? —dijo, volviéndose hacia el muchacho, uno diferente al que había llamado a su puerta.

—Me pidieron que le diera esto —dijo, entregándole un pequeño trozo de papel, que parecía de bastante buena calidad, y ella lo tomó con cierta consternación. Permaneció de lado mientras lo leía, sintiendo que el corazón le saltaba a la garganta.

—¿Qué ocurre?

Se dio la vuelta para encontrar a Hudson mirándola con preocupación. ¿Cómo siempre parecía saber cuándo algo andaba mal?

—Nada —logró decir—. Es solo que es terrible que hayas perdido tanto.

—Ya te lo dije. Podría haber sido mucho peor —dijo, apretándole la mano mientras le sonreía, aunque ella sabía que la expresión era bastante forzada, lo cual tenía sentido después de todo lo ocurrido.

Se mordió el labio mientras las palabras del papel danzaban en su mente.

Puedes huir todo lo que quieras, esposa, pero te encontraré. El médico escapó de la morgue esta vez, pero pronto estará allí... y reclamaré lo que es mío.

Maria tragó con dificultad mientras parpadeaba para contener las lágrimas. Había estado tan asustada por su propia vida que nunca se había detenido a considerar lo que protegerla podría significar para Hudson. Él no estaba desconsolado por la destrucción de su casa, lo cual ella entendía, pero ¿y si hubiera sido su vida? ¿Y si lo hubieran matado en un incendio porque la había acogido, la había amado, la había protegido? Le había prometido que haría cualquier cosa para protegerla, y aunque ella no había usado esas palabras, ciertamente haría lo mismo por él. Nunca podría perdonarse si resultara herido, o algo peor, por su culpa.

Pero ¿qué significaba eso para ellos ahora? Miró su hermoso perfil mientras contemplaba el edificio que había sido tanto su hogar como su negocio. Pensó en su madre, que había dedicado toda su vida a asegurarse de que Hudson pudiera construir una vida digna de lo que ella había deseado para él, para el hijo de un duque, por bastardo que fuera.

¿Podía pedirle que dejara todo atrás? ¿O tendría que tomar la impensable decisión de marcharse sola, si eso significaba que él viviría la vida que debía mientras permanecía a salvo? El pensamiento casi la desgarró en dos, pero antes de que pudiera reflexionar más, una voz, alta e insistente, rasgó el aire y la arrancó de sus inquietantes pensamientos.

—¡Hudson!

Se volvieron al unísono para ver a la madre de Hudson corriendo calle abajo.

—Oh, cielos —murmuró Hudson—. Prepárate.

—¡Hudson! —gritó de nuevo, y esta vez Maria no pasó por alto al hombre que la acompañaba, haciendo lo posible por mantener el ritmo aunque claramente estaba esforzándose, siendo bastante corpulento, aunque su esfuerzo era valiente. Finalmente llegó hasta ellos, extendiendo las manos para acunar las mejillas de Hudson—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? Oh, tu casa. Todo por lo que trabajaste tan duro. ¡En llamas! Apenas podía creerlo cuando lo oí. No lo creí, en realidad. Tuve que venir a verlo por mí misma. Acabábamos de regresar y entonces escuché gritos por las calles de que la casa del médico estaba en llamas, que todos debían vigilar sus propias casas. Qué *devastador*.

—Madre —logró decir Hudson cuando ella hizo una pausa para tomar aire—. Estoy bien. La casa necesitará considerables reparaciones, es cierto, pero nadie resultó herido y el fuego no se propagará.

—Pero ¿cómo ocurrió esto? —preguntó su madre, desviando la mirada hacia Maria, y ella no pudo evitar sentirse algo molesta por la acusación en su mirada.

—Aún no lo sabemos —dijo Hudson—. Estoy seguro de que lo descubriremos en los próximos días. El fuego comenzó detrás de la casa y en mi estudio.

—¿Donde guardabas todo? —dijo su madre, y a Maria le pareció que estaba a punto de llorar.

—Sí —dijo con calma—. Pero todo puede reemplazarse. Yo estaba atendiendo una visita, y Maria logró salir a tiempo.

Su madre se volvió hacia ella ahora, fijando toda su atención en ella.

—¿Encendiste una vela allí?

La boca de Maria se abrió mientras sacudía la cabeza.

—No, no había entrado en la habitación antes del incendio. Yo...

Estaba a punto de decir que acababa de despertar, pero no estaba segura de lo que la madre de Hudson pensaría de sus continuos arreglos de convivencia.

—Maria no tuvo nada que ver con el incendio, madre —dijo Hudson, con un poco más de impaciencia ahora—. ¿Por qué no permitimos que la brigada de bomberos continúe su trabajo? ¿Te importa si vamos a tu casa, madre? Difundiré la noticia de que se me puede encontrar allí si alguien me necesita.

—Por supuesto —dijo ella, ligeramente apaciguada ahora. Hudson finalmente notó al hombre que estaba junto a su madre. Habiendo recuperado finalmente el aliento, asintió a Hudson.

—Aún no nos hemos conocido —dijo, extendiendo una mano—. Soy Sir Willoughby.

—¿Sir Willoughby? —dijo Hudson, levantando la mirada mientras tomaba la mano del hombre—. Es... un placer conocerlo.

Maria podía ver la pregunta en su mirada, pero no dijo nada mientras los cuatro comenzaban el corto camino hacia la casa de su madre después de que Hudson recuperara su bolsa de donde la había dejado. Parecía extraño caminar sin ninguna de sus posesiones, pero entonces, nada dentro de la casa de Hudson era realmente suyo, ¿verdad? Preguntó por su calesa, pero él le dijo

que los establos estaban tan cerca de la casa de su madre como de la suya.

—Dime, Maria —dijo la madre de Hudson mientras caminaban—, ¿qué estás haciendo con mi hijo?

Maria se aclaró la garganta, mirando a Hudson, quien asintió hacia ella.

—Bueno, usted sabe que escapé de una... situación.

—Lo sé.

—Estaba herida.

—¿Estás bien ahora?

—Lo estoy, gracias —dijo Maria con una pequeña sonrisa. Por intimidada que estuviera por la madre de Hudson, tenía la sensación de que bajo su brusquedad, la mujer realmente estaba tratando de proteger a su hijo—. El Dr. Lewis ha sido muy generoso con su tiempo para asegurarse de que esté bien.

—Estoy segura de que lo ha sido —dijo su madre con una mirada hacia su hijo—. ¿Y ahora qué harás?

—Madre —intervino Hudson—, ahora no es el momento para esta conversación.

—¿No lo es? —preguntó, levantando una ceja mientras colocaba sus manos en sus caderas —. Maria va a quedarse en mi casa. Debería saber en qué calidad debo recibirla.

—La amo —dijo Hudson en voz baja—. Eso es todo lo que necesitas saber por ahora. La situación es complicada, pero determinaremos un camino a seguir juntos.

—Ya veo —dijo su madre, y aunque obviamente no veía nada en absoluto, debió haber percibido el desinterés de Hudson en seguir hablando del tema, por lo cual Maria estaba agradecida.

Aunque la conversación había sido incómoda, quizás era necesaria, pues le recordó a Maria la verdad.

No tenían un camino fácil por delante aquí en Holborn, donde todos los conocían. No podían casarse y no podían construir una vida juntos viviendo en pecado. Incluso su madre probablemente no lo aceptaría, ciertamente no para siempre.

Maria iba a tener que tomar una decisión. Y tendría que tomarla pronto, pues ya estaban demasiado involucrados.

* * *

HUDSON SE SORPRENDIÓ al encontrar la casa de su madre vacía cuando regresó después de sus rondas, y se sentó en el sofá con un suspiro. Qué día había sido. Mientras se había ocupado de tratar de hacerse cómodo junto con Maria en la pequeña casa de su madre, todavía se había asegurado de completar sus visitas y atender a todos los que acudieron en busca de su ayuda; no había tardado mucho para que nadie lo localizara. Las noticias se propagaban rápido en este vecindario.

La generosidad también se extendía rápidamente. En poco tiempo, la casa de su madre se llenó de más comida de la que podrían comer antes de que comenzara a pudrirse, mientras todos intentaban ayudar al médico de alguna manera.

Solo había vivido aquí unos pocos años y ya, difícilmente podía imaginar dejar este vecindario y las personas que lo habitaban.

Su madre, afortunadamente, tenía una habitación extra, donde Hudson había insistido en que Maria se quedara. Suponía que ahora estaba dormida después del calvario de esta mañana. Su madre estaba cenando en casa de Sir Willoughby. Le había pedido que se quedara y cuidara de

Maria hasta que terminara sus visitas, pero ella le dijo que se marcharía poco antes de que él llegara a casa, así que Maria solo estaría sola por un corto tiempo. Hudson había atendido a sus pacientes solo, sin querer pedirle a Maria que lo acompañara cuando ya había tenido suficiente conmoción en un día. Estaba preocupado por la expresión abatida y angustiada en su rostro y decidió que lo último que necesitaba era añadir pacientes enfermos y alterados a su lista de problemas.

Sin embargo, después de terminar su bebida, descubrió que la necesitaba, anhelaba su presencia. Incluso si estaba dormida, decidió, su madre no estaba en casa, así que ¿por qué no podía entrar en su dormitorio y acostarse junto a ella? Solo un pequeño contacto con ella era suficiente para mantenerlo satisfecho, al menos por ahora.

Empujó la puerta del dormitorio, con una sonrisa en los labios, porque a pesar de que había perdido gran parte de lo que había construido hoy, tenía a Maria, y eso era lo que realmente importaba. El resto podría restaurarse.

Pero la sonrisa desapareció cuando encontró la cama vacía. Había una ligera hendidura en las mantas que cubrían el colchón, indicándole que ella había estado acostada en algún momento, pero por lo demás la habitación estaba desierta, con solo un indicio de su aroma flotando en el aire.

Su corazón comenzó a latir aceleradamente en pánico, ya que su primer pensamiento fue que la habían llevado contra su voluntad, pero la puerta estaba cerrada con llave cuando llegó, y no había señal de lucha o entrada forzada. Quizás había ido al mercado, razonó. Aunque, como siempre se negaba a aceptar cualquier pago, tenía muy poco dinero, a menos que su madre hubiera dejado algo para ella.

Su madre. Iría a preguntarle si sabía de algo extraño. Tal vez Maria la había acompañado a casa de Sir Willoughby. No estaba del todo seguro de dónde vivía el hombre, pero salió de su casa, preguntando a algunos vecinos hasta que le dieron una respuesta. No estaba lejos, cerca de Leicester Square, y llamó fuertemente a la puerta, sabiendo que probablemente estaba siendo grosero pero demasiado desesperado por respuestas para preocuparse.

Un sirviente abrió la puerta y Hudson hizo su petición de ver a su madre tan calmadamente como pudo. Su madre apareció en el vestíbulo, vestida mucho más elegante de lo que jamás la había visto. Hudson se sobresaltó ligeramente, sabiendo que obviamente estaba sucediendo mucho más aquí de lo que había imaginado, pero ahora no era el momento para preguntas sobre su relación con Sir Willoughby.

—¿Hudson? ¿Qué ocurre?

—Madre, ¿dónde está Maria?

Su madre frunció el ceño.

—En mi casa, donde la dejé hace poco.

—No está allí.

—¿Qué quieres decir?

—Se ha ido —dijo Hudson, tratando de mantener un tono uniforme, aunque no podía evitar el pánico desesperado que lo llenaba—. Regresé de mi visita, y no estaba allí. No hay señal de ella excepto una hendidura en la cama. ¿Te dijo algo sobre adónde iba?

—Nada —dijo su madre, sacudiendo la cabeza, su frente ahora arrugada de preocupación—. Hudson.

Él ya se estaba volviendo hacia la puerta, tratando de decidir dónde buscar a continuación, pero se detuvo para escuchar a su madre.

—¿Sí?

—¿Crees que quizás... pensó que era mejor irse?

—¿Qué quieres decir?

—Conozco parte de su historia y podría haber comprendido que al quedarse solo estaba empeorando una situación ya de por sí complicada.

Hudson soltó el picaporte para volverse hacia su madre, caminando más cerca de ella.

—La amo, y ella me ama. Estamos construyendo una vida juntos, y eso es todo lo que importa. Nada más.

—Pero si esa vida que quieres construir está en peligro, como pareció hoy...

Toda la sangre abandonó el rostro de Hudson mientras llevaba una mano a su cabeza. Aunque quería decirle a su madre que estaba equivocada, que nunca sería el caso, que podrían resistir todo lo que viniera contra ellos, contra él, lo que ella dijo tenía cierto sentido.

¿Y si Maria se había preocupado de que el incendio fuera por su culpa y había decidido que su única opción era irse? Pero ¿adónde iría? ¿Qué haría? ¿Y podría estar en peligro de que Dennison la encontrara?

—Tengo que irme, madre —dijo, y ella abrió la boca, pero él negó con la cabeza—. Disfruta tu cena. Volveré a tu casa para contarte lo que está pasando.

Finalmente asintió, y antes de que pudiera irse, ella se inclinó impulsivamente y le dio un beso en la mejilla.

—Solo quiero lo mejor para ti, hijo —dijo con fiereza—. Siempre ha sido así.

—Lo sé, madre —dijo él—. Y lo has hecho toda tu vida. Pero ahora es tiempo de que yo decida qué es lo mejor para mí, mientras tú vives la vida que mereces. ¿Entiendes?

Ella asintió.

—Entiendo.

—Buenas noches, entonces.

Y con eso, salió por la puerta, dispuesto a encontrar a la mujer que amaba. Para empezar, iba a necesitar algo de ayuda.

CAPÍTULO 19



Sumado al resto de sus pecados, ahora María era una ladrona.

Había encontrado algunas monedas sueltas en la casa de la madre de Hudson y las había cogido, aunque había dejado una nota en su lugar, prometiendo que cuando pudiera ganar dinero propio, lo devolvería.

Cómo lo haría, no tenía ni idea, pero supuso que ese era un problema para otro día. Por hoy, solo tenía que escapar. Cuanto más lejos estuviese de Hudson, más seguro estaría él.

Aunque había dejado su corazón con él.

Pensó en acudir a Juliana, pues sabía que la ayudaría, pero también sabía que Juliana intentaría convencerla de quedarse —y probablemente lo conseguiría. Lo que solo llevaría a un mayor sufrimiento más adelante, tanto para María como para Hudson.

Cuando pensó en a quién más podría recurrir, quién guardaría su secreto y la ayudaría, solo una persona le vino a la mente: Lady Winchester.

Usó sus monedas robadas para contratar un coche de alquiler que la llevara a Mayfair, y una vez allí utilizó el resto para pagarle a un muchacho que fuera a la entrada de servicio y llevara su nota a la doncella de Lady Winchester. Tuvo que esperar bastante tiempo fuera de la verja de hierro que separaba la grandiosa mansión del duque del resto de Londres, pero al poco tiempo, Lady Winchester apareció.

María salió de las sombras para hacerle señas, y Lady Winchester se acercó tranquilamente y tomó asiento en el banco junto a ella, como había hecho hacía poco tiempo en otra dirección de Mayfair.

—Creí haberte dicho que no quería verte de nuevo, y sin embargo, aquí estamos otra vez —comenzó Lady Winchester, aunque sus palabras fueron dichas con amabilidad.

—Así fue, y tenía usted razón —dijo María, apretando sus faldas entre las manos, consciente de que esta era la única ropa que le quedaba a su nombre, y hasta esta había sido un regalo—. Permanecer con Hudson... es decir, el Dr. Lewis, solo lo ha puesto a él también en peligro.

—Estás demasiado cerca —dijo Lady Winchester, frunciendo los labios y sacudiendo la cabeza—. Necesitas poner suficiente distancia entre tú y Lord Dennison para que ya no se esfuerce en encontrarte. Tiene ojos por todo Londres, y saber que estás aquí, con otro hombre nada menos, es como agitar una bandera frente a un toro.

—Lo sé —dijo María, bajando la cabeza—. Fui demasiado cobarde, demasiado egoísta para irme. Pero he aprendido la lección, y me iré antes de que sea demasiado tarde.

—Necesitas dinero, ¿no es así?

María asintió con gravedad, secándose la lágrima que comenzaba a deslizarse de uno de sus ojos. —Odio pedírselo, Lady Winchester, de verdad, pero no sabía a quién más acudir. Se lo devolveré en cuanto pueda ganar algo por mi cuenta. Se lo prometo.

—No es necesario —dijo Lady Winchester, sacudiendo la cabeza de nuevo con decisión—. Cuando recibí tu nota, me lo imaginé, y he traído lo que pude. Desafortunadamente, no tengo acceso a la fortuna de mi nieto, pero esto debería ser suficiente para llevarte a donde necesites ir. Y toma esto.

Le tendió un broche de zafiro que brillaba a la luz, y María ya estaba negando con la cabeza antes de poder mirarlo más de cerca.

—No podría aceptarlo, Lady Winchester, aunque agradezco muchísimo la oferta.

—Tonterías. Tengo tantas baratijas que apenas uso. Nadie lo echará de menos, y mis nietas tendrán más que suficiente con lo que les quedará. Tómalo, y cuando puedas venderlo, asegúrate de recibir su valor, ¿entiendes?

—Lo entiendo —dijo María mientras las lágrimas comenzaban a caer tanto por la generosidad de la mujer como por su propio dolor al dejar a Hudson atrás.

—No me gusta la idea de que estés ahí fuera completamente sola —dijo Lady Winchester, sacudiendo brevemente la cabeza—. ¿Le has pedido que te acompañe?

—¿Quién, el Dr. Lewis? —preguntó María, con los ojos muy abiertos.

—Por supuesto.

—No —María negó con la cabeza—. No podría pedirle que viniera conmigo. Su vida está aquí. Su profesión. Su madre.

—¿No debería ser su elección?

—Si le diera a elegir, se sentiría obligado a venir conmigo, cuando eso no sería lo que él querría. No puedo ponerlo en esa situación.

—Muy bien —dijo Lady Winchester con un suspiro—. Lamento que estés en este aprieto. Espero que puedas encontrar la felicidad en otro lugar.

—Gracias —dijo María—. Muchas gracias, Lady Winchester. Por todo. Si llega a ver al Dr. Lewis... ¿puede decirle que hice esto *porque* lo amo?

—Esperaría que él pudiera deducirlo por sí mismo.

María logró esbozar una sonrisa acuosa y un gesto de asentimiento antes de levantarse, recoger sus faldas y dirigirse a buscar otro coche de alquiler. Tenía un nuevo destino, e iba a tener que darse prisa.

* * *

—¿QUÉ quieres decir con que se ha *ido*?

Juliana miró a Hudson sorprendida, pareciendo bastante aterradora con el destello en sus ojos mientras lo fulminaba con la mirada, haciéndole sentir que él era el responsable de la desaparición de María. Lo cual, en cierto sentido, suponía que era cierto, pues no había cumplido su promesa: mantenerla a salvo, proporcionarle todos los motivos para confiar en él con cualquier cosa que la amenazara. Ante la ira de Juliana, uno de sus gatos se acercó a él con ojos igualmente brillantes, y dio un paso atrás hasta que Juliana lo detuvo.

—Estaba atendiendo una consulta, y cuando regresé a casa de mi madre, se había marchado.

—¿Dónde estaba tu madre?

—En una cena.

—¿Dejaste a María sola?

—Juliana, había pasado por una dura experiencia. No me pareció adecuado arrastrarla por Londres para ver pacientes, y pensé que estaría segura en casa de mi madre. De hecho, estoy *seguro* de que estaba a salvo allí, pero por alguna razón, decidió irse por su propia voluntad.

—No lo entiendo.

—Solo necesito saber si vino aquí contigo.

—No, no vino. Por supuesto que te lo habría dicho si lo hubiera hecho.

Hudson se estaba pasando las manos por el pelo justo cuando la puerta se abrió revelando a Archibald.

—Lewis —dijo con un asentimiento mientras los perros saltaban sobre él en un saludo excitado—. Te estaba buscando.

—¿Por qué? ¿Has visto a María?

—¿María? No. Es sobre tu casa. Después de que se fue la brigada de bomberos, echamos un vistazo nosotros mismos y pronto nos dimos cuenta de que el incendio fue provocado deliberadamente. Estoy seguro de que la brigada determinará lo mismo.

Hudson se hundió en una silla. ¿Alguien estaba intentando acabar con María? ¿Podría esto estar relacionado con Dennison? ¿Y podría todo haber sido una manera de forzarla a salir de la casa para poder acceder a ella en otro lugar?

—¿Qué es esto sobre Lady María? —preguntó ahora Archibald, cruzando los brazos sobre el pecho mientras miraba de uno a otro.

—Hudson la perdió —dijo Juliana sin ayudar mucho, y Hudson bajó las manos para mirarla con enojo. Le caía bien su media hermana, pero en momentos como este, podía ser un poco irritante ya que no parecía entender el tacto necesario.

—No es un perro, Juliana. Creo que se fue por voluntad propia.

Archibald asintió con conocimiento. —Quizás de alguna manera determinó que ella era la causa del incendio. Probablemente se marchó para mantenerte a salvo.

—¿Mantenerme a *mí* a salvo? —dijo con incredulidad—. ¡Eso es lo que yo estaba tratando de hacer por ella!

—Todavía es posible que una mujer cuide de un hombre a su manera —dijo Juliana con un ligero giro de ojos.

—Lo sé, Juliana, lo sé, es solo que... ¿por qué no me lo dijo?

—¿La habrías detenido? —preguntó Juliana.

—Por supuesto que lo habría hecho.

—Entonces por eso no lo hizo. Probablemente por la misma razón por la que no vino aquí a pedirme ayuda.

—Necesitamos encontrarla antes que Dennison —dijo Hudson, poniéndose de pie y comenzando a caminar de un lado a otro por la pequeña habitación.

—¿Crees que él sabe que se ha ido? —preguntó Juliana, y Archibald intervino.

—Es una posibilidad. Si sabía dónde estaba, lo cual parece que así era, entonces es probable que tuviera a un hombre vigilándola. Puede que aún no haya recibido la noticia, pero podría hacerlo pronto. Estoy de acuerdo en que debemos darnos prisa.

A Hudson no le gustaba cómo sonaba eso.

—Necesitamos ayuda —dijo, y Archibald asintió.

—Puedo pedir a mis hombres que estén atentos.

—Y deberíamos ir a ver a Giles —dijo Juliana, aunque no había terminado de hablar cuando Hudson ya estaba negando con la cabeza.

—No es necesario que él se involucre.

—Sí lo es. Él querría hacerlo. También Emma y Prudence. Iré a contarles lo que está sucediendo.

—No —dijo Archibald rápidamente—. Si todavía existe una posible amenaza para María o para la familia, no deberías andar vagando sola. Demonios, Dennison podría ser el responsable de todo, según lo que Lewis y el duque escucharon.

—Hablando de eso, ¿descubriste algo? —preguntó Hudson. Resolvería muchos de sus problemas si Dennison fuera enviado a la horca, aunque no era un resultado probable para un noble de alto rango.

—Ahora no es momento para detalles completos, pero sí, parece que Dennison y Trundelle le deben una gran cantidad de dinero al antiguo duque. De alguna manera los pagarés se han perdido, pero el duque está averiguando qué ha sido de ellos. Por ahora, sin embargo, necesitamos encontrar a María. Convocaré a mis hombres y haré que uno de ellos envíe una nota a Warwick House. Deberíamos reunirnos aquí para no levantar sospechas en Mayfair.

—Muy bien —dijo Hudson—. ¿Qué debo hacer mientras tanto?

—Esperar.

—¿Esperar? —exclamó—. De ninguna manera.

—Mejor que andar corriendo por Londres y que tengamos que encontrarte a ti también —dijo Archibald—. No tardaré mucho. Entonces formularemos un plan que nos permitirá encontrarla rápidamente. Supongo que no tiene mucho dinero para gastar, así que no puede haber ido muy lejos. Si está planeando salir de Londres, entonces alguien debe haberla ayudado. Una vez que determinemos quién es esa persona, podremos reducir las posibilidades.

Se marchó entonces, y Hudson miró a Juliana en una especie de súplica. Ella pareció entender lo que estaba sintiendo, pues se acercó a él y le puso una mano en el brazo.

—Todo saldrá bien.

—¿Pero será así?

—Supongo que no puedo afirmarlo con seguridad. Pero todos estamos contigo en esto, y juntos la encontraremos. Lo presiento.

—¿Y si... —no había querido expresar el pensamiento en voz alta, pero sentía que Juliana lo entendería—. ¿Y si ella no quiere volver conmigo? ¿Y si estaba huyendo no solo de Dennison, sino también de mí? Pensé que era feliz conmigo, pero quizás la presioné demasiado, fui demasiado dominante para ella, le pedí demasiado.

—¿Es eso lo que realmente piensas? —preguntó Juliana, mirándolo a los ojos, y él suspiró.

—Es lo que temo.

—No dejes que tus miedos te dominen. Pregúntate en cambio qué crees que es la verdad, en lo más profundo. Confía en tu instinto, no en lo que te asusta. Escucha esa voz en su lugar.

Él asintió, cerrando los ojos mientras intentaba decidir qué estaría sintiendo María. Por lo que sabía, ella lo amaba tanto como él a ella.

—¿Ya lo has descubierto? —preguntó Juliana cuando abrió los ojos.

—Debe haberse ido porque pensó que sería lo mejor para mí —dijo—. Estaba equivocada, por supuesto.

—Por supuesto —coincidió Juliana—. Ahora tienes que encontrarla y convencerla de ese hecho.

Si solo fuera tan fácil como ella lo hacía parecer.

CAPÍTULO 20



Para cuando Maria llegó a los muelles, comenzaba a desesperarse. Era consciente de que hacía tiempo que había pasado la hora de la cena, y estaba hambrienta. De hecho, también se sentía un poco mareada, aunque no estaba completamente segura de por qué.

Una sensación de inquietud se apoderó de ella, y miró por encima de su hombro, sabiendo que sus sospechas provenían de preguntarse si había tomado la decisión correcta. Parecía que debía hacer todo lo posible para mantener a Hudson a salvo, y sin embargo, irse a cualquier parte sin él se sentía tan incorrecto. ¿Cuál había sido el propósito de todo? De quedarse con él, de trabajar para él, de enamorarse de él. Porque aquí estaba, exactamente donde había comenzado, solo que esta vez, su corazón se estaba rompiendo.

Descendió del coche de alquiler manteniendo la cabeza baja mientras intentaba determinar adónde ir. Ciertamente nunca le habían enseñado en su educación cómo conseguir pasaje en un barco. Buscó mujeres a quienes preguntar, aunque la mayoría la miraba con suspicacia. Cuando se acercaba a alguna, nadie parecía tener una respuesta para ella, y luego, antes de que pudiera preguntar a la siguiente, de repente se sintió abrumada por todo lo que había sucedido, y se encontró inclinándose sobre la barandilla para vomitar en el Támesis a sus pies.

Cuando se incorporó, vio que estaba recibiendo bastantes miradas, ya que la oscuridad comenzaba a extenderse por el horizonte. Ciertamente no encontraría camarotes disponibles hoy, y además, de todos modos no tenía idea de adónde iba.

Lo mejor sería usar algunas de sus preciadas monedas para encontrar un lugar donde dormir por la noche, consideró. Tendría que encontrar una posada, aunque no tenía idea de cómo encontrar una de buena reputación. Comenzó a caminar por Thames Street, buscando algún indicio que le dijera qué posada podría potencialmente confiar.

Finalmente encontró una que parecía ser una posada de coches, y siguió a una familia al interior. Cuando habló con el propietario, este la miró con suspicacia, pero le permitió pagar por una habitación, con la promesa de que no habría "visitas".

Ella aceptó fácilmente, pues ¿a quién querría en una habitación con ella que no fuera Hudson? Le dijo que la cena estaba disponible primero, señalando la taberna más allá, y ella asintió con desánimo mientras daba pasos vacilantes hacia el interior y tomaba asiento en una mesa, sola.

Maria miró con tristeza alrededor de la taberna de la posada. Cuán bajo podía caer una persona en tan poco tiempo, pensó mientras observaba las mesas marcadas, la bebida que fluía libremente, y las comidas apenas comestibles que colocaban frente a las personas a su alrededor.

Supuso que eso era lo que le pondrían delante en breve.

¿De verdad hacía solo unas semanas que había estado viviendo una vida de lujo por la que casi cualquier mujer en Inglaterra habría dado todo lo que tenía? Luego había caído tan bajo que se había casado con un marido del que tuvo que huir antes de que le causara una vida de dolor o algo peor, solo para entrar en los brazos de un hombre que la llevó a alturas de amor y placer que nunca supo que existían.

Y ahora aquí estaba - sola, con apenas un centavo a su nombre, insegura de su futuro y sin el hombre que amaba.

Una mujer se acercó y empujó un plato bajo la nariz de Maria, sacándola de sus pensamientos. Bajó la mirada hacia las manchas blancas que parecían ser posiblemente patatas, y la carne que no habría podido identificar ni aunque lo intentara. Pensó que los pequeños círculos marrones nadando en crema podrían ser guisantes, pero era difícil distinguirlos.

Entonces el aroma llegó a su nariz y se giró hacia un lado mientras se atragantaba, casi perdiendo todo el contenido que quedaba en su estómago.

—¿Vas a vomitar?

Maria levantó la vista para ver a una mujer de una mesa vecina mirándola con cierta simpatía. Tomó una respiración profunda —lejos del aroma de la comida— y su estómago se calmó un poco.

—Creo que estaré bien.

—Bien. ¿Estás cargando o algo así?

—¿Cargando? —preguntó Maria, arrugando la nariz.

—Embarazada, cariño.

El hombre frente a la mujer, que parecía ser su marido, negó con la cabeza a su esposa.

—Tal vez no quiera compartir sus asuntos contigo, Maybelle.

Maybelle resopló.

—Es una mujer que necesita ayuda, ¿verdad, querida?

—Estoy bien —dijo, aunque sonrió agradecida a la mujer, apreciando su preocupación—. Simplemente estoy cansada, y creo que podría irme a la cama.

—Ah, el agotamiento está comenzando, ¿no es así? —preguntó la mujer con conocimiento, levantando una ceja. Maria no estaba muy segura de cómo responder. La verdad era que su mente daba vueltas con pensamientos. ¿Embarazada? Sabía que era solo una posibilidad y que aún no podía ser la causa de su malestar, pero como Hudson había dicho, existía esa probabilidad. ¿Cómo podía huir cuando podría tener a su hijo en su vientre? Iría en contra de todo lo que él había deseado para su vida, y ella ni siquiera sabía cómo iba a cuidar de sí misma, y menos aún de un bebé.

—Es mejor que intentes comer algo —dijo la mujer amablemente—. Un estómago vacío solo será peor más tarde.

Maria asintió mecánicamente, sin deseos de explicar la situación, y tomó la cuchara junto al plato, moviendo la comida mientras trataba de no volver a atragantarse. No creía que pudiera soportar la carne, pero logró comer algunas patatas y guisantes.

Cuando pensó que sus ojos probablemente se cerrarían mientras estaba sentada en la silla, pagó por su comida y subió las escaleras, manteniendo su capucha levantada y mirando de un lado a otro mientras avanzaba. Estaba huyendo, actuando como una fugitiva.

Lo cual, supuso, en cierto modo era.

Llegó a su habitación, examinándola críticamente pero diciéndose a sí misma que era una cama, así que tendría que servir. Si estaba limpia o no, no tenía idea, así que se quitó la capa y la

extendió sobre el colchón y la manta antes de tomar la pequeña silla de madera del lado de la habitación y colocarla bajo la puerta para tratar de evitar que alguien entrara. Guardó el anillo y el broche —que había pensado empeñar cuando llegara a su próximo destino, ya que parecería demasiado sospechoso en Londres— y los metió debajo de la almohada.

Si los usaría o no, o si debería regresar con Hudson con la posibilidad de estar llevando a su bebé, no tenía idea.

Luego cayó en un sueño agitado, la incertidumbre impidiéndole un sueño verdaderamente profundo.

* * *

—OIGO que has perdido a Lady Maria.

Hudson miró a su medio hermano con una mirada mientras el duque atravesaba la puerta principal de Archibald. Y él que pensaba que estaban encontrando un terreno común una vez más.

—Está bromeando —dijo Juliana, acercándose a su hermano para darle un manotazo en el brazo antes de continuar hacia su pequeña área de cocina, donde comenzó a preparar bebidas para todos ellos. Detrás del duque venía también su esposa, así como su otra hermana, Lady Prudence, aunque esta vez Lady Winchester no se encontraba entre ellos.

En cambio, cerrando la marcha estaba Archibald.

La colección de animales de Juliana los recibió a todos con entusiasmo, el perro grande y peludo que llamaba Max saltaba sobre Archibald con alegría al verlo nuevamente.

—Estamos aquí para formular un plan —dijo Archibald mientras todos se reunían en la habitación como lo habían hecho anteriormente—. Luchemos juntos y no entre nosotros, ¿de acuerdo?

Los miró a todos con una mirada, e incluso Giles asintió en acuerdo. Hudson se preguntó si era por esto que Archibald había tenido tanto éxito construyendo un negocio con un equipo de hombres.

—Ahora, tengo a mis hombres haciendo preguntas para determinar si alguien sabe adónde podría haber ido Maria. Están revisando puertos, diligencias y posadas para ver si hay alguna descripción de ella. Mientras tanto, creo que lo mejor es encontrar a Dennison. Quizás Remington y yo deberíamos seguir allí. Como duque, él puede acceder a lugares a los que yo no puedo.

—Muy bien —dijo Hudson—. ¿Y qué debo hacer yo?

—Es tarde. Ve a casa. Descansa un poco.

—Difícilmente creo que eso sea posible —dijo Hudson con desdén—. Ayudaré a tus hombres a buscar.

—Ellos pueden arreglárselas bien solos.

—Déjale ayudar, Matthew —dijo Juliana suavemente, mientras su otro perro, el pequeño y desaliñado llamado Lucy, se acercaba y comía un sándwich del regazo de Hudson. A él no le importó, de todos modos no tenía apetito—. Piensa si estuvieras en su posición. Tendrías que *hacer* algo. Además, él la conoce mejor que cualquiera de nosotros. Podría tener una idea de adónde ha ido, podría seguir donde otros no serían capaces.

—Muy bien —dijo Matthew después de un momento de consideración—. Son las diez en punto ahora. A la una reunámonos de nuevo aquí. Entonces podremos dormir un poco y volver a reunirnos por la mañana.

Hudson no estuvo de acuerdo, pues sabía que no había manera de que pudiera dormir hasta encontrar a Maria. Ella podía intentar protegerlo todo lo que quisiera, pero nada podría romperlo más que perderla, de cualquier manera que eso sucediera.

—¿Adónde irás primero? —le preguntó Juliana y él dejó escapar un suspiro, pasando una mano por su cabello mientras trataba de determinar exactamente adónde habría ido ella.

—Tu abuela le dijo que fuera a América.

—¿América? —preguntó Juliana, sus ojos abriéndose, haciendo una pausa para besar a su marido en la mejilla mientras este salía, aunque no sin antes decirle que no debía salir de la casa, y que uno de sus hombres, un tal Sr. Green, se quedaría para asegurarse de que todo estuviera bien y nadie pudiera entrar que no fuera bienvenido—. ¿Mi abuela?

—Sí. Al parecer tuvieron una conversación un día cuando tu abuela se encontró con ella mientras me esperaba.

—Interesante —meditó Juliana—. Mi abuela ciertamente nunca es de las que se guardan sus opiniones.

—No —dijo Hudson con una ligera risa a pesar de todo a lo que se enfrentaban—. Ciertamente no lo es.

—¿Habría escuchado Maria su consejo?

—Sé que no quería irse en absoluto, hasta que el incendio la convenció —dijo Hudson—. Pero no tenía dinero aparte de lo poco que le había pagado por su tiempo trabajando conmigo, e incluso eso era mínimo porque se negaba a aceptar mucho mientras vivía conmigo.

—Eso suena como Maria.

Hudson asintió mientras escuchaba el batir de alas sobre su cabeza.

—Por favor, dime que ese pájaro no te pertenece.

—¿Maggie? Pues sí, en realidad, es mía. Al menos, ella decidió que lo es.

—¿Me cagará encima?

—No debería.

—Eso es poco tranquilizador.

—Bueno, si lo hace, te traerá una bonita baratija para compensarte.

Hudson la miró con incredulidad.

—¿Tu marido está de acuerdo con mantenerla?

—No tiene mucha elección —dijo ella con una leve risa antes de que su expresión se volviera contemplativa—. No supongo...

—¿Qué sucede?

—Si fueras Maria y no tuvieras dinero, ni forma de pagar el pasaje a ninguna parte, ¿a quién recurrirías?

Hudson frunció el ceño.

—A alguien que supiera que apoyaría mi decisión.

—Lo cual ella sabía que no incluiría a ninguno de nosotros. Excepto...

—Tu abuela —La cabeza de Hudson se levantó de golpe para mirarla—. ¿Crees que realmente la habría ayudado, sin decírselo a ninguno de nosotros?

—Si mi abuela creía que esa era la decisión correcta para Maria, entonces ciertamente la habría apoyado.

—Tengo que irme.

—Muy bien —dijo Juliana con un asentimiento—. Buena suerte. Y trata de evitar a mi madre. Encuentra a Prudence, si puedes.

Hudson asintió y se deslizó por la puerta, cerrándola tras él antes de que la colección de

animales de Juliana pudiera seguirlo.

CAPÍTULO 21



Hudson contemplaba la gran extensión de la mansión del duque. Una cosa era ser invitado al hogar, pero otra muy distinta era presentarse en la puerta y esperar ser bienvenido, especialmente a esta hora de la noche, aunque sabía que muchos de los nobles estarían acostumbrados a socializar a esta hora.

Sin embargo, tuvo suerte cuando la puerta se abrió antes de que pudiera llamar, revelando a la mismísima Lady Prudence, vestida con ropa de dormir.

—¿Dr. Lewis? —dijo ella, alzando las cejas—. ¿Qué hace usted aquí?

—Es una larga historia —respondió él, quitándose la gorra y pasándose una mano por el cabello—. Pero he venido a ver a su abuela.

—Estoy segura de que ella recibirá encantada a un apuesto caballero a esta hora de la noche —dijo con una ligera curvatura en sus labios, riendo al ver la expresión de Hudson—. Estoy bromeando. Veré si puedo encontrarla. Venga, le dejaremos en el pequeño salón que Juliana prefería antes de que mi madre se entere de que está usted aquí a estas horas.

Miró por la esquina, aparentemente asegurándose de que el camino estaba despejado antes de hacer un gesto a Hudson para que avanzara.

—¿Cómo sabía que estaba aquí? —murmuró él.

—Mi ventana da a la parte delantera de la casa y le vi merodeando.

Su columna se tensó ligeramente.

—Difícilmente lo llamaría merodear. Yo...

—Agradezca que fui yo quien le vio.

Muy pronto se encontró en una sala de estar bastante femenina aunque confortable, con dos escritorios y un pequeño sofá. Esperó con bastante impaciencia hasta que llegó Lady Winchester, todavía vestida con su ropa de noche.

—Dr. Lewis —dijo ella, sin mostrar sorpresa en su rostro—. Agradezco la visita, aunque debo admitir que ya no soy tan joven como antes.

Él se levantó y le hizo una reverencia, con una ligera sonrisa en los labios a pesar de la situación.

—Su nieta parece compartir su sentido del humor, mi señora.

—Es una chica inteligente —dijo, asintiendo a Prudence, quien entró por la puerta detrás de ella y la cerró a su espalda—. Mi hija, afortunadamente, se ha ido a la cama por esta noche, pero si Jameson o alguno de sus otros fieles sirvientes le ve, tendremos que dar algunas explicaciones. No es que me moleste, pero resulta bastante fastidioso tener que justificar cada uno de mis

movimientos. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Creo que usted sabe por qué estoy aquí —dijo él, inclinándose hacia adelante con los codos sobre los muslos.

—¿Lo sé? —dijo ella, levantando una ceja majestuosamente.

—Lady Maria.

—Una joven encantadora.

—Abuela —dijo Prudence desde la puerta con un suspiro—. ¿Sabes algo? ¿Has hecho algo? Lady Maria ha desaparecido y hay hombres, incluido Giles, buscándola por todo Londres mientras hablamos.

—Le dije que debería haberte hablado —dijo Lady Winchester, golpeando su bastón en el suelo, y una ligera oleada de alivio invadió a Hudson ante la seguridad de que Maria se había marchado por su propia voluntad y no había sido forzada.

—¿Adónde fue? —preguntó con toda la suavidad que pudo, tratando de no apresurar a la mujer.

—Eso no puedo decírselo, pues no lo sé —dijo ella, y el alivio pronto se desvaneció—. Todo lo que sé es que se dio cuenta de que quedarse era demasiado peligroso, tanto para ella como para usted, aunque usted fuera el único que realmente le importaba. Después del incendio, determinó, como yo había sugerido originalmente, que lo mejor sería que abandonara la ciudad, lejos de cualquiera que Dennison pudiera tener vigilándola. Le sugerí que debería haberle preguntado si usted la acompañaría, pero ella dijo que se negaba a obligarle a tomar esa decisión.

Las manos de Hudson se cerraron en puños. Sabía que Maria había hecho lo que creía correcto, pero ¿por qué le había quitado esa decisión? Era suya para tomarla. Porque él la elegiría a ella, una y otra vez. Su vida no era la misma sin ella.

—¿Le dio usted dinero? —preguntó, manteniendo su voz calmada, uniforme.

Lady Winchester asintió.

—Le di lo que pude, suficiente para que contratara un coche que la llevara fuera de la ciudad o a un puerto o diligencia, supongo. También le di un broche que podría empeñar. Solo espero que reciba el verdadero valor por él.

—¿Cómo es el broche? —preguntó, y ella lo describió.

—Gracias —dijo, levantándose para irse.

—¿Dr. Lewis? —llamó Lady Winchester, y él se volvió hacia ella.

—¿Sí?

—Esa muchacha le ama con todo su corazón. Si no puede darle lo que necesita —acompañarla lejos de esta ciudad y de ese hombre que la persigue— entonces déjela ir. Porque si se quedara, solo significaría una tragedia segura para ambos. Odio que Dennison ejerza el poder que tiene, pero así son las cosas, y no veo cómo podrían ustedes dos vencerle.

Hudson asintió secamente.

—Comprendo. Gracias, Lady Winchester.

Le habría gustado decirle que nunca debería haber enviado a Maria sin informar a alguno de ellos —al menos al duque— pero sabía que no era su lugar hacerlo, que solo la insultaría si la desafiaba.

Y así, partió, tratando de decidir, si él fuera Maria, adónde iría.

* * *

MARIA NO PODÍA RECORDAR una noche que se hubiera sentido más larga que esta.

Entre tratar de determinar su propio destino, preocuparse por cómo se sentiría Hudson por haberlo abandonado, y mirar fijamente a la puerta, preguntándose si Lord Dennison entraría en cualquier momento para llevársela, no había dormido demasiado bien.

Luego estaban, por supuesto, las palabras de la mujer de la taberna dando vueltas en su mente.

¿Qué haría si realmente estuviera esperando un hijo de Hudson? No lo sabría durante algún tiempo, pero no podía quitarse la idea de la cabeza.

Se hundió en el borde de la cama. Qué tonta era, huir de un lugar a otro, sin saber lo que estaba haciendo o adónde iba o si tenía un niño creciendo dentro de ella.

Después de todo esto, se preguntaba si Hudson todavía la querría, o si la consideraría demasiado voluble para lidiar con ella el resto de su vida, especialmente considerando que no podría darle una familia de la manera que él siempre había deseado.

Finalmente, se levantó, se echó agua fría en la cara, se limpió la boca y agarró los bordes del lavabo mientras formulaba un plan. Saldría de Londres para escapar de las garras de Lord Dennison, pero no iría demasiado lejos. Cuando llegara a su destino final, escribiría a Hudson y se lo explicaría todo. Para entonces sabría con certeza si había un bebé en camino, y él podría decidir qué quería hacer sin sentir ninguna obligación hacia ella.

Sí, decidió.

Haría su propio camino.

Maria se envolvió la capa sobre los hombros, luego se dirigió a la puerta y movió la silla. Desbloqueó la puerta, giró el pomo para abrirla... y se encontró cara a cara con su futuro, le gustara o no.

* * *

—Oh, gracias a Dios.

Él extendió la mano a través de la puerta, atrayéndola a sus brazos, apretándola fuertemente contra él. Ella se tensó el tiempo suficiente para que él perdiera el aliento, preguntándose si estaba tan feliz de verlo como él a ella, antes de que ella le devolviera el abrazo, rodeándole el cuello con los brazos y sosteniéndolo igual de cerca.

Ella estaba aquí. Estaba a salvo. Él la había alcanzado antes que Dennison. Y no iba a dejarla ir.

—¿Cómo me encontraste?

—Es una larga historia —dijo Hudson, permitiendo que su ritmo cardíaco finalmente volviera a la normalidad mientras solo ahora se daba cuenta de la cantidad de pánico que había estado sintiendo después de toda la experiencia de la noche—. Pero primero, deberíamos ir a buscar a todos los que han estado esperando noticias sobre dónde estás.

—¿Todos?

—Sí —dijo, alejándose de ella para mirarla a los ojos. Eran tan azules como siempre, excepto que ahora estaban enrojecidos e hinchados, y se preguntó si había dormido algo.

—¿Estás bien? ¿Estás herida? ¿Necesitas dormir?

Ella negó con la cabeza a todas sus preguntas, aunque su mirada voló hacia el suelo.

—Hudson —logró decir, apretándole las manos—, lo siento muchísimo. Nunca quise que nada de esto sucediera, ni asustar a nadie. Pero no puedo... no puedo ir contigo.

Él sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago, pero permaneció lo más calmado que pudo, sin querer asustarla o alejarla aún más de él.

—¿Por qué no?

—¡Porque solo te pondría en peligro una vez más! —exclamó, levantando las manos en el aire. Tomó una de sus manos entre las suyas y lo llevó de vuelta a la habitación, probablemente para que pudieran tener más privacidad de la que tendrían parados en medio del balcón con vistas al patio de abajo—. Las razones por las que me fui no han cambiado. Si permanezco contigo en Londres, no estarás a salvo de Lord Dennison. Él sabe que estoy contigo, y seguirá persiguiéndote, hasta que logre su objetivo. No puedo permitir que eso suceda.

Alcanzó con mano temblorosa bajo su capa y sacó la nota de su bolsillo.

—Después del incendio... me dieron esto.

Hudson tomó la nota, frunciendo el ceño y apretando los labios mientras la leía.

—¿Por qué no me contaste sobre esto?

—Porque me habrías dicho que nos ocuparíamos de ello, que me mantendrías a salvo. Pero era hora de que yo hiciera algo que te mantuviera a *ti* a salvo. Y no podía hacerlo permaneciendo contigo.

—Si te sentías tan decidida a irte, me habría ido contigo.

—No podía pedirte que hicieras eso —dijo ella, sollozando ahora, y él se sintió como un patán por causarle cualquier infelicidad, pero no estaba seguro de qué otra manera hacerle entender.

—Maria —apretó la mandíbula, mirándola intensamente—. Si no me quieres, dímelo ahora. De lo contrario, permanecemos juntos. Donde tú vayas, yo voy. Todo lo demás es un deseo, pero no una necesidad. A ti, te necesito. Te amo, Maria. He comprometido mi vida contigo, y nada va a cambiar eso jamás, excepto tú y tu propia decisión. Si sientes lo mismo, entonces nos ocuparemos de lo que venga. Juntos.

Pudo ver el momento exacto en que finalmente consiguió hacerla entender, cuando ella se dio cuenta de la verdad de lo que estaba diciendo, de la elección que él había tomado, a pesar de lo que ella había pensado que era lo mejor para él.

Las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas, y él reunió sus manos entre las suyas, queriendo acercarla nuevamente, pero sintiendo que ella necesitaba tiempo para decir lo que necesitaba.

—Hudson, yo también te amo. Muchísimo. Y quiero estar contigo. Simplemente no soporto la idea de que te suceda algo por mi culpa. No quería obligarte a elegir entre yo y tu vida, y pensé que sería mejor que me fuera.

—Maria —se inclinó y colocó su frente contra la de ella—. Tú eres mi vida.

Ella asintió mientras comenzaba a llorar más sentidamente, y esta vez él cedió a la tentación y la acercó, apoyando la cabeza de ella en su pecho mientras la mecía en sus brazos.

—¿Adónde iremos? ¿Dónde viviremos?

—Resulta que, de hecho, puede que no necesitemos abandonar Londres.

—¿Qué? —Se apartó de él, mirándole a la cara—. ¿Por qué dices eso?

—Ha sido una noche larga para todos nosotros —dijo él, con la barbilla firme—. Archibald y sus hombres han descubierto algunas cosas... y también tienen un plan. No puedo decir que lo apruebe, pero dejaré que él te lo explique y tú podrás tomar tu propia decisión.

—Muy bien... —dijo ella, y él pudo notar que tenía curiosidad pero estaba dispuesta a esperar antes de hacer más preguntas.

—Iremos a la mansión del duque —dijo él—. Está muy bien protegida con el muro exterior, y dudo que Dennison intente algo en las instalaciones.

—¿Qué hay de la duquesa viuda?

Hudson no pudo evitar una ligera risa ante eso.

—¿No lo sabrías? El duque finalmente ha decidido enfrentarse a ella.

Ella se rió ligeramente a través de sus lágrimas.

—Supongo que ya lo ha hecho, con su propio matrimonio y luego permitiendo el de Juliana.

—Cierto, pero esta vez realmente le dijo cómo van a ser las cosas, que es algo completamente distinto.

Ella asintió mientras caminaban juntos hacia la puerta, y luego lo miró, con una pregunta en sus ojos.

—Hudson, ¿cómo me encontraste?

—Fue en parte debido a considerar dónde pensaba que sería más probable que fueras, basado en la conversación entre tú y Lady Winchester. También fue parcialmente gracias a los hombres de Archibald, quienes me ayudaron a preguntar por ti en todos los puertos y posadas que pudimos encontrar. Y luego está el otro factor que probablemente nunca consideraste.

—¿Cuál es?

—Estamos atraídos el uno hacia el otro, Maria. No importa lo que intente separarnos, hay una cosa que puedo prometerte: nuestros corazones siempre encontrarán el camino de regreso el uno al otro.

CAPÍTULO 22



María sentía como si estuviera en algún tipo de sueño mientras permitía que Hudson la guiara hacia su calesa, que esperaba en los establos de la posada. Estaba un poco aprensiva por regresar a uno de los lugares donde Dennison podría encontrarla, pero si había elegido volver, entonces tendría que confiar en Hudson y sus instintos. Si él decía que tenían un plan, entonces tendría que creer que tenían un plan que funcionaría, y ella haría su parte para asegurarse de que diera fruto.

La hora era temprana, pero esta parte de la ciudad ya bullía de actividad, ya que los residentes estaban bien adentrados en su jornada laboral. María permaneció pegada al costado de Hudson mientras él maniobraba la calesa por la calle, maravillándose a medida que avanzaban de las diferencias entre barrios mientras uno se fusionaba lentamente con otro.

Las calles estaban congestionadas y habrían sido de tránsito lento, pero Hudson conducía con una facilidad que provenía de años navegando por las calles con una emergencia esperándole. Supuso que esto podría contar como una.

Finalmente, llegaron frente a la mansión del duque. A menudo le recordaba a María una finca rural escondida en medio de Londres, lo cual suponía que, en cierto modo, era. Era una de las pocas mansiones de Londres que seguía siendo una residencia privada, y a veces olvidaba que todo podría haber sido suyo, si el duque hubiera decidido casarse con ella como se esperaba.

Pero cuando miraba a Hudson, sabía que viviría en la más pequeña de las chozas si eso significaba estar con él. Y eso, decidió, era lo que realmente significaba amar a alguien.

Toda la casa obviamente comprendía lo que estaba sucediendo, ya que Jameson les permitió la entrada y les dijo que los mozos se ocuparían del caballo y la calesa de Hudson. Luego los condujo a la sala de estar, donde María encontró a toda la familia Remington esperándolos.

—María, gracias a Dios —dijo Juliana, levantándose de su lugar en el sofá y corriendo hacia ella, envolviéndola con sus brazos. A su lado estaba sentado su esposo, y frente a ellos en el sofá gemelo estaba el duque, que tenía un brazo protectoramente alrededor de su esposa bastante embarazada. Prudence estaba sentada en una silla, con una taza de té en la mano, mientras Lady Winchester se erguía regiamente a su lado. Incluso la duquesa viuda estaba allí, sentada con la espalda recta en una silla contra la pared.

—Lady María, qué encantador verla —dijo como si María hubiera venido de visita para tomar el té—. Estoy segura de que su madre estará sumamente aliviada de saber que está bien.

—Madre, ya hablamos de esto —dijo Giles con impaciencia—. No compartiremos la información sobre el paradero de Lady María con nadie, incluyendo a su madre.

—Eso no significa que no pueda expresar lo que siento.

—Muy bien —dijo el duque—. Se siente aliviada. Ahora, deberíamos discutir lo que ha ocurrido y lo que vamos a hacer. Archibald, ¿por qué no le cuentas a todos lo que hemos descubierto hasta ahora y lo que esperamos que suceda después?

El detective asintió, inclinándose hacia adelante mientras recorría la habitación con la mirada.

—Remington y yo pasamos la mayor parte de la noche siguiendo al conde. No hizo mucho que no hubiéramos esperado. Comenzó la noche en una cena, pero rápidamente se marchó después de la hora cortés para ir a un club mucho menos respetable. Sin embargo, en el camino se detuvo en una taberna en Covent Garden para reunirse con un hombre conocido por sus... prácticas comerciales menos honorables. Después de que Dennison continuara, interrogamos al hombre y finalmente admitió haberla seguido, Lady María, aunque se negó a admitir cualquier otra cosa, incluido iniciar el incendio.

María se estremeció ante la idea de que alguien vigilara todos sus movimientos.

—Creo que Lord Dennison mismo inició el incendio —dijo, sorprendiendo obviamente a todos, incluido Hudson.

Él se reclinó y la miró.

—¿Por la nota?

—Eso, sí, pero hay algo más que olvidé contarte.

Metió la mano en el bolsillo debajo de su capa y sacó el anillo de Dennison.

—Encontré esto en el suelo de tu casa, en la puerta del estudio. Quizás se le cayó de la mano cuando arrojó lo que fuera necesario para iniciar el fuego. Es su escudo. Lo recuerdo de su carruaje.

La mano de Hudson se cerró en un puño y ella supo que probablemente no estaba ayudando a sus sentimientos, pero era importante compartir toda la información que tenía.

Archibald tomó el anillo de ella, mirándolo sombríamente.

—Uno de mis hombres también habló con Jane, la doncella, para asegurarse de que todo estuviera bien en su nueva posición. Ella le dio los nombres de otras doncellas que también podrían confirmar lo que nos había contado sobre Dennison y la doncella que cree que él mató. Por supuesto, la palabra de unas pocas doncellas no resultará en ninguna persecución.

María extendió la mano para buscar la de Hudson en busca de consuelo.

—¿Qué hacemos ahora?

El Sr. Archibald y el duque intercambiaron una mirada antes de mirarla a ella y a Hudson.

—Creemos que necesitamos atraer al conde. Si podemos convencer al magistrado de que venga con nosotros y escucha la confesión del conde sobre el asesinato, así como su intención de perseguirla, eso, junto con el respaldo del duque, debería ser suficiente para convencer a la Cámara de los Lores de juzgarlo.

Hudson negó con la cabeza.

—No creo que debamos hacerlo.

—¿Por qué no? —preguntó Juliana, pareciendo genuinamente curiosa.

—Pone a María en peligro. ¿Y si no tenemos éxito en nuestro plan? Entonces él la habrá encontrado y ya no tendríamos ningún recurso para mantenerla a salvo de él. Él insistiría en que regresara con él, y entonces ella estaría en más peligro del que jamás habría estado.

María tragó saliva con dificultad ante la idea. Miró al duque, el hombre que sabría mejor que nadie aquí cuáles serían las posibilidades de éxito.

—¿Crees que funcionará?

Hizo una mueca.

—Diría que las posibilidades son bastante iguales para ambos casos. Si no tenemos éxito, sin embargo, necesitaríamos un plan para que tú y Hudson escapen, y nunca podrías volver a Londres, probablemente ni siquiera a Inglaterra.

María miró a Hudson a los ojos, y él hizo un ligero encogimiento de hombros como diciendo que era completamente su elección.

—Muy bien —dijo con un asentimiento resuelto—. Deberíamos hacerlo.

—¿Estás segura? —preguntó Hudson—. Este plan incluiría usarte para atraerlo hacia ti. Tendríamos que hacerle creer que estabas sola, probablemente en la casa de mi madre. Llegaríamos poco después, pero podrían haber unos minutos en los que solo estarías tú en la habitación con él, ya que necesitaríamos que lo convencieras de hablar.

—Puedo hacerlo —dijo, aunque por dentro, temblaba ligeramente ante la idea de enfrentarse al conde una vez más, especialmente estando sola. Pero ahora sabía que era más fuerte de lo que había pensado, y que podía hacer cualquier cosa, especialmente sabiendo que tenía a Hudson y a toda la familia Remington a su lado—. ¿Cuándo piensan seguir adelante?

—Creo que mañana es mejor —dijo Archibald—. Plantaremos el rumor de su paradero y luego resolveremos esto lo más rápido posible. Con suerte, entonces, Lady María, podrá recuperar su vida.

Ella miró a Hudson a su lado. Necesitaba hacer esto, no solo por sí misma, sino por todas las otras mujeres a las que el conde había dañado o a las que podría dañar en el futuro.

Porque ya tenía la vida que quería, porque tenía a Hudson, sin importar lo que les esperaba por delante.

El resto, lo resolverían juntos.

* * *

LA PROFESIÓN de Hudson dependía de su máxima atención en cada situación.

Por eso era muy difícil continuar con sus asuntos, sabiendo lo que iba a venir y los eventos de la noche que les esperaban sin la seguridad de cuáles podrían ser los resultados.

Pero difícilmente podía rechazar a cualquiera que se presentara en la puerta de su madre buscando su ayuda. Se aseguró de que María lo acompañara esta vez, ya que era incapaz de dejarla fuera de su vista, ni siquiera por un momento. Ella comprendió y lo acompañó voluntariamente, y de hecho estuvo incluso más presente que él en cada visita domiciliaria.

—¿Cómo estás tan tranquila? —le preguntó mientras salían de la casa de los Bloomsbury. Se había asegurado de que María permaneciera en la sala principal con la señora Bloomsbury esta vez, sin confiar en que el señor Bloomsbury estuviera cerca de ella, aunque el hombre parecía estar en una situación mucho mejor hoy, pues avergonzado se disculpó con Hudson por todo lo que había ocurrido la vez anterior.

—Es por toda una vida aprendiendo a ocultar emociones y poner buena cara, sin importar lo que sienta por dentro —dijo ella—. Te confesaré que mi estómago es un manojo de nervios por lo que está por venir esta noche.

—¿Sigues segura de que quieres hacer esto?

—Lo estoy —dijo, y él notó la firmeza de su mandíbula, la resolución en sus ojos.

Hudson había sabido que ella tenía que ser quien tomara esta decisión, pero comprendió, entonces, lo importante que era para ella seguir adelante con esto. Él podría anhelar hacer todo lo posible para protegerla, para mantenerla lejos del peligro, pero si le dijera qué hacer o le

impidiera llevar a cabo su decisión, entonces no sería mejor que su marido sinvergüenza.

—Necesito hacer esto, Hudson —dijo con fiereza—. Necesito hacerlo por las mujeres que él dañó. Necesito hacerlo por las mujeres que podría dañar en el futuro. Y necesito hacerlo por mí. Es la única manera en que puedo realmente seguir adelante, en que puedo dejar el pasado atrás. Además, mientras tanto, también podríamos aprender más sobre lo que le ha hecho a la familia Remington, o cómo podría amenazarlos en el futuro.

Hudson asintió mientras abría la puerta de la casa de su madre.

—Comprendo.

—Gracias —dijo María, otorgándole una sonrisa ligeramente acuosa—. Eso significa más para mí de lo que sabes.

Comenzó a inclinarse para besarla, olvidando dónde estaban, pero se lo impidió su madre, que apareció desde la habitación más allá.

—¡Ahí están! —exclamó—. He estado preocupada por ustedes. Se han tardado demasiado.

—Estoy haciendo visitas domiciliarias, Madre —dijo él con toda la paciencia que pudo—. Deberías saber mejor que nadie cuánto pueden tardar.

—Sí, pero eso fue antes de que estuvieras en peligro —dijo ella, desviando la mirada hacia María. Estaba empezando a aceptar a regañadientes a María, pero aún no había superado su nacimiento noble o el hecho de que Hudson había estado en peligro y había perdido su casa y aspectos de su práctica.

Sin embargo, se ablandó hacia ella cuando supo que María también había sido agraviada por el Duque de Warwick, a pesar de las protestas de María de que todo había resultado para mejor.

—Madre, ¿te estás preparando para partir hacia la casa de Sir Willoughby?

—Sí —dijo, frunciendo los labios. Tampoco estaba completamente encantada con la idea de que su casa fuera utilizada en su plan para atraer al conde, pero era el único lugar lógico donde el conde podría creer sin sospechas que María sería dejada sola—. Debería estar aquí en cualquier momento para recogerme en su carruaje y luego podrán continuar con este plan suyo.

Se acercó a María, su rostro suavizándose mientras inclinaba la cabeza para mirarla.

—Espero que todo vaya bien y que puedas librarte de ese hombre terrible.

María le sonrió tensamente, y Hudson sabía exactamente lo que estaba pensando. Habían compartido con su madre cada aspecto del plan excepto uno: la parte en la que tendrían que huir si todo salía mal. No estaba seguro de que su madre pudiera manejar la idea de su partida, pero ahora no sabía cómo despedirse de ella.

Finalmente se permitió inclinarse y abrazarla.

—Gracias, Madre —le dijo al oído—. Por todo.

—Por supuesto —dijo ella, parpadeando sorprendida por su muestra de afecto—. Te veré más tarde esta noche.

Hubo un rumor fuera de la ventana cuando Sir Willoughby llegó con su carruaje, lo que significaba que era hora de que comenzara la siguiente parte de la noche.

CAPÍTULO 23



Maria estaba frente a la casa de la Sra. Lewis, intentando no parecer nerviosa, sino más bien aparentar que este era un día como cualquier otro.

Juliana llegó poco después, según lo planeado, haciendo evidente su exuberancia mientras corría calle abajo.

—¡Maria! —exclamó—. ¡Acabo de enterarme de la noticia!

Maria y Hudson habían decidido que habría una manera segura de hacer salir al conde. Él se enfurecería si pensaba que otro hombre había dejado a su esposa embarazada.

También era un riesgo, por supuesto, porque si capturaba a Maria y ella estaba embarazada, el bebé también sería suyo, sin importar quién fuera el verdadero padre.

Archibald había confirmado que todavía había un hombre siguiendo a Maria, y se habían asegurado de que estuviera observando cuando Juliana corrió hasta la puerta.

—¿No es increíble? —gritó Maria, no tan hábil como Juliana para actuar en esta escena, pero dando su mejor esfuerzo—. ¡Voy a ser madre!

Eso hizo que algunas cabezas se giraran, pero nadie que conocieran particularmente bien.

Juliana se apresuró a abrazar a Maria, apretándola un poco más fuerte en silencioso apoyo antes de apartarse. —¡Debo escucharlo todo! —dijo—. ¿Tienes tiempo ahora?

—Sí —respondió con un asentimiento—. Entra, pues Hudson debe marcharse pronto a un compromiso.

—¿Estarás sola toda la noche?

—Sí, ya que su madre también ha salido.

—Lamento mucho no poder quedarme, pero tendremos unos minutos para ponernos al día —dijo Juliana, antes de que entraran al edificio.

Allí, Hudson y Archibald estaban esperando.

—¿Fue lo suficientemente alto? —preguntó Juliana.

—Jules, creo que la gente a dos calles de distancia probablemente te oyó —dijo Archibald, aunque había una sonrisa en su rostro.

—Bien —dijo ella—. Entonces esperemos que el mensaje llegue a Lord Dennison de que Maria estará sola.

—¿Has hablado con el magistrado? —le preguntó a Archibald, quien confirmó con un asentimiento.

—No está entusiasmado con este plan, particularmente porque Dennison es un par de alto rango y realmente no podría arrestarlo, por supuesto, pero como Remington insistió en que él

sería un testigo respetable, estará aquí. Los dos estarán en la habitación trasera.

—¿Y vosotros dos? —preguntó Maria, esperando que estuvieran cerca para ayudar si algo saliera mal.

—Estaremos afuera, listos para entrar después de que su confesión esté completa. Esperaremos y escucharemos en la ventana frontal. Entonces estará atrapado por detrás y por delante, así que no podrá escapar.

—Muy bien —dijo ella—. Y si... si no podemos extraer una confesión y él intenta hacerme regresar con él?

El rostro de Hudson se endureció, pero fue el Sr. Archibald quien respondió.

—Remington enviará su carruaje, el que no tiene el escudo para que sea discreto. Dará la vuelta por detrás y esperará cerca del establo al final del camino. Tendrás que correr hacia él y luego te llevará fuera de Londres.

—Esperemos que eso no suceda —dijo Maria nerviosamente, y Hudson se acercó y detuvo sus manos con las suyas.

—Pero si sucede, que así sea —dijo él—. Saldremos de esto, de una forma u otra.

Ella asintió y tomó aire. En unos minutos más, Juliana se marcharía, seguida por Hudson, antes de que Archibald intercambiara lugares con Remington y el magistrado a través de la puerta trasera.

Entonces todo dependería de Maria.

Solo esperaba poder manejar esto.

* * *

ABRIÓ la puerta e hizo una demostración de besar a Hudson en la mejilla antes de que se fuera.

—Desearía poder acompañarte —dijo, lo suficientemente alto para que cualquier observador pudiera oírla—. Que lo pases bien. ¡Estaré aquí esperando!

—Asegúrate de cerrar con llave —dijo él, y luego no pudo evitar atraerla hacia sí y darle otro beso—. Te amo.

—Yo también te amo —dijo ella, sus palabras tenían mucho más significado que si fuera una simple despedida.

—Ten cuidado —dijo él suavemente.

—Tú también.

Con eso, se marchó sin mirar atrás, aunque Maria podía sentir esa atracción de la que él había hablado, incluso mientras se alejaba de ella.

Ella volvió a entrar, rodeada de un vacío, antes de que la puerta trasera se abriera y ella se girara bruscamente, solo para ver que era el duque y un hombre que no reconocía, quien debía ser el magistrado. Les saludó con un gesto mientras continuaban hacia una de las habitaciones traseras, la que Maria había estado usando desde que llegaron aquí.

Luego se sentó en el sofá y esperó.

Resultó que no tuvo que esperar mucho. Había esperado que él viniera más tarde en la noche, después de que oscureciera, pero parecía que la trampa que habían tendido había sido demasiado tentadora, pues hubo un golpe en la puerta no media hora después.

—¿Quién es? —dijo Maria mientras los golpes continuaban. Estaba de pie al otro lado, escuchando su respiración fuerte, su voz mientras la llamaba sin intentar ocultar su identidad.

—Sé que estás ahí, Maria. ¡Abre la maldita puerta!

No respondió, pues sabía que él no esperaría que lo hiciera, aunque comenzó a retroceder

lentamente, sin querer recibir toda la fuerza de su ira si lograba abrirla.

Entonces, de repente, la puerta se abrió de golpe con un estruendo, y su marido estaba allí en el umbral. Sus ojos estaban ligeramente desencajados, sus fosas nasales dilatadas, su cabello normalmente bien cuidado de punta mientras la miraba fijamente.

—¿Realmente creíste que podrías huir de mí para siempre? —preguntó—. ¿Qué pensabas? ¿Que podrías abandonar a tu marido y comenzar una nueva vida para ti, aquí con ese bastardo mientras llevas otro en tu vientre? La broma es para ti, porque te guste o no, ese será mi heredero el que llevas ahí. Ven. Voy a llevarte de regreso y te mostraré cómo debe comportarse una esposa mía.

Maria enderezó la espalda mientras retrocedía por la habitación, acercándose más al dormitorio para que el duque y el magistrado pudieran escuchar mejor la conversación.

—No iré contigo.

Él se burló. —¿Realmente crees que tienes opción? Eres mi *esposa*. Haces lo que yo te digo que hagas.

—Me niego a vivir con un asesino —dijo, escupiendo las palabras, y él echó la cabeza hacia atrás y se rió de ella.

—¿Quién te dijo eso? Déjame adivinar, ¿una de las criadas? Mujeres que me pertenecen, al igual que tú.

—No es así —dijo con firmeza—. Trabajan para ti. No son tus esclavas.

—No —sonrió maliciosamente—. Pero tú sí.

—¿Me harías lo que le hiciste a esa chica? —preguntó, retrocediendo más mientras él avanzaba hacia ella ahora, asustándola con la sonrisa depredadora en su rostro.

—Solo me divertí un poco con ella —dijo, encogiéndose de hombros—. Llegó demasiado lejos. No era lo suficientemente fuerte para ello. Tú, sin embargo, creo que podría manejarte. Estás hecha para esta vida.

—Un poco de diversión —dijo, tratando de evitar que su voz temblara mientras lo provocaba para que le dijera más—. ¿Qué tipo de diversión?

—¿Están tus delicados oídos listos para escucharlo? —dijo, levantando una ceja—. ¿O estás ansiosa por ello ahora que el doctor te ha probado?

La idea de que este hombre alguna vez la tocara hizo que retrocediera con repulsión, pero no dijo nada, esperando que él quisiera continuar escuchándose hablar.

—A veces una mujer disfruta que le quiten el aire mientras yo tomo mi placer —dijo, con los ojos brillantes mientras lo decía—. ¡Simplemente olvidé devolvérselo!

Se rió entonces, casi maníacamente, y Maria tragó saliva con dificultad.

—¿Entonces ella murió?

—Supongo —dijo encogiéndose de hombros—. No me quedé mucho tiempo para ver si volvía a respirar. Mi ayuda de cámara se encargó de ello.

Maria hizo una arcada como si fuera a vomitar una vez más, solo que esta vez no sabía si era por sus náuseas o por la repulsión o por una combinación de ambas.

—Escuché que ibas a matarme —dijo ahora, esperando que él admitiera más crímenes, pero él simplemente la estudió, sus ojos comenzando en su cabeza y siguiendo su cuerpo hasta los dedos de sus pies, haciéndola estremecer.

—En realidad aún no lo he decidido —dijo—. Ahora que sé que eres fértil, quizás me sirvas después de todo. Tal vez tenga que probarte, ver qué puedes soportar.

Extendió su brazo hacia ella, y ella trató de seguir retrocediendo, pero se había topado con la pared. Sabía que podía gritar y el duque vendría corriendo desde el dormitorio más allá, pero

primero quería tratar de obligarlo a admitir que había perseguido a la familia Remington.

—¿Qué hay del duque? —preguntó desesperadamente mientras él le agarraba el brazo, apretando su mano dolorosamente.

—¿Qué duque? —prácticamente le escupió en la cara, y ella se dio cuenta de que él había perdido la mayor parte de la razón ahora.

—El Duque de Warwick —dijo—. ¿Por qué persigues a su familia?

—¿Por qué te importa él? —preguntó, con los ojos clavados en ella—. No te quería, en caso de que no lo recuerdes. Ahora puedo ver por qué.

—Suéltame —dijo, tratando de liberarse, pero él solo la agarró más fuerte, su otro brazo rodeándola.

—¿No lo entiendes? —se burló—. No tienes poder sobre mí. Eres mía para hacer lo que yo quiera. Quizás necesites aprenderlo de la manera difícil, antes de que nos vayamos. O tal vez esperaré al doctor y haré que mire antes de matarte.

Ella jadeó cuando él la hizo girar, y luchó, tratando de liberarse de su agarre, pero fue inútil. Era demasiado fuerte. Ella gritó, y en segundos, tanto la puerta del dormitorio como la puerta principal se abrieron de golpe, revelando a cuatro hombres: el magistrado con cara de asombro, mientras que los otros tres parecían listos para cometer un asesinato ellos mismos.

El conde hizo girar a Maria, sujetándola contra su cuerpo, y mientras ella trataba de liberarse, Hudson se apresuró hasta que se detuvo, paralizado en el lugar.

Cuando algo frío y afilado rozó la garganta de Maria, ella instantáneamente comprendió por qué.

—No se acerquen más —dijo el conde, con su voz justo en su oído—. O le cortaré la garganta. No me importa quién esté mirando. Es mi esposa, y puedo hacer lo que me plazca.

—Excepto matarla —dijo el magistrado, su voz ligeramente inquieta—. No puede matarla.

—¿No puedo? —dijo, y Maria trató de no dejar escapar ningún sonido que revelara su pánico.

—No, no puede.

—¿Ha asesinado antes, entonces? —preguntó el duque, dando un paso adelante, su rostro habitualmente jovial ahora duro e implacable—. ¿A mi padre, quizás?

El conde resopló. —Tu padre era un asno, y me alegro de que esté muerto. Créeme, la mayoría de la gente también. Pero yo no lo maté.

—Pero querías hacerlo, ¿no es así?

El conde se encogió de hombros, el cuchillo raspando contra la garganta de Maria mientras lo hacía.

—Está mejor muerto, eso es seguro. Sin embargo, nunca lo habría hecho. No soy lo suficientemente estúpido como para matar a un duque.

—No, solo a una criada —dijo Hudson, con firmeza en su voz por la ira, y Maria deseó con todo su ser poder lanzarse a sus brazos.

—No maté al duque —repitió Dennison, y a pesar de cuánto lo odiaba, Maria se inclinaba a creerle—. Pero puedo decirles quién lo hizo.

—¿Puedes hacerlo? —El duque levantó una ceja.

—Lord Trundelle —dijo con suficiencia—. El hombre despreciaba al duque, habló varias veces sobre cuánto mejor estaríamos si estuviera muerto. Toda su fortuna estaba ligada a él, aunque supongo que aún no has hecho efectiva esa deuda, ¿verdad, Warwick? ¿Necesitas encontrar esos pagarés?

—¿Por qué me dices esto? —preguntó el duque, observándolo—. Pensé que ustedes dos

estaban juntos en esto.

—Teníamos un interés similar, digámoslo así —dijo Dennison—. Pero he encontrado mi salida de esto.

—¿Cómo?

—Nada de lo que debas preocuparte ahora. Trundelle es a quien hay que vigilar. Investígalo y encontrarás a tu asesino.

—¿Pero por qué ir tras mi familia ahora? —insistió el duque, y Maria finalmente vio lo que estaba haciendo. Estaba manteniendo la atención de Dennison mientras Hudson comenzaba lentamente a rodear la habitación para estar más cerca de ella y el conde.

—¿Por qué me lo preguntas a mí? —dijo el conde—. Esa es una pregunta para el hombre mismo. ¿En cuanto a mí? Solo voy a llevarme a mi esposa ahora. Tenemos... *planes* para esta noche.

Comenzó a llevar a Maria hacia la puerta, y ella dio los pasos con él, porque había visto lo que él no. Mientras comenzaban a moverse, Hudson se lanzó desde la esquina de la habitación, con un destello de algo que ella no pudo ver bien en su mano, y luego todos cayeron en un montón. Ella cubrió su cabeza con los brazos para protegerse, y luego Hudson también estaba allí, inclinándose sobre ella, manteniéndola a salvo en el capullo de sus brazos.

Cerró los ojos mientras los gritos rebotaban por la habitación, y cuando finalmente los abrió al oír la voz tranquilizadora de Hudson en su oído, dejó de respirar por un momento.

Porque en el suelo estaba su marido, con los ojos y la boca abiertos, pero no salía aire de su boca, no había elevación de su pecho.

Estaba muerto.

CAPÍTULO 24



Hudson giró a Maria y acunó su cabeza contra su pecho para evitar que viera la escena sangrienta ante ella, pero era demasiado tarde; lo supo en cuanto escuchó su grito.

Levantó la mirada, encontrándose primero con los ojos de Archibald y luego con los de su medio hermano, mientras los tres se miraban con horrorizada comprensión.

Porque podría decirse que Hudson mató al conde, aunque esa no hubiera sido su intención.

El magistrado no mostró señal alguna de emoción mientras se acercaba al cuerpo, observando primero la jeringa que sobresalía del brazo del conde y luego el cuchillo que estaba clavado en su pecho.

—Definitivamente está muerto —dijo con tono sombrío—. El cuchillo, por suerte —o por mala suerte en su caso— encontró un espacio entre sus costillas y le perforó el corazón o el pulmón. No estoy seguro cuál de los dos.

—Solo pretendía apartarlo de Maria —dijo Hudson, con las emociones casi abrumándolo en ese momento. Porque aunque temía que pudieran ahorcarlo por matar a un conde, al menos ahora sabía con absoluta certeza que Maria estaba libre. Sin importar lo que pasara, ella no sería sometida a ese monstruo. Incluso si él no estaba presente para verlo, ella tendría una vida.

Pero maldición, esperaba poder compartir esa vida con ella.

—La jeringa que usaste le golpeó el brazo —dijo el magistrado, quitándose la gorra y rascándose la cabeza—. Y el cuchillo estaba en su propia mano. Así que por lo que puedo ver... él mismo se hizo esto.

Hudson levantó la mirada, sintiendo un pequeño destello de esperanza.

—Soy médico —dijo, esperando que el hombre fuera razonable, que entendiera sus palabras —. Nunca mataría a un hombre. Hago todo lo posible incluso por los peores.

—Lo entiendo —dijo el magistrado, levantando la mirada para juzgar la reacción del duque. Remington lo miraba con ese aire ducal que comenzaba a adoptar probablemente sin darse cuenta, mientras se adaptaba a su nuevo papel—. Si no hubiera estado aquí durante toda la velada, tendría más preguntas. Pero creo que he visto y oído suficiente. Haré un informe oficial indicando que fue un accidente, que murió por su propia mano mientras amenazaba al resto de ustedes. En cuanto a la muerte de la doncella, bueno, es poco probable que se haga mucho, pero...

—Pero al menos hay algo de justicia —escuchó Hudson decir a Maria en voz baja, y rodeó sus hombros con un brazo, apretándola suavemente.

Tenía razón. Y él esperaba que ella entendiera que había sido valiente, que había hecho más

de lo que muchas personas habrían podido hacer en esas circunstancias.

Y en cuanto pudiera, la llevaría frente al altar.

—Nunca confesó haber incendiado tu hogar —dijo ella con tristeza, mirando ahora a Hudson. Él se encogió de hombros.

—Está bien. Tenemos su anillo en la escena y los bomberos ya determinaron que el fuego fue provocado deliberadamente. Tendré el seguro y podremos reconstruir.

Ella asintió lentamente y luego lo miró.

—Tengo algunas ideas, en realidad —dijo con cierta timidez, y él le sonrió.

—Estaría encantado de escucharlas.

Miró ahora al magistrado. —¿Qué más necesita de nosotros? Si podemos limpiar esto antes de que regrese mi madre, sería muy apreciado.

—Oh, Dios mío —dijo Maria, cubriendo su boca con la mano—. Hay un hombre muerto en la casa de tu madre. —Lo miró con los ojos muy abiertos—. ¿Qué dirá?

—Probablemente estará más enfadada por la presencia de Remington en su casa que por el conde muerto —dijo, medio en broma mientras el duque resoplaba.

—¿Por qué no dejamos que el magistrado se encargue de esto mientras ponemos al tanto al resto de la familia? —preguntó, mirando a Hudson, quien asintió lentamente, percibiendo que, quizás, este era el comienzo de algo nuevo con su hermano y la familia que nunca supo que tenía, ni que quería—. Si esperamos más, estoy seguro de que Juliana y Prudence aparecerán en la puerta ellas mismas.

—No me sorprendería —dijo Maria, intentando bromear, pero Hudson siguió su mirada hacia sus manos, ambos notando que estaban temblando. Suavemente colocó un brazo alrededor de su espalda y la giró, guiándola hacia la puerta mientras hacía un gesto al duque para que los siguiera.

—¿Iré a preparar el carruaje si tú te quedas con ella, Remington? —preguntó, arriesgándose con el hombre, su hermano.

—Muy bien —dijo Remington con un asentimiento, pareciendo entender la importancia de la petición de Hudson. Antes de que Hudson partiera hacia el establo, hizo un gesto hacia un lado para que Remington lo siguiera unos pasos lejos de Maria, quien miraba calle abajo.

—Está conmocionada por toda la velada, lo que es comprensible —dijo en voz baja al oído del duque—. Creo que estará bien, pero saquémosla de aquí y regresemos a tu casa lo más rápido posible, si no te importa.

—De acuerdo —dijo Remington—. El magistrado debería poder encargarse de todo lo demás.

Poco después estaban sentados nuevamente en la opulenta sala de estar del duque. Hudson habría preferido que Maria descansara sola, pero ella había insistido en que quería sentarse con toda la familia para informarles sobre lo ocurrido.

Hudson se sentó a un lado de ella y Juliana al otro, brindándole apoyo mientras Remington relataba la historia de la manera más sucinta posible.

Juliana y Prudence, por primera vez, hasta donde Hudson sabía, escucharon atentamente, sin interrumpir, excepto por alguna que otra exclamación de sorpresa.

Cuando Remington terminó la historia, Juliana se volvió hacia Maria y colocó su mano sobre la de ella.

—Fuiste muy valiente.

—Lo fue —dijo Hudson.

Juliana se volvió hacia él. —¿Y no se habló de culparte por esto?

—No por parte del magistrado —dijo Hudson—. Me preocuparía un poco que la Cámara de los Lores se involucrara, pero con la influencia de Remington allí, esperemos que no sea una gran amenaza.

Juliana fijó la mirada en Giles. —Nunca permitirías que eso sucediera, ¿verdad, Giles?

—Por supuesto que no —dijo, antes de aclararse ligeramente la garganta—. Aunque no he formado parte de la Cámara por mucho tiempo, haré todo lo posible para mantener limpio el nombre de Lewis. Sé que esta es una situación bastante... poco convencional en la que nos encontramos como familia, Lewis, pero me gustaría pedirte perdón nuevamente y decirte que las puertas aquí siempre estarán abiertas para ti. Apreciaríamos tenerte como parte de nuestras vidas, más de lo que podrías imaginar.

Hudson encontró los ojos del duque, tan parecidos a los suyos, y dudó solo un momento antes de asentir lentamente. La duquesa viuda, que hasta ahora había permanecido en silencio, resopló ligeramente, pero su madre le golpeó las espinillas con su bastón antes de que pudiera decir algo más. Hudson era consciente de que quizás nunca se ganaría su aprobación, pero ciertamente podía entender por qué ella podría tener problemas con su presencia.

—Gracias —dijo en voz baja—. Lo aprecio. Y Su Gracia —dijo, dirigiéndose ahora a la madre del duque—, entiendo que probablemente no sea fácil tenerme en su vida, lo entiendo. Mi madre nunca tuvo la intención de interponerse entre usted y su esposo; de hecho, no puedo imaginar a una persona que lo despreciara más que a cualquier otro en este mundo.

Ella levantó los ojos sorprendida ante eso, y demasiado tarde, Hudson se dio cuenta de lo que acababa de decir y las implicaciones que podría dar respecto al asesinato del duque, implicaciones que le gustaría alejar lo más posible de su madre.

—Dicho esto, ella no tiene nada en contra del resto de la familia —añadió tan rápido como pudo sin ser obvio que estaba tratando de enmendar sus palabras anteriores. Estas no eran exactamente veraces, ya que su madre había dejado más que claro que no quería tener nada que ver con ninguno de los Remington, pero nunca haría nada para lastimar a ninguno de ellos; de eso estaba seguro.

—Ya veo —dijo la duquesa viuda, aunque lo miró críticamente, y él tuvo la sensación de que ella podría tener más que decir al respecto al duque.

—Giles —dijo Prudence, inclinándose hacia adelante ahora—, cuando Dennison dijo que deberíamos investigar a Trundelle, ¿crees que estaba diciendo la verdad, o crees que estaba tratando de desviar las sospechas de sí mismo?

El duque suspiró mientras levantaba las manos. —Es difícil saberlo con certeza. Supongo que tendremos que hablar más con Archibald una vez que termine con... todo... esta noche. Tendremos que ver dónde estaba Trundelle cuando secuestraron a Juliana, aunque es muy probable que alguien lo contratara.

—¿Crees que quien fuera se ha rendido? —preguntó esperanzada la duquesa viuda—. No ha pasado nada desde que Juliana fue secuestrada.

—No —dijo Giles, y Hudson supo entonces que probablemente no había compartido con su madre que alguien había intentado llevarse a Juliana una segunda vez, poco antes de que ella y Archibald se casaran—. Sin embargo, eso no significa que haya cesado. No quiero seguir viviendo mi vida sin poder tomar una bebida a menos que la vea servir directamente de una licorera, o asegurarme de no doblar una esquina sin dar un amplio giro para ver qué me espera. Ya he tenido suficiente de esto, y estoy seguro de que el resto de ustedes también. Esta noche atrajimos al conde. Quizás podamos elaborar un plan similar con quien sea que nos esté persiguiendo.

Su esposa lo miró, preocupación en su rostro. —¿Estás seguro de que es una buena idea?

Él inmediatamente se inclinó sobre ella, su preocupación evidente. Hudson sabía que era protector con la nueva duquesa de por sí, pero más aún ahora que estaba esperando. Lo que le recordó que Maria podría estar en la misma condición, y extendió la mano para apretar la suya una vez más. Por mucho que quisiera ayudar a la familia Remington y hacer lo que pudiera para garantizar su seguridad, también quería que Maria pudiera descansar y recuperarse de todo lo que le había sucedido, y estaba ansioso por tener tiempo a solas, solo ellos dos.

—Puede que no sea la mejor de las ideas, pero es necesaria —dijo Remington, con la mandíbula firmemente apretada—. Traer un hijo a este mundo es lo suficientemente preocupante sin la adición de alguien amenazando a nuestra familia. Ahora que Maria está aquí y a salvo de Dennison, nos centraremos en lo que viene después.

—¿Qué vas a hacer ahora? —Lady Winchester fue quien hizo la pregunta a Maria, y aunque Hudson respetaba a la mujer, no podía evitar su ligera molestia por el hecho de que ella había ayudado a Maria a dejarlo sin decirle una palabra—. Sigues siendo Lady Dennison, sin el monstruo ahora.

Maria asintió lentamente. —Lo soy, por ahora.

Miró a Hudson con una ligera sonrisa y él asintió. Tenía mucho que decirle al respecto, aunque preferiría esperar hasta que estuvieran solos.

—No creo que pueda regresar a su hogar, sin embargo, a ninguno de ellos. Su familia no fue exactamente acogedora desde el principio.

—Lady Christina —dijo Juliana con un escalofrío, como siempre hacía cuando mencionaba a la hermana del conde— sería una pesadilla para vivir con ella. No soporto estar en su presencia ni un minuto, y mucho menos una comida entera.

Maria asintió.

—Supongo que debería volver a la residencia de mis padres. Ya no se sentirán obligados a devolverme a nadie. Luego... bueno, veremos qué viene después.

Encontró los ojos de Hudson una vez más, y él de repente ya había tenido suficiente de esta reunión y la familia, por ahora. Apreciaba todo su apoyo, pero necesitaba un momento con Maria, y lo necesitaba ahora.

—Como médico de Maria, recomendaría encarecidamente que descanse ahora —dijo, aclarándose la garganta, ignorando la sonrisa burlona de Juliana y las miradas conocedoras alrededor de la habitación—. Será mejor que nos vayamos.

—¿Por qué no se quedan esta noche? —preguntó la duquesa—. Es bastante tarde, y no querrán regresar a esta hora. Tenemos mucho espacio.

Miró a su marido. —¿No estás de acuerdo, Giles?

—Por supuesto —dijo él—. Hablaré con Jameson. También podemos enviar aviso a tu madre.

—Muy bien —dijo Hudson, sabiendo pero no queriendo considerar si su madre podría pasar la noche en casa de Sir Willoughby—. Gracias, a todos ustedes. Realmente aprecio todo lo que han hecho por mí.

—Eres familia —dijo Juliana con un pequeño encogimiento de hombros, y él no pudo evitar el cálido resplandor en su pecho ante sus palabras.

Un resplandor que solo aumentó mientras él y Maria eran conducidos fuera de la sala de estar hacia sus respectivas habitaciones.

CAPÍTULO 25



María no tuvo que esperar mucho antes de oír los golpes en la puerta de su dormitorio.

La abrió sin siquiera mirar, sabiendo quién sería. Emma ya había enviado a su doncella para ayudar a María, aunque ella trató de decirle que ya no necesitaba una, no ahora que se había acostumbrado tanto a valerse por sí misma, aunque había tenido a Hudson para ayudarla. Pero Emma insistió, así que María aceptó ese pequeño lujo, al menos por esta noche.

—Me preguntaba cuánto tiempo te tomaría aparecer —dijo con una pequeña risa, y Hudson arqueó una ceja.

—Difícilmente podía llegar al mismo tiempo que la doncella —respondió él.

—¿Temes causar un escándalo? —preguntó ella, y él se rio.

—Ya hemos pasado esa etapa.

Él entró por la puerta hacia ella y deslizó sus brazos alrededor de su cintura. Ella respondió acercándose a él, apoyando su cabeza contra su pecho.

—¿Estás bien? —preguntó él—. ¿De verdad?

—Sí —dijo ella, asintiendo contra él—. No puedo decir que alguna vez imaginé que algo así me sucedería, pero aquí estamos. En realidad, es mucho mejor de lo que podría haber sido.

—Lo es.

—¿Y tú? —preguntó ella, echándose hacia atrás y mirándolo a los ojos—. Estoy segura de que nunca esperaste ser quien infligiera daño a otra persona.

—No —dijo él, negando con la cabeza mientras levantaba una mano y recorría con su dedo el costado de su rostro—, pero también soy consciente de que Dennison se lo buscó, que yo solo intentaba salvarte y no tenía intención de causarle un daño irreparable. Tú estás ilesa, y eso es lo único que importa.

—Estoy más que ilesa. ¿Y Hudson?

—¿Sí?

—Ya no estoy casada.

—No lo estás —dijo él, y ella lo miró, preguntándose si había alguna razón por la que aún no había sugerido que se casaran—. ¿Te importaría volver a casarte tan pronto después de la última vez? Sé que la sociedad esperará que guardes luto, pero si acaso estuvieras esperando un hijo, deberíamos hacer todo lo posible por proteger la paternidad del bebé. Habrá suficientes sospechas de por sí.

Ella sonrió. Era tal como había sospechado... y esperado: que él no había querido presionarla

a nada demasiado rápido a pesar de sus propias intenciones.

—Puesto que no considero que mi primer matrimonio haya sido verdadero, me gustaría mucho —dijo ella.

—Bien —dijo él con una amplia sonrisa—. ¿Serás mi esposa entonces? La esposa de un médico no es necesariamente una tarea fácil.

Ella rio.

—Oh, Hudson, creo que estamos más allá de considerar qué tipo de vida llevaremos —dijo ella—. Estábamos dispuestos a huir a América y empezar de nuevo. Creo que vivir como la esposa de un caballero está lejos de ser una dificultad.

—Muy bien —dijo él, con evidente alivio en su rostro—. Entonces, si eso es un sí, ¿cuán pronto te gustaría casarte?

—Eso es definitivamente un sí, y tan pronto como sea posible —dijo ella, y finalmente él se inclinó y tomó su rostro entre sus manos, besándola firmemente.

—Te amo, ¿lo sabes?

—Por supuesto que lo sé —respondió ella—. ¿Te gustaría mostrarme cuánto?

—¿Aquí? —preguntó él, mirando a su alrededor y luego a la puerta.

—Ambos tendemos a seguir las reglas, ¿no es así? —preguntó ella con una sonrisa.

—Así es.

Ella se acercó, con su boca justo al lado de su oreja, y susurró:

—Creo que es hora de romperlas.

—Cielos —dijo él, curvando sus labios en una sonrisa astuta—. ¿Qué voy a hacer con una mujer como tú?

—¿Debería estar nerviosa? —preguntó ella, bromeando, pero cuando su sonrisa desapareció, se dio cuenta de que él siempre sería comprensivo, reconocería exactamente lo que ella había enfrentado y haría todo lo posible para asegurarse de que nunca volviera a sentir ese miedo.

Él la miró a los ojos antes de unir su frente con la de ella.

—Nunca —juró con fiereza—. Solo te protegeré.

Sus labios descendieron sobre los de ella, al principio con suavidad, pero luego con hambre mientras saboreaba, provocaba, la bebía por completo.

Se habían prometido el uno al otro una vida juntos, sí —eso nunca había cambiado—, pero ahora sabían que nada se interpondría entre ellos, nada los separaría, y podrían construir la vida que deseaban sin temor a que alguien amenazara con destrozarlo todo o arrancar a María de su lado.

Él pasó sus manos por su cabello, ya suelto para dormir, envolviendo sus rizos entre sus dedos. Se preguntó si su hijo tendría el cabello rizado como el de ella, o el mismo pelo lacio y oscuro que él había heredado del duque —un hombre que nunca conoció, ni habría querido conocer— pero a quien ahora podía reconocer como su padre.

María retrocedió hasta que estuvieron junto a la cama, pero antes de que él la acostara, le quitó la bata de los hombros, deslizando sus manos por la suave piel que quedaba expuesta antes de levantar su camisón por encima de su cabeza. Se deshizo rápidamente de su propia ropa hasta que estuvieron piel con piel, luego la levantó suavemente en sus brazos antes de colocarla en la cama debajo de él.

—No soy tan frágil, ¿sabes? —dijo ella con una sonrisa en los labios, y él asintió.

—Lo sé. Solo quiero que sepas lo especial que eres para mí. Prometo cuidarte siempre.

Ella colocó su dedo en su nariz.

—Lo sé. De verdad. Y tú debes saber que yo te cuidaré a cambio, esa es una promesa.

Él asintió en señal de comprensión mientras sus labios tomaban los de ella nuevamente, con más fuerza esta vez, como si quisiera mostrarle que entendía que no era la mujer frágil que todos habían considerado, sino una mujer con fortaleza.

Y después de acariciarla lo suficiente para asegurarse de que estaba lista para él, se deslizó dentro y le hizo el amor, no con demasiada suavidad ni con demasiada fiereza, sino de una manera que la hizo sentir más valorada y amada que nunca antes.

* * *

MARÍA se sentó junto a Prudence a la mañana siguiente mientras desayunaba ligeramente, esperando que no hiciera demasiadas preguntas. Afortunadamente, cuando Prudence habló, fue para preguntar sobre sus planes para el día.

—Hudson y yo vamos a visitar a mis padres —dijo—. No estoy segura de qué habrán oído a estas alturas sobre la muerte del conde, pero ya es hora de que les informe que estoy bien y les cuente dónde he estado y qué vendrá después.

—¿Cómo crees que aceptarán la noticia?

María tragó saliva. Se había estado preguntando lo mismo, pero se había dicho a sí misma que no importaba. Era una mujer adulta y esta vez estaba tomando su propia decisión. Había visto lo que sucedía cuando permitía que ellos la tomaran por ella.

—Espero que estén lo suficientemente aliviados cuando me vean como para aceptar todo lo demás que tengo que decirles —dijo, lanzando una mirada a Hudson, quien conversaba amablemente con el duque al otro lado de la mesa.

Su vida podría haber tomado tantas direcciones diferentes, pensó. Podría haber sido la esposa del duque, viviendo en paz pero no feliz. Podría haberse quedado con Lord Dennison, siendo la esposa e hija obediente en una vida de miseria. Sin embargo, aquí estaba, prometida para casarse con un médico, y más feliz con esa vida de lo que cualquier otra cosa podría haberla hecho.

—Hay algo que decir sobre elegir tu propio destino y tomar las riendas, ¿no es así? —dijo Prudence, y María se volvió hacia ella, intuyendo que había más en sus palabras de lo que parecía en la superficie. No conocía bien a Prudence, pero parecía ser una mujer que confiaba más en su propia intuición que en la de cualquier otra persona.

—¿Qué quieres decir con eso?

Prudence dejó su tenedor y miró alrededor de la mesa como para asegurarse de que nadie las estuviera escuchando.

—En cuanto a la amenaza sobre mi familia, estoy harta de esperar a que alguien más se ocupe de ello. Tengo un plan. Uno que creo que funcionará.

—¿Es peligroso? —preguntó María, sin querer traicionar la confianza que Prudence le estaba otorgando, pero también sin desear que Prudence sufriera algún daño.

—No —dijo Prudence—, pero tengo formas de descubrir información que Archibald y sus hombres no tienen. Confía en mí. Todo estará bien.

—Muy bien —dijo María, aunque con cierta vacilación—. ¿Tendrás cuidado?

—No te preocupes —dijo Prudence con una sonrisa traviesa—. Siempre lo tengo.

De alguna manera, María lo creyó. Prudence nunca hacía nada sin tener un plan, y según lo que había dicho Juliana, podía superar a algunos de los esgrimistas más hábiles, hasta el punto de que la mayoría no querría enfrentarse a ella.

Sin embargo, María pronto se distrajo con la llegada de Lady Winchester, quien la miró con expresión de orgullo. Miró alrededor de la mesa, dándose cuenta de que aunque esta podría no

ser su verdadera familia —y una que apenas estaba comenzando a conocer—, apreciaba a estas personas y la amabilidad que le habían mostrado.

Una cosa era segura: ya no estaba sola.

* * *

—BUENO —suspiró María esa noche mientras ella y Hudson se sentaban en un rincón del salón del duque después de la cena. Habían aceptado la oferta del duque y la duquesa de permanecer en su casa de Londres hasta que Hudson pudiera encontrar otro lugar para vivir. Probablemente vendería su casa anterior una vez que estuviera reparada y, mientras tanto, finalmente había sido convencido de aceptar la oferta del duque de prestarle el dinero necesario para comprar otra casa, más por María que por él mismo. Lo devolvería una vez que recibiera los fondos del seguro—. Ha sido un día interesante, bastante lleno de revelaciones.

—Puede que haya juzgado ligeramente mal a tus padres —admitió él—. Me estaba costando bastante perdonarlos por casarte con Dennison, pero veo que realmente no se daban cuenta de la clase de hombre que era.

—No —negó ella con la cabeza—. Y una vez hecho el matrimonio, ¿qué podían hacer? Era su esposa, a los ojos de la ley, y no podían cambiar eso, ni hubieran podido esconderme.

—Aunque *nunca* permitiré que algo así le suceda a nuestro hijo —dijo Hudson con fiereza, y María le sonrió, colocando una mano sobre la suya.

—Lo sé —dijo ella—. Serás el mejor padre que jamás haya existido.

—Intentaré serlo —prometió.

—Y tu madre —dijo María, incapaz de evitar el tono burlón en su voz—, ciertamente ha creado una nueva vida para sí misma, ¿no es así?

Hudson asintió mientras María reflexionaba sobre la romántica historia que su madre les había contado ese día. Hace unos meses, Hudson había atendido al ama de llaves de Sir Willoughby. Mientras hablaba con ella, el viudo Sir Willoughby se había encontrado con la señora Lewis, quien había acompañado a Hudson a la visita, y se había interesado por ella.

—Así que ahora será Lady Willoughby —reflexionó María, y Hudson negó con la cabeza con incredulidad.

—Interesante cómo funciona el mundo, ¿no es así?

—Muy interesante —dijo ella con una sonrisa.

Muy interesante, en efecto.

EPÍLOGO

—¡Eso es! ¡Ven con papá!

Hudson extendió sus brazos ansiosamente, esperando que el pequeño niño diera unos pasos hacia él.

Su hijo. Aquel que siempre había anhelado desesperadamente estaba aquí, en sus brazos, ahora que el niño de un año había terminado de dar sus temblorosos pasos hacia él. Y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para proporcionarle a su hijo la vida que siempre había jurado que le daría.

Levantó la mirada hacia los ojos de Maria mientras ella observaba amorosamente a ambos. Todos decían que su hijo se parecía mucho a él. Hubiera preferido que sus hijos se parecieran a Maria —¿cómo no, si era la mujer más hermosa que jamás había visto?— pero quizás el próximo lo haría.

—Sabía que esta alfombra ayudaría a un niño pequeño.

—Sí que lo dijiste —reconoció él—. Tenías razón.

—¿Estás contento con nuestra nueva casa? —preguntó ella, inclinando la cabeza hacia él—. ¿Fue difícil desprenderte del otro lugar?

—No —negó con la cabeza—. Aunque tuvimos algunos buenos recuerdos allí. —Sonrió de manera algo pícara al recordar algunos momentos significativos—. Sin embargo, este es un hogar que hemos construido juntos, que esta comunidad ahora conoce como nuestro. Lo cual es más de lo que jamás podría haber pedido.

Estaba complacido de que hubieran podido encontrar el lugar perfecto aquí, en medio de Holborn, entre todos los vecinos que se habían convertido en una familia para él. Habían aceptado a Maria con los brazos abiertos y, mientras ella aprendía a cocinar y cuidar de un hogar propio, agradecía ser invitada a cenar en las casas de los pacientes de Hudson con tanta frecuencia como comían en la suya propia.

—Será mejor que vaya a preparar todo para esta noche, si no te importa cuidarlo un momento —dijo ahora, con una sonrisa en su rostro mientras observaba a Hudson y a su hijo juntos.

—¿Importarme? Jamás —dijo con vehemencia.

—Tu familia debería llegar en breve.

—¿Vienen todos? ¿Estás segura?

—Todos —confirmó ella.

—¿Mi madre y Sir Willoughby?

—Por supuesto.

—¿Incluso la duquesa viuda?

—Incluso la duquesa viuda.

—¿Y qué hay de Prudence y su marido?

Maria dudó.

—Prudence estará aquí. En cuanto a su marido... bueno, ya sabes cómo es. Pero sospecho que vendrá si Prudence lo hace.

Hudson asintió. —Será una velada interesante, eso es seguro.

—¿Acaso no lo son siempre? —dijo Maria con una risa.

Comenzó a caminar hacia la zona de la cocina en la parte trasera de la casa, donde su criada ya había comenzado a preparar la comida, cuando se detuvo, se dio la vuelta y se acuclilló junto a Hudson y el bebé.

—Te amo, ¿lo sabes?

Él levantó una mano y acarició el costado de su rostro. —Yo también te amo.

—Gracias por darme todo lo que nunca supe que quería.

—No tienes nada que agradecerme —dijo con una sonrisa—. Hemos construido esta vida juntos. Y es una vida que jamás cambiaría por otra.

—Sin importar el camino que nos trajo hasta aquí.

—Sin importar el camino.

Y con su hijo, fruto del amor, en sus brazos, sellaron sus palabras con un beso.

* * *

QUERIDO LECTOR:

Oh, Hudson y Maria. No estaba completamente segura de cómo iban a terminar juntos estos dos; solo sabía que así sería. Ciertamente nunca pensé que Maria estaría casada con otra persona por un tiempo, pero cuando la trama comenzó a tomar forma, todo tuvo sentido, ya que Maria siempre fue la mujer que anteponía los deseos y necesidades de todos los demás antes que los suyos propios, tal como la habían criado. De hecho, por mucho que disfrutemos de nuestras valientes heroínas con mente propia, la mayoría de las mujeres de aquella época hacían exactamente lo que se les decía. Por supuesto, Maria finalmente llegó al punto en que era más de lo que podía soportar, e hizo lo que necesitaba hacer para mantenerse a salvo.

Sé que el tema de este libro incluye algunos elementos difíciles, y todo lo que Maria enfrentó es, desafortunadamente, una realidad para muchas mujeres. Si bien hoy, en la mayoría de los países, una mujer ya no es propiedad de un hombre y hay personas y organizaciones que pueden ayudar, tales situaciones siguen siendo casi tan comunes como siempre, y espero que cualquier persona que lo necesite pueda encontrar la ayuda que busca.

En cuanto a Hudson, tuvo que superar muchas inseguridades sobre su pasado y su crianza. Es médico, y los médicos de la época eran caballeros, muy diferentes de los cirujanos, quienes realizaban el trabajo manual del cuerpo. Los médicos típicamente evaluaban a sus pacientes sin tocarlos y luego los enviaban al boticario para sus recetas. Hudson hace un poco más que esto, pero ciertamente fue interesante aprender más sobre cómo ha cambiado el tratamiento médico a lo largo de los años.

Nuestro misterio, por supuesto, sigue en curso, y disfruto escuchar de los lectores y sus sospechas sobre quién podría estar amenazando a la familia del duque. En el próximo libro nuestro misterio llegará a una resolución, pero ¿cómo? ¡Lo descubriremos muy pronto! ¿Qué papel jugará Prudence en el descubrimiento del asesino? ¿Y es Lord Trundelle tan sospechoso

como parece?

Descúbrelo en La pista del bastardo brillante. Una vista previa te espera en las siguientes páginas.

Si aún no recibes mi boletín de noticias (*newsletter*), ¡no esperes más, únete a nosotros! Recibirás un libro gratis, así como enlaces a sorteos, noticias, rebajas, descuentos, etc.; sabrás que, entre otras cosas, soy adicta al café, que lucho denodadamente para que mis plantas sobrevivan y que descubro casi a diario los tremendos líos en los que se puede meter un perro adorable pero con aspecto de lobo.

Español
English

También puedes entrar a formar parte de mi grupo de Facebook, Ellie St. Clair's Ever Afters, para así estar en contacto diario.

Hasta la próxima, y… ¡feliz lectura!

Con amor,

Ellie

* * *

En busca del rebelde recluido
Los Remington de la Regencia
Libro 4

ATRAPADA en una posición comprometedora con el mismo hombre que sospecha está amenazando a su familia, ¿arriesgará el escándalo o aceptará un matrimonio concertado con un monstruo?

Lady Prudence Remington está cansada de esperar a que alguien más resuelva los problemas de su familia. Así que decide por sí misma determinar si el nuevo sospechoso del asesinato de su padre es realmente tan siniestro como parece, hasta que todo sale mal y se encuentra en una situación aún peor.

Desde que el antiguo Duque de Warwick destruyó a su familia, Lord Trundelle ha vivido con un solo objetivo: derrocar a la familia Remington y a todos los relacionados con ellos. Lo último que necesita ahora es convertir a una de ellos en su esposa, especialmente cuando ella lo sospecha de asesinato.

Todo lo que Lady Prudence desea es la libertad para seguir practicando esgrima bajo su identidad secreta. Todo lo que Lord Trundelle quiere es cumplir la promesa que le hizo a su padre. Cuando los oponentes chocan en un tintineo de espadas, ¿descubrirán que no pueden vivir el uno con el otro, ni el uno sin el otro?

Esta emocionante conclusión del misterio dentro de Los Remington de la Regencia es un ardiente romance de época. La serie se disfruta mejor si se lee en orden.

UN ANTICIPO DE EN BUSCA DEL REBELDE RECLUIDO



Prudence permanecía en las sombras al fondo de la sala, con una mano en la empuñadura de su espada, lista para desenvainarla contra cualquiera que se acercara.

No es que estuviera en peligro en ese momento. Pero se había acostumbrado a estar en guardia, ya fuera aquí en el terreno sagrado de la Academia de Esgrima de Angelo o mientras recorría las calles entre la escuela y Warwick House.

Estaba habituada a que la sala estuviera llena de sonidos de espadas entrechocando y hombres que alternadamente jadeaban o vitoreaban, un lugar donde siempre encontraba satisfacción. Por supuesto, no podía ser completamente ella misma, pues Lady Prudence Remington nunca debería ser vista en una academia de esgrima —ser espectadora ya sería horroroso, ¿pero participante? Sin embargo, no podía negar que se sentía mucho más en casa aquí, entre desconocidos que no tenían idea de su verdadera identidad, que estando en medio de un salón de baile haciendo reverencias tímidamente a cualquier caballero que se le acercara.

—¿Por qué se nos ha pedido venir hoy? —le preguntó a Hugo en voz baja. Normalmente se unía a los caballeros que se quedaban a ver los otros combates, tomando su turno cuando era necesario. Pero Hugo le había enviado una nota para que llegara temprano, según lo solicitado por el mismo maestro de esgrima Henry Angelo. La sala se sentía extrañamente vacía, a pesar de los floretes en la pared, y ella golpeaba el suelo con el pie impacientemente mientras esperaban la llegada del Sr. Angelo.

Normalmente se sentía llena de confianza cuando entraba en Angelo's, con el único temor de que alguien descubriera que no era Peter Robertson. Nunca dudaba de su capacidad real. Era muy consciente de que podía superar a cualquiera que enfrentara. Había batido en duelo a la mayoría de los hombres aquí en Angelo's y casi siempre había salido victoriosa.

Solo deseaba que todos supieran que habían sido vencidos por una mujer.

¿Habría descubierto Angelo finalmente su verdadera identidad?

—Nada que temer —murmuró Hugo—. Angelo llegará en cualquier momento. Parece que hay alguien con quien quería que combatieras en privado.

—¿Pero quién? —le preguntó a su amigo, el único hombre que conocía todos sus secretos, que comprendía quién era ella, por completo, igual que ella lo comprendía a él.

—No estoy seguro. Angelo dijo que sería un buen combate.

Prudence asintió mientras tomaba aire, centrándose, antes de que Henry Angelo entrara en la sala.

—Sr. Robertson. Sr. Conway. Gracias por venir.

—Por supuesto.

—Comprendo que esto es bastante inusual, pero su oponente prefiere los combates privados.

Ella asintió mientras avanzaba hacia el centro de la sala, asumiendo su identidad como el Sr. Peter Robertson. En realidad, estaba bastante orgullosa de que Angelo hubiera pensado en ella para un combate privado. Significaba que finalmente había conseguido hacerse el nombre que había estado buscando, aunque fuera inventado. Cualquier feminidad en sus rasgos, de la que carecía en comparación con su hermana o su cuñada, de eso estaba segura, se explicaba por la juventud que alegaba tener. Había comenzado como una desconocida, pero ya no.

Mientras esperaba a su oponente, intentó inhalar profundamente, pero el lino con el que había vendado firmemente sus senos restringía sus movimientos. Entonces un hombre salió de las sombras donde ni siquiera se había dado cuenta de que estaba acechando, y se colocó frente a ella bajo la luz.

Prudence contuvo la respiración. Conocía a este hombre. No bien —nadie lo conocía bien, por lo que sabía. Sin embargo, todos sabían de sus formas taciturnas y reclusivas.

Recientemente también se había interesado en saber más sobre él, porque bien podría ser el hombre que había matado a su padre.

—El Sr. Peter Robertson contra Lord Trundelle —dijo el Sr. Angelo, antes de dar un paso atrás, dándoles espacio—. Si están listos, comiencen.

Prudence asintió hacia Lord Trundelle, aunque su presencia había puesto sus emociones en tumulto. ¿Qué estaba haciendo aquí? Había oído que sobresalía en este deporte, pero muy pocos lo habían visto realmente practicar esgrima. Era difícil de leer, su rostro tan oscuro como su apariencia. Su cabello castaño era un poco demasiado largo, ocultando la mayor parte de su frente, aunque ella podía ver que sus ojos eran de un marrón profundo, dentro de facciones fuertes e intimidantes. Hizo todo lo posible por no distraerse.

Se mantuvo recta sobre sus piernas, con el cuerpo de lado, la cabeza erguida mientras miraba a Lord Trundelle a los ojos, tratando de descifrar algo —cualquier cosa— en las profundidades de su rostro. Sería un hombre atractivo, pensó, si no pareciera siempre listo para asesinar a alguien.

El pensamiento le provocó un escalofrío por la espalda, porque existía una gran posibilidad de que hubiera hecho exactamente eso.

Pero no había nada que ganar contemplando tales cosas en este momento. Todo lo que podía hacer ahora era vencerlo como sabía que era capaz. Su brazo derecho colgaba sobre su muslo; su brazo izquierdo doblado hacia su cadera izquierda como le habían enseñado.

Apuntó su pie derecho hacia Lord Trundelle, y luego, sosteniendo su espada cerca del gancho de la vaina, la sacó, manteniendo sus ojos en Lord Trundelle mientras doblaba el brazo derecho y lo elevaba a la altura de su hombro, haciendo un círculo sobre su cabeza antes de levantar el brazo izquierdo hacia atrás y prepararse para lo que fuera que Lord Trundelle tuviera para enviar hacia ella.

Se sorprendió cuando él no siguió ninguno de los mismos movimientos que ella había hecho, movimientos que le habían sido enseñados con precisión. Tuvo que resistir la tentación de mirar hacia Henry Angelo para ver cuál era su opinión sobre el saludo bastante poco ortodoxo de Lord Trundelle, pero no podía arriesgarse a quitar los ojos del hombre —ni aquí ni en cualquier otro lugar donde pudiera aparecer.

Entrecerró los ojos, tratando de determinar si él sabía quién era ella, pero no mostró señal de reconocimiento. A menos que hubiera estado vigilando a su familia —aunque no lo descartaría— no tenía motivos para conocer su identidad.

Lord Trundelle simplemente levantó su espada de la vaina y la apuntó hacia ella.

No hizo ningún movimiento, solo se quedó parado mirándola. Prudence finalmente se cansó del juego y decidió lanzar su ataque.

Ella atacó. Él paró. Atacó de nuevo, esta vez desde el interior hacia el exterior de su espada, pero él la apartó como si fuera un insecto molesto. Una y otra vez, hizo sus intentos, esfuerzos que funcionaban siempre contra otros oponentes, pero él parecía adivinar cada movimiento que ella hacía. Finalmente, dándose cuenta de que se estaba cansando inútilmente, Prudence se echó hacia atrás y esperó a que él avanzara.

Permanecieron así, los dos enfrentándose, ninguno moviéndose, hasta que su paciencia finalmente dio frutos. Él dio un paso adelante, pero en lugar de un ataque, hizo una serie de movimientos rápidos, obviamente tratando de engañarla. Pero Prudence era demasiado rápida para eso. Estaba lista para él, contrarrestándolo cuando fingió atacar por dentro y luego atacó por fuera. Sus ojos brillaron con cierta admiración, y ella aprovechó ese momento para girar su muñeca y rápidamente tomarlo desprevenido, con la punta de su espada colocada contra su pecho.

Su admiración rápidamente se transformó en ira ardiente, tan feroz que casi la hizo retroceder un paso, abandonando su posición.

Cuando Angelo declaró el punto, ella dio un paso atrás y comenzaron de nuevo. Sin embargo, esta vez no hubo paciencia, no hubo espera en el ataque de Lord Trundelle. Obviamente no había apreciado ser superado, aunque fuera solo un punto, lo que a su vez encendió la sangre de Prudence. Esto era un deporte. Era un tira y afloja. Ella tenía tanto derecho a ganar como él, y ciertamente iba a hacer que así fuera.

Él no tendría idea de lo que se le venía encima.

* * *

Benedict estaba siendo vencido por un joven de rostro fresco.

El muchacho lo estaba desafiando más que cualquier otro en mucho tiempo, aunque no era frecuente que permitiera a Angelo organizar un combate para él. Prefería con mucho practicar en casa o que Angelo fuera a verlo.

Cuando el maestro de esgrima le habló sobre el fenómeno del que todos hablaban, Benedict supo que tenía que comprobar por sí mismo si había algo de verdad en los rumores.

Y no estaba interesado en invitar a un desconocido a su casa.

Observó cómo la figura entraba en la sala, rebosante de la misma confianza que Benedict sentía cuando se acercaba a un combate, la confianza que deseaba tener en el resto de su vida. Este Sr. Robertson era algo bajo de estatura, delgado y fibroso. De haber sido cualquier otro deporte, Benedict estaba seguro de que podría haberlo vencido con una sola mano. Pero esto era esgrima. Un deporte de habilidad, velocidad y destreza, por lo que era imposible descartar a nadie basándose únicamente en la apariencia.

Benedict, sin embargo, poseía más habilidad, velocidad y destreza que la mayoría, así que no pensó que tendría ningún problema. Se había equivocado.

Robertson obviamente había sido enseñado por Angelo, o por algún alumno suyo, pues usaba todas sus técnicas para comenzar el combate. Sin embargo, cuando Benedict pensó que seguiría siendo predecible, el hombre lo sorprendió, pareciendo entender cada uno de los siguientes movimientos de Benedict. Tenía una gracia y facilidad de movimiento que le recordaba a Benedict a un baile, y cuanto más paraba y atacaba, más tenía Benedict la sensación de que algo en este hombre no estaba bien.

No habría podido decir por qué la duda persistente lo atormentaba, pues tenía tan poco

sentido incluso para él que no podía explicarlo adecuadamente.

Benedict dejó de lado el pensamiento mientras Robertson esperaba que atacara de nuevo, pero esta vez Benedict se contuvo. Siempre estaba en su mejor momento cuando podía esperar y parar, y luego, cuando su oponente se cansaba, hacer su movimiento para derrotarlo.

Sin embargo, Robertson se mantenía tan cerrado y era de complexión mucho más ligera que Benedict, lo que dificultaba encontrar un punto para su espada.

Hasta que finalmente —allí. Extendió su espada por dentro y rozó el hombro del hombre, causando accidentalmente un desgarro en la tela de su camisa justo al lado de donde su chaleco lo cubría. El hombre saltó hacia atrás alarmado, llevándose una mano al hombro como si su carne hubiera sido cortada por la hoja, aunque Benedict sabía que eso era imposible.

Angelo pidió una pausa en el juego.

—¿Robertson? ¿Está todo bien?

—Sí —dijo Robertson con un gruñido mientras su amigo se inclinaba hacia adelante en su asiento como si estuviera a punto de levantarse de un salto para protegerlo—. Pero d-debo retirarme.

—¿Retirarse? —exclamó Angelo, su expresión oscureciéndose—. Seguramente no. No si no está herido. Está cerca de ganar.

—No —coincidió Benedict firmemente—. No puede. No hemos terminado aquí.

Porque incluso si Robertson técnicamente perdería al abandonar el combate, Benedict sería muy consciente de que había ganado simplemente por defecto. Lo cual no le sentaba bien. En absoluto. Tenía que ganar, y tenía que ganar por su propio mérito.

—Debo hacerlo —dijo Robertson con una voz ligeramente más nerviosa y aguda mientras retrocedía, todavía sujetando la tela de su camisa en el hombro, lo que no tenía ningún sentido para Benedict—. ¿Una revancha, quizás?

—No —dijo Benedict otra vez, más firmemente esta vez—. Vamos a terminar esto.

—Debo irme —dijo Robertson con una mirada desesperada hacia el hombre que había estado observándolos. Este inmediatamente se levantó de un salto y asintió.

—Mis disculpas, Lord Trundelle. Angelo. Nos veremos de nuevo.

Angelo cruzó los brazos sobre el pecho, pareciendo tan consternado como Benedict por la interrupción del combate.

—No olvidaré esto, Robertson —dijo, negando con la cabeza.

—Lo entiendo —fue todo lo que dijo el joven antes de casi huir de la sala, dejando a Benedict y a Angelo mirándolo con consternación e incredulidad.

* * *

ENCUENTRA En busca del rebelde recluido en Amazon y en Kindle Unlimited.

OTRAS OBRAS DE ELLIE ST. CLAIR

Los Remington en la Regencia

El misterio del duque de Debonair

El secreto del apuesto detective

La pista del bastardo brillante

En busca del rebelde recluido

Los escándalos de las inconformistas

Diseños para un duque

Inventando al vizconde

Descubriendo al barón

El experimento del criado

Los escándalos de las inconformistas: Serie Completa

Las Rebeldes de la Regencia

Dedicada al amor

Sospechosa de amor

En la senda del amor

Vencida por amor

Rebeldes de la Regencia Serie Completa: Libros 1-4

Y fueron felices para siempre

El duque de sus sueños

Su duque llegará algún día

Érase una vez un duque

Un duque rentable

El amor del vizconde

Novias Florecientes

Un duque para Daisy

Un marqués para Marigold

Un conde para Iris

Un vizconde para Violet

Navidad

Su deseo de Navidad

* * *

Libros de ingles: www.elliestclair.com

ACERCA DE LA AUTORA



A Ellie siempre le ha gustado leer y escribir, y también la historia y las historias. Lleva muchos años escribiendo cuentos cortos, pequeños ensayos y, sobre todo, lo que verdaderamente le apasiona, novelas románticas.

Ha habido romanticismo en todas las épocas de la historia, y a Ellie le encanta explorar distintos periodos, culturas y localizaciones geográficas. Independientemente del lugar y el momento, el amor siempre triunfa. Tiene debilidad por los «chicos malos» y por las heroínas con carácter, por lo que nunca faltan ambos en sus novelas.

No hay nada que guste más a Ellie y a su marido que pasar tiempo en casa con sus dos hijos y el perro cruce de husky que forma parte de la familia. Durante el verano lo más normal es encontrarla paseando cerca del lago, y todo el año empujando el cochecito de bebé por todas partes. Pero lo que nunca le falta es el portátil en el regazo ni un libro entre las manos.

También le encanta escribirse con sus lectoras, así que… ¡ponte en contacto con ella, no te arrepentirás!

www.elliestclair.com
ellie@elliestclair.com